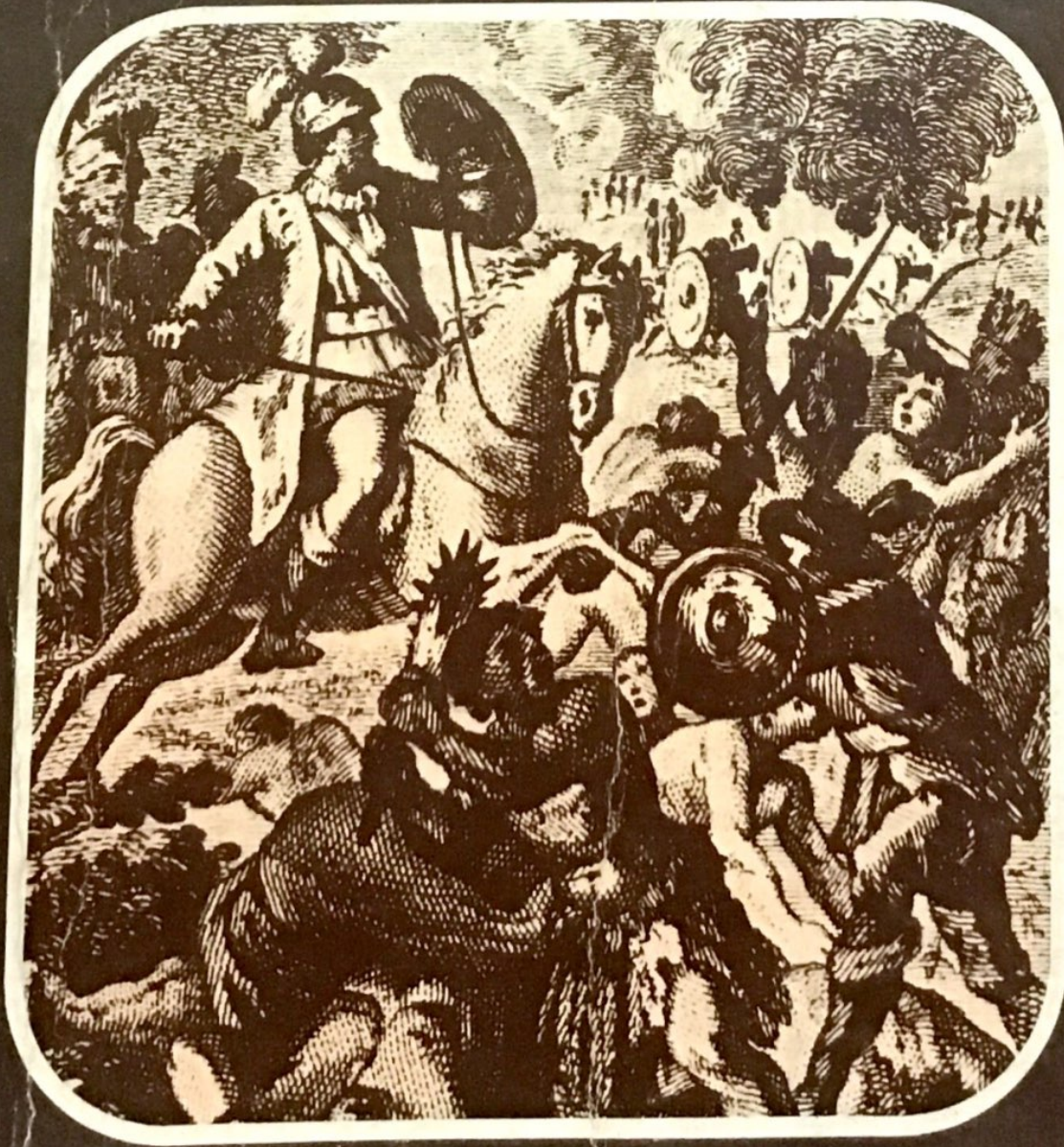


EDMUNDO GUILLEN GUILLEN

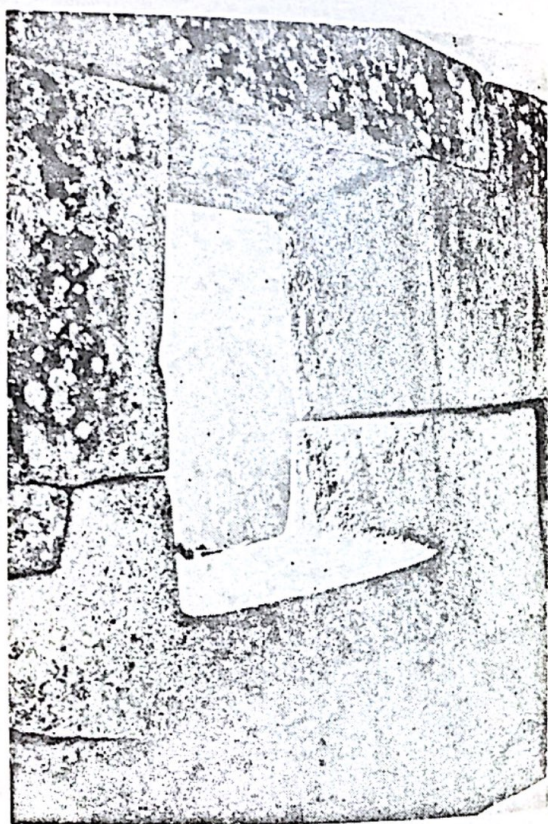
Visión Peruana de la Conquista

(LA RESISTENCIA INCAICA A LA INVASION ESPAÑOLA)



EDITORIAL MILLA BATRES

VISION PERUANA DE LA CONQUISTA
(La resistencia incaica a la invasión española)



EDMUNDO GUILLEN GUILLEN

VISION PERUANA DE LA CONQUISTA

(LA RESISTENCIA INCAICA A LA INVASION ESPAÑOLA)

Edición y revisión: CARLOS MILLA BATRES



EDITORIAL MILLA BATRES

ILUSTRACIONES

Dibujos de la *Nueva Crónica* de Felipe Guamán Poma de Ayala.
Cartografía de Lilián Meza de Carrillo.

Fotografías de la expedición a Vilcabamba: Carlos Ruiz.
Fotos arqueológicas: Abraham Guillén; Luis Pardo Figueroa;
Wilfredo Loayza.

Perfiles de Macchu Picchu por Cusi Salas.
Mapas: Edmundo Guillén G.

Diagramación y diseños: CMB.

Primera edición julio de 1979.

© Editorial Milla Batres, 1979.
Derechos exclusivos de edición para todos
los países de habla española propiedad de
EDITORIAL MILLA BATRES S.A.

Impreso en el Perú por Industrialgráfica S.A., Lima, Perú.

NOTA DEL EDITOR

La edición del libro *Versión inca* de la conquista nos dejó insatisfechos y originó algunos reclamos, dado que el título rebasaba el contenido del volumen, circunscrito a la transcripción y comentario de los 14 testimonios de soldados que participaron en los acontecimientos posteriores a la toma de Cajamarca. Los lectores, sobre todo estudiantes y maestros de enseñanza media, solicitaban un libro descriptivo y crítico sobre el desarrollo de la resistencia incaica a la invasión española, a partir de la captura de Cajamarca el 20 de noviembre de 1532 hasta la caída de la ciudad de Vilcabamba en junio de 1572. El pedido fue acogido por nosotros y planteado al historiador Edmundo Guillén sugiriéndole de que toda su investigación relativa al tema fuera nuevamente organizada, restableciendo la secuencia de los sucesos ocurridos entre la prisión y ejecución de Atahualpa y la decapitación de Túpac Amaru en el Cusco, período oscuro de nuestra historia y que tanto interesa al magisterio y al educando, a quienes está dedicado este nuevo libro que plantea una versión propiamente peruana apartada del todo de la visión hispánica o hispanizada de la conquista del Perú. Esta obra sí abarca toda esa masa de investigación histórica realizada por el autor en archivos documentales y en la bibliografía impresa sobre el período de la conquista; a la paciente labor de investigación documental sucedió el trabajo de campo para la comprobación de la ubicación de Vilcabamba, la ciudad inca que dio refugio a los incas de la resistencia patriota a la invasión hispánica. Persuadido el historiador Guillén de la existencia de Vilcabamba, conforme las informaciones manuscritas del siglo XVI, organizó dos expediciones por tierra, partiendo del valle de Lares al oriente del Cusco, para dar con el redescubrimiento de la antigua ciudad, sobre lo cual reproducimos un pliego de fotografías que ilustran inobjetablemente el éxito logrado por el historiador, quien siguiendo el itinerario de las tropas españolas y llevando en la mano las probanzas de Martín de Loyola (sobrino de San Ignacio de Loyola el fundador de la Compañía de Jesús, y emparentado después con la nobleza incaica al contraer matrimonio con la princesa Beatriz Clara Coya);

Juan Alvarez de Maldonado; Martín Hurtado de Arbieta, y demás testimonios de soldados que participaron en la campaña contra Vilcabamba, logró ubicar definitivamente las ruinas de la última capital de los incas del Cusco, donde viniera a agonizar el vasto imperio Inca tras una tenaz resistencia a fuego, sangre y muerte. Los viajes, para los cuales dimos alguna ayuda, permitieron también a Guillén Guillén levantar algunos mapas, cuya elaboración cartográfica posterior realizamos con Lilián Meza de Carrillo, ellos permiten establecer por primera vez el ámbito y los sitios precisos en donde tuvieron lugar las acciones, combates y batallas librados entre los incas de la resistencia y los españoles de la conquista.

Con lo expuesto, el lector comprenderá que la elaboración de este libro no ha sido tan simple, no obstante su estructura tan sencilla. Por nuestra parte hemos contribuido con la revisión, edición e ilustración de los textos, para hacerlos más asequibles, puesto que tratan de una etapa histórica muy poco conocida. Es también de nuestro deber aclarar que hemos simplificado la ortografía de muchos nombres propios quechuas, como es el caso de Túpac Amaru, en contra del autor que lo escribe sin C y con O final (Tupa Amaró); igual parecer adopta Guillén en la ortografía de los nombres Capa; Yupangui; Mango Inga; Ataohualpa, etc. Los cuales nosotros hemos consignado en su forma más simple y común; Cápac; Yupanqui; Manco Inca; Atahualpa, etc. dado su gran vulgarización no solamente en el Perú sino también en el extranjero. El editor llevado por esta fuerte corriente decidió adoptar la ortografía castellanizada, impuesta entre nosotros, con la sola finalidad de universalizar más el nombre, evitando así su aislamiento.

Carlos MILLA BATRES
Editor

Lima, 22 de julio de 1979

AL LECTOR

Este libro compendio de una investigación mayor, tiene por objeto consolidar nuestra integración histórica, presentando los sucesos de la conquista, como una guerra de España contra el Perú y probar que el estado imperial Inca, no fue destruido en Cajamarca por un puñado de soldados extranjeros como secularmente se ha venido afirmando, sino posteriormente en 1572, después de una larga y sangrienta guerra de reconquista emprendida en 1536.

Con este propósito, desde la perspectiva peruana, este trabajo se desarrolla en dos partes. En la primera se trata de la agresión europea, es decir de la guerra del imperio español contra el Perú Inca, y, en la segunda, la guerra de reconquista y su primer intento, hasta el trágico final del estado imperial Inca, como resultado no tanto de la tecnología bélica de los extranjeros, sino por la inevitable secuencia de las luchas intestinas que lo consumieron.

Este manual, fundado en fuentes peruanas y en el examen inverso de las versiones contrarias, dirigido preferencialmente al magisterio, aspira demostrar la gloriosa acción de los incas contra los agresores y disipar, siquiera en parte, aquellas inexactitudes desprendidas de la versión hispánica para justificar la conquista y magnificar sus hazañas.

Confiamos en que los lectores, a través de esta sumaria divulgación, aprecien el sacrificio y el esfuerzo del Perú Inca para defender su cultura y su libertad y rindan su homenaje a nuestros héroes antepasados, cuyos nombres y acciones ejemplares se han incorporado a la historia del Perú.

EL AUTOR



Portada de la crónica de Antonio de Herrera,
impresa en Amberes en 1728.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL FINAL DEL ESTADO IMPERIAL INCA

Contrariando la creencia general de que el Estado Imperial Inca cayó abatido el 16 de noviembre de 1532 por la temeraria acción de un puñado de europeos, puede afirmarse definitivamente que con lo ocurrido la tarde sangrienta del tambo de Cajamarca solamente terminó la infortunada rebelión de Atahualpa, y que el Tawantinsuyo sucumbió solamente décadas más tarde, en 1572, después de largas y sangrientas luchas con la ocupación enemiga de la ciudad de Vilcabamba y la decapitación del último monarca Tupa Amaro Inca en la egregia plaza del Cusco, cuna gloriosa de los incas.] El imperio sucumbió, no tanto por la audacia y la nueva tecnología bélica de los invasores, sino más bien por la alianza de algunos sectores andinos sometidos, que creyeron encontrar en los españoles el medio para reaccionar contra los incas, y las pugnas intestinas entre los linajes o panacas incas que crearon las circunstancias favorables para su trágico final.

No obstante haber sostenido Garcilaso de la Vega que el imperio de los incas creció lentamente, lo cierto es que su expansión militar se inició a mediados del siglo XV, rápida y violentamente; así como los griegos y romanos emprendieron sus grandes conquistas, después de que vencieron a sus poderosos rivales los persas y los cartagineses.] [Pachacuti Inca Yupanqui, el noveno gobernante del estado regional Inca, igualmente, después de contener y derrotar a los agre-

sores chancas, extendió las fronteras de su pequeño reino e inició luego la formación del primer y más grande estado imperial que se conoce en la América andina.]

Pachacuti entendiendo que solamente los pueblos fuertes son capaces de sobrevivir a la codicia y amenaza de sus vecinos, luego de conquistar el territorio de los chancas con la ayuda de los pueblos comarcanos, temerariamente sujetó después a las belicosas naciones collas. Posteriormente, su hijo Tupa Inca —uno de los conquistadores más jóvenes de la historia universal— siguiendo los planes de su padre, con rápidas campañas victoriosas logró, a su vez, extender los dominios incaicos, desde las lejanas regiones ecuatoriales a los confines australes de Chile; de la costa a las profundas latitudes de la selva amazónica, y, por la parte suroriental, hasta los bordes mismos de la anchurosa pampa argentina.]

En esta expansión territorial, donde coexistían variadas costumbres, lenguas y creencias religiosas de los pueblos sometidos, y en donde su reacción nacionalista o regional en defensa de sus viejas libertades, estuvo de hecho la debilidad interna del nuevo imperio, el cual semejaba a aquella estatua babilónica cuya cabeza de oro y cuerpo gigantesco descansaban sobre unos endeble pies de barro. De ahí que, pese a su esfuerzo unificador y a su deseo de integrar por primera vez a los pueblos del mundo andino, el estado inca no lograra, en las pocas décadas de su dominio, la unidad total del imperio, la que se truncó definitivamente con la invasión europea de 1531.] Las rebeliones collas, la resistencia de los chachapoyas y el alzamiento general de las comarcas quiteñas, son nada más que ejemplos de la creciente oposición de los pueblos al poder y a los medios de dominación inca.

Asimismo la rivalidad entre los linajes o panacas cusqueñas por el poder, fueron, entre otras causas, las que después generaron las sucesivas guerras civiles que consumieron por igual a los bandos contendientes. Las pugnas sucesorias a la muerte de Túpac Inca y también de Huayna Cápac y la propia guerra fratricida entre Huáscar Inca y Atahualpa, crearon las condiciones infortunadas que precipitaron el final político del estado imperial inca, favoreciendo el éxito de la invasión europea.]

Este trabajo pretende restaurar en lo posible nuestra integración histórica en el espacio y en el tiempo, y probar que la dominación

hispana no fue sino un paréntesis trágico en su milenaria existencia. Igualmente, nuestro propósito es borrar la tan extendida leyenda negra de que el gran imperio de los incas fue desbaratado en una sola tarde por un puñado de españoles en Cajamarca.]

Conforme a este criterio y siempre desde la perspectiva peruana, nos referiremos, aunque brevemente, a la crisis interna del Tawantinsuyo en los últimos años de su hegemonía andina, al descubrimiento por los incas, a las primeras exploraciones europeas de 1522 a 1526, a la agresión bélica del imperio español contra el Perú y a las infortunadas circunstancias que favorecieron su ardidosa infiltración en las entrañas de nuestro territorio, como después a la reacción del gobierno inca y al primer intento de reconquista emprendido por estos en mayo de 1536, demostrando su épico esfuerzo en las batallas que libraron, y en la guerra de guerrillas que emprendieron contra los españoles y sus aliados, las presiones diplomáticas y el trágico final del inmortal reducto inca de Vilcabamba fue en 1572.

La exposición sinóptica de estos hechos, por ahora solamente está en el dominio de eruditos, quedando distorsionados en los textos escolares, pero que iremos reseñando para su conocimiento, pensando particularmente en los profesionales de la educación y en la juventud interesada en conocer la verdad y en cuestionar aquella vieja historia oficial, inspirada irónicamente en las presuntuosas versiones españolas.

En la presentación de estos sucesos procuraremos demostrar, con claridad indubitable, que la conquista no fue aquella lucha de europeos contra "indios" anónimos, sino toda una guerra injusta y premeditada de España contra el Perú de los incas.]

De aquí que en el contexto de este trabajo y ciñéndonos al rigor histórico, erradicamos de nuestro vocabulario el impreciso término de "indio" para sustituirlo con más propiedad por el de "inca" o "peruano", y, en otros casos por el de "patriota", para certificar el sacrificio de aquellos antepasados nuestros que murieron por defender la tierra y los valores ancestrales de la cultura andina.

Para ofrecer una breve y apretada reseña de estos acontecimientos, hemos elaborado con criterio pedagógico, y, tentativamente —desde la perspectiva peruana— el esquema cronológico que sigue, en cuyo desarrollo se aclaran hechos y se revelan silencios, que servirán

para restaurar la auténtica historia de la conquista y del primer intento de reconquista del Perú.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- A. Means, *Fall of the incas empire*. N .Y. 1931. L. E. Valcarcel, *Final del Tawantinsuyo*. R. del Museo Nacional, tomo II, Nº 2. Lima, 1933. R. Porras Barrenechea, *La caída del imperio incaico*. R. Universidad Católica, tomo III, Lima, 1935. J. A. del Busto, *La marcha de Francisco Pizarro de Cajamarca al Cusco*. R. Histórica, tomo XXVI, Lima, 1962-1963. J. J. Vega, *La guerra de los viracochas*. Lima, 1969. W. Espinoza, *Los huancas aliados de la conquista*. *Anales científicos*. U. N. del Centro del Perú. Nº 1. Huancayo, 1972. M. Rostworowski de Diez Canseco, *Succesion Cooption to Kingship and Royal incest among the Inca*. *Southwestern of anthropology*. T. XVI, ps. 417-27. Menasha. 1960. Cúneo Vidal, *Historia de las guerras de los últimos incas*. Barcelona, 1925. Luis G. Lumbreras, *De las culturas y los pueblos en el Antiguo Perú*. Lima, 1969.

ESQUEMA CRONOLOGICO TENTATIVO

Descubrimiento Inca de las primeras exploraciones europeas en el continente americano. Desde la presencia del portugués Alejo García con una incursión Chiriguana (Guaraní) al sureste boliviano en 1522 a las exploraciones del español, Francisco Pizarro en la costa peruana entre 1524 a 1528.

LA AGRESION EUROPEA

LA GUERRA DEL IMPERIO ESPAÑOL CONTRA EL PERU DE LOS INCAS O TAWANTINSUYO (1531-1572)

Etapas:

- I. Las primeras hostilidades contra el Perú de los incas.— Del desembarco enemigo en la bahía de San Mateo, hasta su arribo a la isla de Puná (febrero a diciembre de 1531).
- II. Presentación Española en el Imperio.— Desde la ocupación militar de Tumbes (abril de 1532) hasta su establecimiento en el Cusco y el golpe de estado contra el inca (mediados de 1535).

Fases:

1. Waskar Inca y el príncipe rebelde Atao Wallpa, ante la presencia de los europeos o qhapacochas en el litoral tumbesino.— Desde el avance enemigo de Tumbes a Tangará y de esta localidad al tambo de Cajamarca (de mayo al 15 de noviembre de 1532).
2. La tragedia de tambo de Cajamarca: Final de la rebelión triunfante del príncipe Atahualpa.— Desde el prendimiento de Atahualpa a la alianza inca-española del valle de Xaquixaguana (del 16 de noviembre de 1532 al 14 de noviembre de 1533).
3. Restauración del gobierno imperial.— Desde la alianza de Xaquixaguana a la derrota final de la facción atahualpista (del 14 de noviembre de 1533 a mayo de 1534).
4. La Guerra Fría: Ruptura tácita de la alianza de Xaquixaguana.— De la derrota de la facción atahualpista a la expedición de Pául y Almagro para pacificar a las naciones del Collasuyo (de mayo 1534 a julio 1535).
5. Golpe de estado contra el inca.— Desde el artero prendimiento del inca hasta su evasión de la ciudad del Cusco (mediados de 1535 a mediados de abril de 1536).

LA GUERRA DE RECONQUISTA INCA

- III. Del primer intento de reconquista.— Se inicia formalmente con el asedio y ataque a la gran ciudad del Cusco y termina trágicamente con la ocupación de la ciudad de Vilcabamba y la decapitación posterior del último monarca, Thopa Amaro Inca (de mayo 1536 a junio-setiembre de 1572).

Fases:

1. La gran ofensiva inca: La reacción de los españoles y sus aliados.— Desde el cerco y ataque a la ciudad del Cusco y el asedio a la ciudad de Lima (mayo-agosto de 1536) a la contraofensiva enemiga y el levantamiento del sitio del Cusco (noviembre de 1536 al mes de abril de 1537).
2. La lucha y resistencia inca, desde Vilcabamba la nueva capital del reducto imperial.— De la retirada estratégica del inca a la región de Vilcabamba, a la muerte o asesinato de Titu Cusi Yupanqui en Vitcos (mediados de 1537 a mediados de 1571).

Períodos:

- a. Campañas e incursiones incas y su resistencia a las ofensivas enemigas.— Desde la estratégica retirada del inca a Vilcabamba y la primera ofensiva enemiga contra este reducto a la lucha patriota en cada uno de los "suyus", o regiones del imperio, hasta el asesinato político de Manco Inca Yupanqui (mediados de 1537 a fines o comienzos de 1545).
- b. La política de la corte inca de Vilcabamba y las presiones diplomáticas del gobierno español.— Del asesinato de Manco Inca Yupanqui y las negociaciones del presidente La Gasca a la muerte o asesinato de Titu Cusi Yupanqui y el encubrimiento de Thopa Amaro Inca (de 1545 a mediados de 1571), hasta su rompimiento con el gobierno español.

FINAL POLITICO DEL ESTADO IMPERIAL INCA

- IV. Campaña enemiga contra el reducto patriota de Vilcabamba.— Desde la iniciación de la campaña española y sus aliados (mayo de 1572) a la toma de la ciudad de Vilcabamba, el 24 de junio, y la decapitación posterior de Thopa Amaro Inca en setiembre de 1572.

LAS FUENTES HISTORICAS DOCUMENTALES

Por suerte y gracias al celo administrativo de las autoridades españolas que, con honestidad que los honra y al margen de prejuicios, guardaron con esmero en sus archivos —para el sereno juicio de la historia— todos aquellos documentos sobre los aciagos años de la conquista del Perú, es posible ahora restaurar la verdad aunque tentativamente de estos trágicos sucesos, confrontando los testimonios propiamente peruanos con la presuntuosa versión de las relaciones españolas, que magnificaron los hechos a su favor disminuyendo o silenciando el valor y la gloria de sus contrarios.

La discriminación del contenido de estas fuentes se han hecho con el mayor rigor histórico, siguiendo los criterios de cronología y presencialidad, sin perjuicio del examen de otras tardías, importantes por su confiabilidad.

En la investigación que venimos haciendo desde hace varios años, sobre el primer intento de reconquista del Perú —de cuyos estudios extraemos estas notas—, hemos utilizado una copiosa documentación peruana y española, en gran parte todavía inédita y que se conserva en los archivos General de Indias, Sevilla; General de la Nación, Lima; y de la Universidad del Cusco.

Nada más que para dar una somera idea de su magnitud e importancia, citaremos algunas de estas, como ejemplos para que el lector aprecie su valor histórico. Entre las probanzas exa-

minadas que merecen mayor estudio y divulgación, están las de Mateo Yupanqui, cercano pariente de Atahualpa que estuvo en los baños de Coñoq y en la tragedia del tambo de Cajamarca —recordado por Jerez por su presuntuosa respuesta al curaca tallán—, en la que aparece la novedad de que Apo Quisquiz, cayó preso durante la toma de Cajamarca y que escapó después para irse al Cusco (1); la de don Francisco Marca Yutu (2), descendiente de Yawar Huacac, gran amigo del capitán Soto, que quedó en las sierras de Huarochirí; las versiones testimoniales evacuadas en las informaciones mandadas hacer por algunos hijos de Atahualpa, los auquis (príncipes) Tupa Atauchi, Ninancuro, Illaquita y otros (3); igualmente, los dieciocho testimonios, que con los citados ilustran los trágicos años de 1532 a 1536 (4); las informaciones de los curacas huancas, Cusichaca y Wacra Paucar, que relatan en sus quipus lo que dieron a los españoles y lo que estos les robaron en octubre de 1533 y en los años sucesivos (5); la probanza de Paulu Inca, el auqui desleal que frustró el éxito de nuestra guerra de reconquista y salvó a los enemigos de su derrota segura en el sitio de Cochabamba (1538) y en la celada de Chuquillusca (1539) (6); la versión testimonial de los capitanes de Titu Cusi Yupangui y del mismo, para acreditar que era sucesor de Manco Inca Yupanqui (7); las testimoniales que corren en los reclamos que entabló el capitán Loyola a nombre de su mujer la coya Beatriz, hija del auqui Sayri Tupa (8); la de doña Magdalena Mama Waco, una de las hijas de Tupa Amaro Inca, etc (9)., y, muchas más, que sería largo enumerarlas, aparte de las citadas y publicadas últimamente por W. Espinoza, J. A. del Busto, M. Rostworowski de Diez Canseco, y F. Pease; por J. V. Murra, N. Wachtel, P. Duviols, U. Oberen, Hemming, Métraux, y otros no menos destacados investigadores, que con los trabajos de J. J. Vega constituyen valiosos aportes para la historiografía peruana, a despecho de los manuales escolares y la incuria del estado por velar los caudales de su patrimonio histórico.

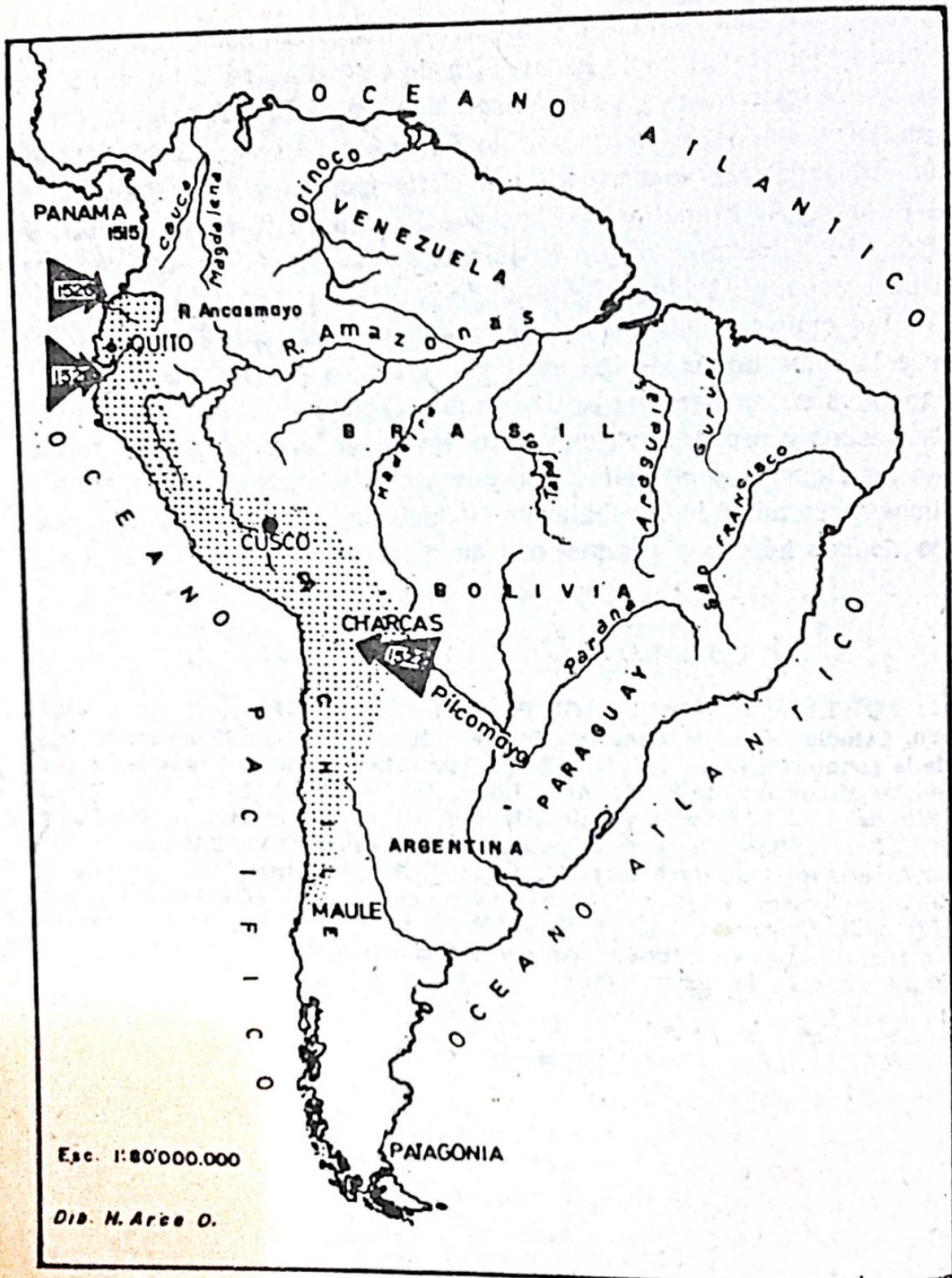
Aparte de la documentación conocida, quedan aún muchos y valiosos manuscritos que siguen lamentablemente perdidos, como el Informe de P. Candia sobre Tumbes (1528); el de los valles de Piura (1532); las relaciones remitidas desde el tambo de Cajamarca sobre los detalles del prendimiento de Atahualpa, y la relación que los tres españoles trajeron de la ciudad del Cusco; las escrituras del pacto del rescate; las actas de los encumbramientos Tupa Hualpa en Caja-

marca y de Manco Inca Yupanqui en el Cusco (1533); además, las averiguaciones que debió hacer Vaca de Castro sobre la tortura y quema de los gloriosos capitanes incas Vila Oma, Tizo Yupanqui, Tambo y otros más (1542); el proceso de Tupa Amaro Inca, y otros muchos, que sin duda irán apareciendo con el tiempo, como los autos seguidos al tesorero A. Riquelme, hechos por Pizarro en Tumbes en abril de 1532 (10), documento que R. Porras creía quemado y que nosotros hallamos en el Archivo General de Indias.

Sin embargo, con los documentos conocidos hasta la fecha, y, pese a la importancia de los perdidos, creemos posible diseñar lo que llamamos *visión peruana de la conquista*, para discernir la verdad de los hechos y probar que, en efecto, los vencedores no solamente quitan las riquezas y el poder, sino que también desprestigian a sus víctimas, pretendiendo arrebatarles su historia, para destruir la memoria de sus héroes y romper con su glorioso pasado.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

- (1) AGI. Lima, leg. 472. (2) AGI. Patronato, leg. 231 N° 7 R. 12. (3) U. Oberen, Estudios etnohistóricos del Ecuador; 1976. (4) E. Guillén, Versión inca de la conquista; Lima, 1974. (5) W. Espinoza, Los huancas aliados de la conquista; Huancayo, 1972. (6) AGI. Lima, 204. (17) AGI. Lima, leg. 578 (el texto se publicará en la próxima R. Historia y Cultura N° 10). (7) Colec. J. V. García, Genealogía de la casa y familia de don Felipe Betacour y Thupa Amaru Hurtado de Arbieto (A. de la U. N. del Cusco). M. Rostworowski de Diez Canseco, R. H. y Cultura. N° 4. Lima, 1970 (9) AGI. Lima, leg. 472. (10) AGI. Patronato, leg. 28, R. 55. En cada tema subsiguiente citaremos las fuentes correspondientes, para una ilustración del lector que requiera profundizar en la historia inca



Los incas descubren a los exploradores europeos. En 1522? al portugués Alejo García que incursionó con los guaraníes por la parte sur-oriental del imperio incaico. En 1526 a Francisco Pizarro arribando a la bahía de San Mateo. En 1528 a Pizarro desembarcando en Tumbes.

LOS ANTECEDENTES

LOS INCAS DESCUBREN LAS PRIMERAS EXPLORACIONES EUROPEAS EN EL CONTINENTE AMERICANO (1522 - 1528)

Siempre se había atribuido a Pizarro, desde el punto de vista europeo, el título de descubridor del Perú de los incas. Pero esta afirmación está ahora en tela de juicio y a la expectativa de verificarse con nuevos documentos, [según los trabajos del barón E. Nordenskiöld (1), que sostiene que un portugués y no un español habría sido el primero en cruzar los linderos del imperio incaico, mediante una incursión de guaraníes que invadieron la parte suroriental del actual territorio boliviano, entre los años de 1522 y 1523.]

Mientras los investigadores esclarecen la evidencia de este suceso, podemos afirmar, que si bien los incas pudieron haber tenido noticias —aunque confusas— de las primeras exploraciones que Balboa realizaba en el golfo de Panamá desde 1515, y, quizás con mayor seguridad desde 1526 en que llegaron a la bahía de San Mateo y tomando una indefensa balsa de comerciantes tumbesinos en la costa ecuatoriana. [Fue en abril de 1528 que los incas descubrieron a los españoles, cuando estos merodeaban el litoral de Tumbes y un apo (orejón) —funcionario de la región— que subió a la nave extranjera, se informó con asombro que Pizarro, el jefe de esta gente nunca vista, procedían de un lejano y poderoso reino.]

En esta ocasión, los peruanos tuvieron la oportunidad de examinar de cerca a dos hombres, un negro y un blanco, cuya presencia en la playa y pueblo de Tumbes les causó más curiosidad que admi-

ración. El primero, por la negrura de su color y las gracias que hacía, y, el segundo por su brillante disfraz metálico con cimera emplumada, que ante la mirada risueña del señor de Tumbes, trató de sorprenderlos para hacerles creer que el arcabuz que traía era una extraña divinidad que lanzaba fuego, pero el astuto curaca, descubriendo el engaño, dejó confuso al soldado cuando virtiendo un vaso de chicha en el caño aún caliente del arcabuz, le pidió cordialmente que disparara de nuevo.

En los meses posteriores, hasta agosto de este año de 1528, los demás pueblos de la costa vieron, también, deslizarse sobre el mar a la pequeña nave española con airosa silueta de una casa de madera, y con más detalle a sus tripulantes que bajaron para proveerse de agua y alimentos; como después al propio Pizarro cuando, a instancias de una terca apu llana (jefe local), se vio precisado a bajar a tierra casi por la fuerza y muy temeroso de caer en una celada, para compartir con ella una improvisada fiesta que le había preparado en homenaje a su visita.

Este famoso encuentro, casi ignorado en los manuales de historia, fue en realidad tan importante y trascendental que decidió la suerte del imperio Inca, cuyas riquezas y la prosperidad de sus pueblos decidieron a los europeos, y sin vacilación alguna, a emprender la conquista de estas tierras para la corona española, sin sospechar siquiera que el largo litoral que habían recorrido hasta el valle del Santa y los pueblos del Cusco, Chíncha y Tumipampa, que tanto habían oído nombrar, fueran los centros más importantes, nada menos que del mayor imperio que se había organizado en la América andina.]

Cuando Pizarro retornó a Panamá, después de años de ausencia, luego de su viaje delirante y mostró a sus temidos acreedores las riquezas increíbles y las cosas extrañas que había traído, todos ellos quedaron deslumbrados, y, a instancias de la codiciosa soldadesca, emprendió su viaje a España, para que el rey le autorizara la conquista de estas nuevas tierras, que empezaron a ser conocidas oficialmente con el nombre de las "provincias del Perú", como sinónimo de ilusión, aventura y fortuna.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Garcilaso de la Vega, Comentarios Reales.

Lib. IX, cap. XIV. Madrid. 1960. Barón Nordenskiöld, The invasion the Inca empire in the sixteenth century; An historical india migration. The Geographical Review, vol IV. N.Y. 1917. J. H. Rowe, Inca culture at the time of the spanish conquest, Washington, 1946. P. Cieza de León, Tercera Parte de la Crónica del Perú. Rev. Mercurio Peruano, (RMP) 1955-1956, Caps. XIX, XX, XXI, XXII, XXIII. A. Herrera, Historia general de los hechos de los castellanos. Dec. III, lib. XI, caps. VI VII. Buenos Aires, 1945. Sámano-Jerez. Relación. París, 1937. R. Porras, El nombre del Perú. Lima, 1968. M. Góngora, Los grupos de conquistadores en tierra firme (1509-1530), Santiago de Chile,

PRIMER CON QVISTA DESTEREINO



quistaquesebi

Viñeta orlada de la crónica de Poma de Ayala.



Mapa de la expansión geográfica del tawantinsuyo, al producirse la invasión española de 1531.

LA AGRESION DEL IMPERIO ESPAÑOL CONTRA EL PERU DE LOS INCAS

Utilizamos esta expresión, en lugar de los términos inveterados de descubrimiento y conquista del Perú, propios de la fraseología de la historia inspirada en las versiones españolas, porque deseamos aclarar que la conquista no fue una simple guerra contra indios anónimos, como se afirma, y menos aún el resultado exitoso de una aventura temeraria de los europeos, sino toda una guerra contra el Perú de los incas, usando en ella una tecnología bélica superior a la nuestra y aprovechando con sagacidad sus luchas intestinas.

Es así como los Pizarro y los Almagro, con toda su crueldad e iniquidades, no fueron sino los instrumentos visibles y las zarpas del brazo del más poderoso conquistador de los imperios europeos: el de España, entre medieval y renacentista.

No es del caso rememorar el presunto contrato de Panamá —cuando Pizarro estaba lejos de la ciudad— ni de sus implicancias anacrónicas; menos aún de la llamada comunión con una sola hostia, frase hiperbólica de aquellos tiempos; tampoco de la imaginaria raya trazada en la isla de Gallo, descrita por el fantasioso cronista Montesinos después de un siglo; sino, referirnos al hecho real. Que la capitulación del 26 de julio de 1529, suscrita en Toledo, al autorizar la conquista de las tierras vistas en 1528 y oficializar la empresa privada de Pizarro y sus demás socios, significó de facto la tácita declaración

de guerra del imperio español al Perú de los incas, sin que entonces mediara más causa que el obsecado afán de ampliar sus dominios y beneficiarse con las riquezas del continente sur-americano.

En efecto, por esta capitulación Pizarro —el abnegado y temerario capitán de los manglares colombianos— en mérito a sus servicios, recibió no solamente la facultad de conquistar las tierras que había descubierto en 1528, sino también los honrosos títulos de adelantado, alguacil mayor, capitán general y gobernador, para tomar posesión y poblar las “provincias del Perú”, a nombre del rey y de la corona de Castilla.

De este modo, Pizarro regresó a Panamá, convertido en otro hombre y con humos de gran señor, escoltado por una pequeña hueste y acompañado de sus familiares, ante la mirada resabiada de sus viejos compañeros de aventura, que se sentían postergados en las mercedes otorgadas por el documento real. Sin embargo, pudiendo más en ellos la ilusión y la codicia por las riquezas que esperaban alcanzar, disimulando su enojo, frenéticamente se pusieron a preparar la campaña contra el Perú, con las armas y caballos que le habían facilitado las autoridades locales en cumplimiento de los términos de la capitulación de Toledo, alentados con la idea de que su única obligación económica era dar al rey la quinta parte de todo lo que “ovieren de rescate o cabalgadas o en otra manera...”

Mientras que los futuros enemigos hacían sus preparativos en 1530, nuestro imperio confrontaba por entonces, la rebelión del auqui (príncipe) Atahualpa uno de los hijos de Huayna Cápac, que había tomado las armas contra Huascar Inca, que ejercía el gobierno del Tawantinsuyo. Si bien las causas de este conflicto, son todavía difíciles de explicar, es posible que el rebelde más que impelido por la ambición personal, representara, tal vez, la pugna antagónica —como presume F. Pease— de intereses religiosos, quizás entre los seguidores de Wiracocha y los fanáticos del culto solar, viejas divinidades del mundo andino, asociada a nuestro parecer a la necesidad de cambios sociales y políticos, que al final se reflejaron en la lucha por la hegemonía del poder.

De aquí resulta ya inaceptable la tesis aquella que fundaba la rebelión de Atahualpa en la rivalidad producida, en apariencia, entre los centros urbanos del Cusco y Tumipampa por un supuesto predominio, pues los hechos demostraron, después, las aspiraciones del auqui re-

belde al dominio total del estado imperial inca, con el nombre de Ticsi Cápac, sin que haya pruebas de su preferencia por Tumipampa, lugar donde había nacido su padre Huayna Cápac.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

R. Porras Barrenechea, *Cedulario del Perú, siglos XVI*; Lima, 1944. F. Pease G. Y., *Los últimos incas*; Lima, 1972. E. Guillén Guillén, *Waskar, Inca trágico*; Lima, s/f. N. Meza, *Estudios sobre la conquista de América*; Editorial universitaria 1974. Meza. III parte. Caps. XXVI, XXXIII. RMP. Lima, 1955. A. Herrera. *Historia general*. Dec. IV Lib. X, caps. IV, V, VII. Buenos Aires, 1945.

392



El capitán español Luis de Avalos de Ayala mata al capitán inca Quizu Yupanqui, según una representación del cronista indígena Guamán Poma de Ayala.

27



El Santiago matamoros de la reconquista española contra los árabes se convierte en el Santiago mata-indios, según los cronistas castellanos de Indias. Esta pintura cusqueña tardía recoge la imagen histórica, según la cual el apóstol defiende al Cusco del ataque incaico. Colección Pedro Mujica.

LAS PRIMERAS HOSTILIDADES CONTRA LOS INCAS

La hueste enemiga al mando de Francisco Pizarro, jefe de la milicia agresora y flamante gobernador de las tierras de la "provincia del Perú" que había de conquistar, partió de Panamá en enero de 1531 y luego de arribar a la bahía de San Mateo, siguiendo después más al sur, acampó en el paraje de Coaque, de donde unos meses más tarde, continuando su marcha, llegó a la isla de La Puná, probablemente a comienzos de diciembre de este año, dejando tras de sí una estela de sangre y fuego entre los pueblos de la costa.

La aldea de Coaque fue la primera e infortunada víctima de la agresiva codicia de la soldadesca invasora, que después de bajar y someter a sus indefensos pobladores se establecieron aquí, en espera de nuevos refuerzos y para adiestrar —entre tanto— a la mesnada bisoña e inexperta. Los meses que pasaron en esta ranchería costeña fueron duros y dramáticos. Por una parte tuvieron que afrontar la permanente hostilidad de los naturales, que altivamente los atacaban, y, por otra, sufrir los rigores del clima, de las enfermedades tropicales y los peligros del hambre. Durante este tiempo muchos de ellos murieron, otros quedaron tullidos y la mayoría afectados por dolorosas y sangrantes berrugas que erupcionaban en todo el cuerpo y les afeaba el rostro; desesperados de este ambiente, se vieron obligados a continuar su itinerario —en setiembre de este año de 1531— por la espesa vegetación de la malsana costa ecuatoriana, asaltando pue-

blos y soportando la violenta reacción de los habitantes, espantados de la crueldad de estas extrañas gentes. Es así como después de más o menos dos meses de penalidades y zozobras, en diciembre del mencionado año debieron desembarcar en la isla de La Puná. 1531

Es interesante advertir que Atahualpa, el auqui rebelde, según algunas versiones, recibió el angustioso pedido de los pueblos costños, pero al enterarse del pequeño número de los agresores, los dejó por su cuenta y riesgo, prefiriendo continuar la guerra contra su hermano el cusqueño Huascar Inca, reservándose para después el castigo y escarmiento de esta mala gente.]

Entre tanto, los extranjeros que habían desembarcado en La Puná, invitados por Tumbalá o Tomalá el señor de la isla, disipaban la sospecha de que esta hubiera sido para matarlos sobre seguro, confiados en el poder de sus armas y alucinados por las ingentes riquezas que veían, no pudiendo frenar su codicia por el oro y la plata se entregaron a la frenética tarea de saquear los templos y adoratorios más respetados de los isleños; con tanto descaro y prepotencia, que estos indignados por los robos y profanaciones se organizaron rápidamente para castigar y echar de su tierra a tan voraces huéspedes. Pero por desgracia los valerosos habitantes no calcularon el poder bélico de los extranjeros y en el primer encuentro fueron rápida y sangrientamente desbaratados por la briosa caballería y el fuego de los arcabuces.] Aunque reaccionaron después, de este increíble desastre, no pudieron evitar que en cruel escarmiento quemaran vivos a unos y decapitaran a los curacas que habían organizado y dirigido esta rebelión.

Si bien los isleños, posteriormente fueron reprimidos de manera implacable, sin embargo no pudieron quebrantar su animosa belicosidad, pues siguiendo la táctica de las guerrillas no dejaron en paz a los invasores y hasta estuvieron a punto de quemarles las naves; a comienzos de abril, los obligaron a marcharse a la costa tumbesina.

Chillmasa o Chillimasa —como lo llaman algunos cronistas— entonces señor de Tumbes, discretamente había ido a la isla de La Puná al cerciorarse de estas atrocidades, quedó tan espantado que simulando aceptar la fingida amistad del jefe europeo, luego de conciliarse cautamente con su antiguo rival, regresó precipitadamente a su tierra para evitar que desembarcara en las playas de su jurisdicción.]

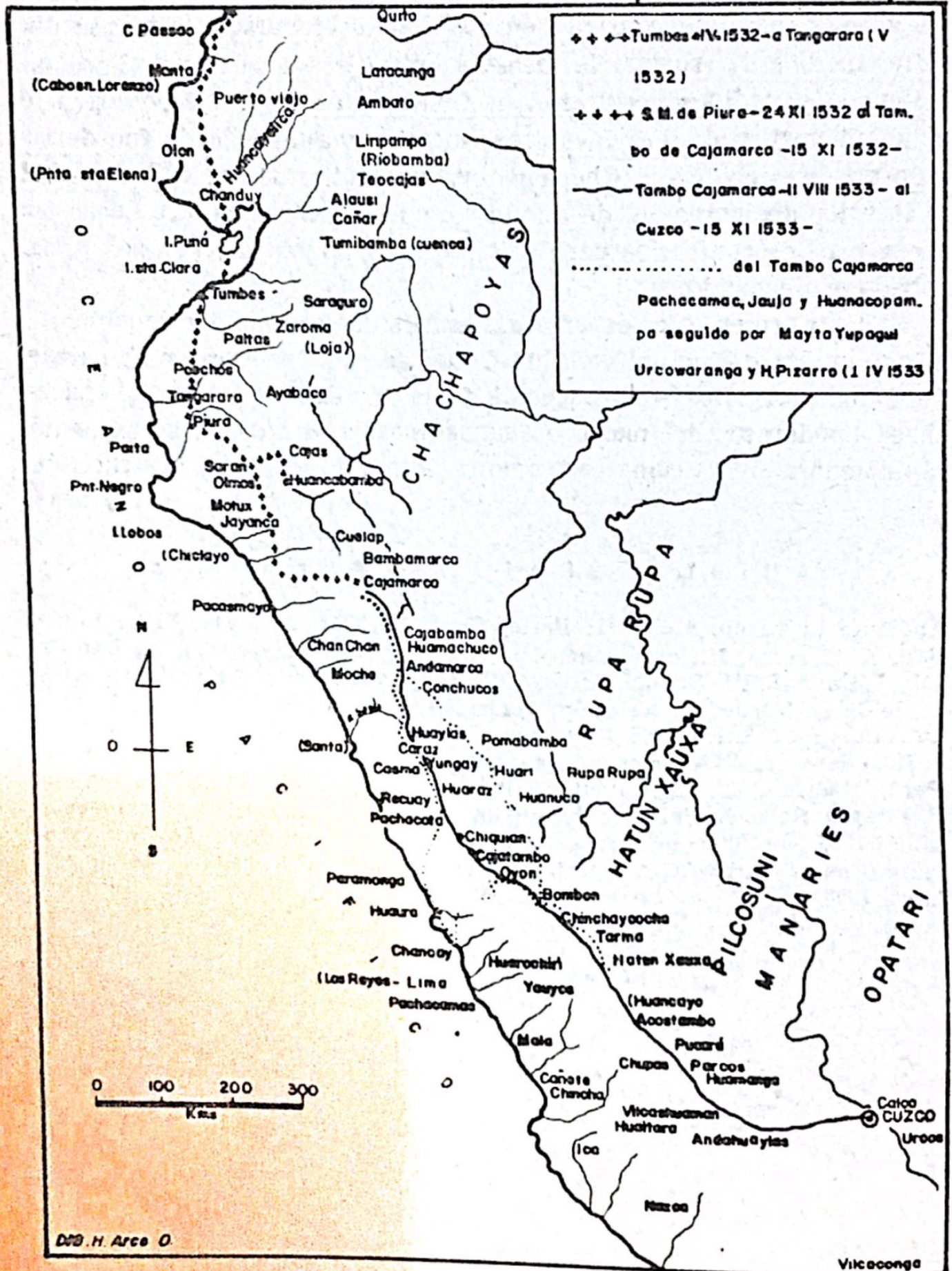
Como se sabe por distintas fuentes, el señor de Tumbes, sin esperanza de recibir algún auxilio del bando de Huáscar Inca o de Atahualpa y nada más que confiado en sus propios recursos, trató por distintos medios de frustrar la invasión extranjera a su tierra. Pero sus esfuerzos y ardides resultaron al final ineficaces. Si bien logró al principio matar algunos invasores, su improvisado ejército fue derrotado en el estero de la Chepa y tuvo que retirarse precipitadamente al interior de la región, de donde se vio obligado a salir y hacer las paces con los contrarios para evitar que el pueblo de Tumbes fuera robado y destruido.

Posteriormente los españoles, después de escarmentar cruelmente a los curacas del actual valle de Chira, se establecieron en el paraje de Tangará. Desde entonces la fama terrible de estos "qhapacochas" (poderosos del mar), o "suncasapas" (barbudos), se extendió rápidamente en las comarcas como sinónimo de muerte y destrucción.]

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

Anónimo Sevillano, Meza. III Parte, Caps. XXXIII, XXXVII. RPM. Lima, 1956. A. Herrera, Historia general... Dec. IV. Lib. IX. Caps. I, II. Dec. V Lib. I, Caps. I, IV. Buenos Aires, 1945. La conquista del Perú; Lima, 1968. F. de Jerez, Verdadera Relación; Madrid, 1947. Relación francesa de la conquista del Perú, Lima, 1968. El presunto Estete, Noticias del Perú; Lima, 1968. J. Ruiz de Arce. Advertencias; Lima, 1968. M. de Murúa, Historia General del Perú; Madrid, 1962. M. Cabello Valboa, Miscelánea Antártica; Lima, 1954. P. Pizarro, Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú; Lima, 1968. G. Petersen, Las primeras operaciones militares de Francisco Pizarro en el Perú; Actas y trabajos del II congreso de historia del Perú; Lima, 1958.

ITINERARIO



Mapa de los itinerarios de la penetración española en el imperio incaico, desde su desembarco en Tumbes hasta la posesión del Cuzco.

PENETRACION ESPAÑOLA AL INTERIOR DEL IMPERIO

Con este término queremos dejar en claro que por las aciagas circunstancias, que a comienzos de 1532 conmovían políticamente al imperio de los incas, ni el rebelde Atahualpa ni la gente del bando legalista de Huáscar Inca, sospecharon remotamente, que la pequeña y agresiva hueste que había desembarcado en la costa tumbesina fuera capaz de disputarles el señorío del gran imperio, el más extenso y poderoso de la América andina, y, contrariamente, los tuvieron por aventureros codiciosos de oro y plata o por simples mercenarios, con cuyas armas y personas podían aprovecharse para zanjar sus obsecadas rivalidades internas. Es así como los europeos, favorecidos por esta presunción, fácilmente se infiltraron primero hasta el tambo de Cajamarca y después hasta la misma ciudad del Cusco, la gran capital del imperio.

Cuando los europeos se establecieron en el paraje de Tangará —a la vera del río Chira—, y fundaron después el pueblo de San Miguel, la sangrienta guerra civil del imperio inca, estaba en su última etapa. Mientras Huáscar Inca luchaba desesperadamente para contener el avance de las victoriosas legiones de su rebelde hermano el auqui Atahualpa, los curacas o señores tallanes, esperaban cautelosos el resultado de estos acontecimientos, y a la expectativa de lo que el bando triunfante decidiera sobre lo que ellos habrían de hacer con la gente invasora que se había establecido en sus tierras, después

de matar cruelmente a los curacas que se habían opuesto a su presencia.]

Como se sabe, terminada esta trágica contienda, el triunfante Atahualpa en lugar de castigar los crímenes y robos perpetrados por los invasores, fascinado más bien por las extrañas armas que traían, infortunadamente prefirió conservarles la vida y confiando incautamente en la presuntuosa información de sus espías, los atrajo hasta el tambo de Cajamarca, en donde sorpresiva y traídoramente habría de ser apresado y ejecutado, no obstante el pago del rescate más fabuloso que conoce la historia universal. Este famoso prendimiento, a la vez que puso término a la rebelión de Atahualpa, permitió a los españoles llegar a la gran ciudad del Cusco, bajo el amparo de la gente del bando legalista de Huáscar, prometiéndoles restaurar el gobierno legítimo del imperio (noviembre de 1533).]

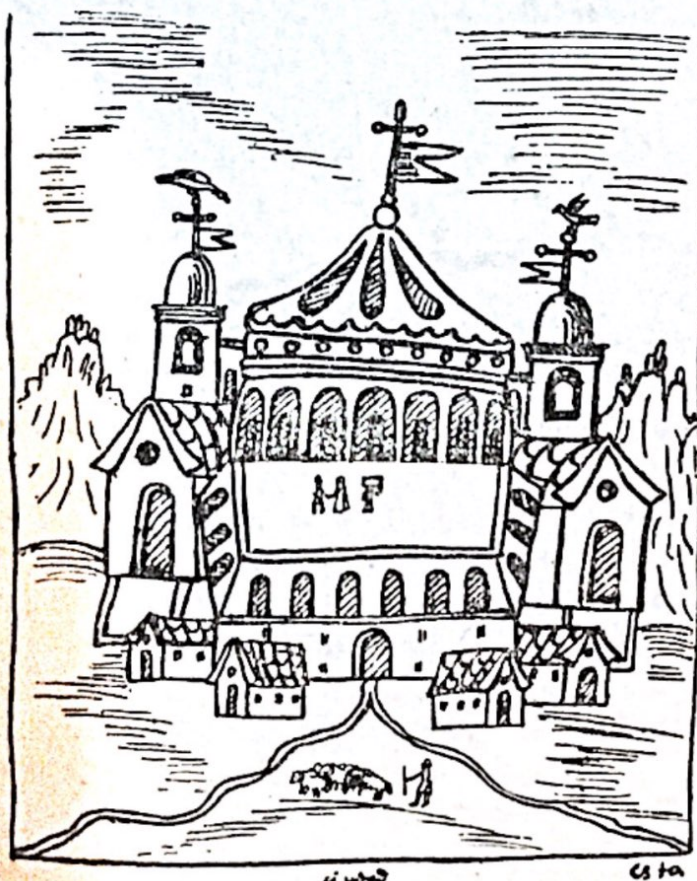
Posteriormente, en 1534 después de vencida la facción atahualpista de Quisquiz en la batalla de Maraucalla, Manco Inca Yupanqui, al establecer su autoridad imperial fue constatando, con amargura y estupor, que sus aliados con los refuerzos llegados a Pachacámac en enero de 1535, empezaron a mostrar su prepotencia y desembozadamente su propósito de quedarse en la tierra. Sólo entonces el joven monarca comprendió claramente el error de su alianza con los extranjeros, dándose cuenta que estos no eran los mercenarios que él había imaginado al principio, sino la implacable punta de lanza del ejército conquistador de España, el reino más extenso y poderoso de Europa, que disimuladamente se había erguido, de hecho, como un poder contrapuesto a su autoridad, con el apoyo de los pueblos que deseaban librarse del dominio imperial y el sórdido aliento de algunos de sus hermanos que ambicionaban el gobierno del Tawantinsuyo.

Para que el lector aprecie con más detalle la secuencia de estas aciagas circunstancias políticas que facilitaron la disimulada infiltración enemiga, primero al tambo de Cajamarca y después a la misma ciudad del Cusco, creando las condiciones favorables para el derrumbamiento posterior del imperio, reseñaremos en los próximos artículos, los detalles del trágico final de la rebelión de Atahualpa, de la funesta alianza de Manco Inca Yupanqui con los españoles y el golpe de estado que le dieron después sus exaliados para arrebatárle el gobierno del imperio.

Todos estos hechos probarán, a su vez, que si bien los españoles llegaron preparados y con el ánimo de conquistar el Perú, los incas sin una clara perspectiva de los hechos y obsecados en sus luchas intestinas no se percataron a tiempo de este peligro, sino cuando fue ya demasiado tarde como para que el imperio pudiera reaccionar contra la conflagración de los pueblos dominados y sus aliados extranjeros, resueltos a acabar con el poder de los incas.]

BIBLIOGRAFIA GENERAL

J. Hemming, *The conquest of the incas*; Londres 1971. R. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*; T. I. Barcelona, 1971. J. Lafaye, *Los conquistadores*; París, 1964. J. Lockhart, *Spanish Perú, 1532-1560*; Madison University of Wisconsin, 1968; *The men of Cajamarca a social and biographical study of the conquerors of Peru*; Texas, 1972. J. A. del Busto, *Francisco Pizarro, el marqués gobernador*; Madrid, 1966. J.J. Vega, *La guerra de los viracochas*; Lima, 1969. W. Espinoza, *Los huancas, aliados de la conquista*; Huancayo, 1971. E. Guillén, *Versión Inca de la Conquista*; Lima, 1974. Pueden consultarse además, las crónicas citadas en el artículo anterior.



Representación de la Cajamarca española, según Poma de Ayala, dibujo de 1615.



Esplendor arquitectónico de la ciudad Inca de Ollantaytambo.

FINAL DE LA REBELION DEL INCA ATAHUALPA

Contrariando la tendenciosa y errada afirmación de que el imperio de los incas fue conquistado por un puñado de españoles y en menos de una hora de lucha, puede afirmarse ahora, y con mayor rigor histórico, que los hechos ocurridos en la tarde sangrienta de Cajamarca, el 16 de noviembre de 1532, no significan políticamente nada más que el final de la rebelión triunfante del auqui o príncipe Atahualpa, entonces proclamado señor del Tawantinsuyo con el pomposo nombre de Ticsi Cápac Inca.

Esta aclaración resulta tan importante, no sólo para restablecer el legítimo prestigio de las tradiciones bélicas del Perú, sino también para vindicar ante los fueros de la historia universal, la imagen heroica de los incas que valerosamente lucharon contra los invasores europeos desde 1536 hasta 1572 en que fueron vencidos en Vilcabamba, inmolando sus vidas en defensa de este último reducto de su imperio.

De las últimas investigaciones históricas se desprende que, contrariamente a la prudencia de Huáscar Inca que reforzó su ejército al saber la invasión de la costa tumbesina, el príncipe Atahualpa, presuntuosamente y seguro de su victoria sobre las fuerzas de su hermano, espoleado por la curiosidad y el interés bélico, en lugar de castigar a los intrusos, prefirió atraerlos más bien hasta su propio cuartel general en el tambo de Cajamarca —según algunas versiones con-

fiables—, para quitarles allí sus poderosas armas y los curiosos “guanacos” que cabalgaban, con el pretexto de sancionar los robos y muertes que habían perpetrado desde su entrada al imperio.]

Las versiones testimoniales de la época concuerdan en sostener que Atahualpa convencido del escaso número de la soldadesca extranjera y del gran temor que mostraban, y confiando en la jactanciosa información de sus espías, aceptó que estos prosiguieran su itinerario al tambo de Cajamarca. Diego de Trujillo, testigo presencial de esta jornada, cuenta con ironía, que cuando Atahualpa, intuyendo el riesgo de su decisión, intentó degollarlos en el camino, su capitán le mandó decir que no lo hiciera porque iban tan asustados que a él solo le temían y le recomendó que si había de matarlos, conservara la vida de tres hombres: del barbero que “hacía mozos” a la gente, del volteador de caballos y del herrero, como los preciados dones culturales del mundo europeo; de aquella “síntesis elenística: trabajo, juego y belleza” que donosamente comentaba el ilustre Raúl Porras Barrenechea al exaltar los sentimientos andinos del alma incaica.] Confirmando esta confianza del príncipe y doliéndose de su fatal imprudencia, un soldado de Huáscar Inca, que espiaba el campamento rebelde, añade, que Atahualpa y sus capitanes fueron al tambo de Cajamarca, sin “hacer cuenta de los pocos españoles” y convencidos presuntuosamente de que eran valientes y que en el mundo entero no había gente que pudiera vencerlos ni dominarlos y que por esta causa, cayó preso víctima de su poca cautela.]

En efecto, por aquellos imponderables de la historia, los planes de Atahualpa no solamente fallaron sino que resultaron al revés de lo que pensaba, pues cuando se proponía humillar a sus invitados obligándoles a devolver públicamente todo lo que habían robado, éstos percatados del inminente peligro, de acuerdo a la celada que le habían tendido, lo atacaron audazmente en medio de una horrible carnicería humana, tomándolo preso sin que la aterrorizada multitud intentara defenderlo de sus temerarios atacantes; fue así como en breves momentos terminó sin pena ni gloria el efímero triunfo de este famoso rebelde, que imprudentemente abrió a los españoles la puerta grande del imperio.

Desde su cautiverio Atahualpa trató de conseguir su libertad, pagando a los Pizarro el cuantioso rescate que le exigieron y en última instancia su destierro a España, pero nada pudo lograr ante la intriga

y la habilidad de los políticos cusqueños, que no solamente se valieron de los españoles para que lo mataran —el 26 de julio de 1533— sino que lograron después fascinarlos con nuevas riquezas para que estos les ayudaran a liquidar a los restos del ejército rebelde, al mando del general Quizquiz y a restaurar finalmente el gobierno legítimo del imperio.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Presunto Estete, Noticias del Perú; Lima, 1968. D. de Trujillo, Relación del descubrimiento del reino del Perú; Sevilla, 1948. F. de Jerez, Verdadera relación... Madrid, 1947. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción; Lima, 1916. Cieza de León, III, caps. XLII, XLIV, Revista Mercurio Peruano, N° 361, Lima. R. Porras, Prólogo y notas a la crónica de D. de Trujillo, Sevilla, 1948. J. A. del Busto, Francisco Pizarro, el marqués gobernador; Madrid, 1966. J. J. Vega, La guerra de los viracochas; Lima, 1969. W. Espinoza, Los huancas, aliados de la conquista; Huancayo, 1971. J. Hemming, The conquest of the incas; Londres, 1971. E. Guillén, Una visión peruana de la conquista Rev. Hist. y Cult. N° 7. Lima, 1973; Versión Inca de la conquista; Lima, 1974.



Manco Inca en su trono imperial. Dibujo de Poma de Ayala.

LA RESTAURACION DEL GOBIERNO IMPERIAL

Muerto Atahualpa el 26 de julio de 1533, no obstante que el joven príncipe Manco Inca Yupanqui había sido elegido por parte de sus hermanos sucesor de Huáscar Inca, la facción legalista que estaba en el tambo de Cajamarca, precipitadamente dio la borla imperial o mascapaycha al príncipe Tupa Hualpa, quien para afianzar su poder y acabar con el reducto rebelde que aún quedaba guarecido en el Cusco, partió de Cajamarca a la capital del imperio el 11 de agosto de este año de 1533.

Entre tanto, en el Cusco ocurrieron las cosas de otra manera. Vila Oma, el sumo sacerdote del sol —que tenía tanto poder como el papa entre los cristianos—, conociendo los trágicos sucesos de Cajamarca e intuyendo con perspicacia el grave peligro que se cernía sobre la seguridad del imperio, con el poder creciente de la nueva gente, invocó entonces dramáticamente la unión de los bandos rivales contra los extranjeros, previniéndoles que si estos venían desde lejos no era precisamente para obedecer sino para mandar e imponerse en la tierra. Por su parte Quizquiz el altivo general de Atahualpa, reconociendo el valor de estas graves premoniciones, no solamente aceptó la propuesta de Vila Oma, sino que sugirió entonces al príncipe Paullu, otro de los hijos de Huayna Cápac para que como inca de transacción asumiera el gobierno del imperio. Pero desgraciadamente, ni Paullu aceptó el cargo que le ofrecían ni los obcecados capitanes del bando legalista convinieron en ello, y seguros de su triunfo posterior,

rechazaron todo entendimiento y trato con los partidarios de Atahualpa o la gente de Quito.

Entre tanto, Tupa Hualpa para poner término a estas incidencias políticas, erigiéndose como legítimo sucesor de Huayna Cápac emprendió su rápida marcha al Cusco para imponer su autoridad. Si bien llegó entonces sin novedad hasta el tambo de Hatun Xauxa (valle de Jauja), poco después a mediados del mes de octubre de este año de 1533, enfermó e inesperadamente murió ante la preocupación y desconcierto de los españoles, que sin ninguna averiguación culparon al general Challocochima —a quien traían preso y encadenado— que había envenenado al citado príncipe, con el ánimo de encumbrar en el imperio a Titu Atauchi, el primogénito del difundo Atahualpa. Aunque luego Pizarro —creyéndose con influencias— insistió en el nombramiento de un “nuevo inca” no le hicieron caso, quizás porque ya estaban de acuerdo con el joven Manco Inca Yupanqui que había sido propuesto como inca por otros hijos de Huayna Cápac para que asumiera el gobierno del imperio.

Reiniciada la marcha de los coaligados al Cusco, la gente de Atahualpa trató inútilmente de contenerla con sus escasos efectivos en Angoyaco y en el tambo de Vilcashuamán, hasta que después de quemar el famoso puente colgante sobre el río Apurímac se parapetó en la escabrosa cuesta del cerro altísimo de Vilcaonga. Allí habría sido quizá la tumba de los coaligados, si entonces no hubiera llegado la hueste de Manco Inca Yupanqui, que lo hizo retraer a las comarcas cusqueñas, salvando a la avanzada legalista y a españoles cuando estaban a punto de ser totalmente destruidos.

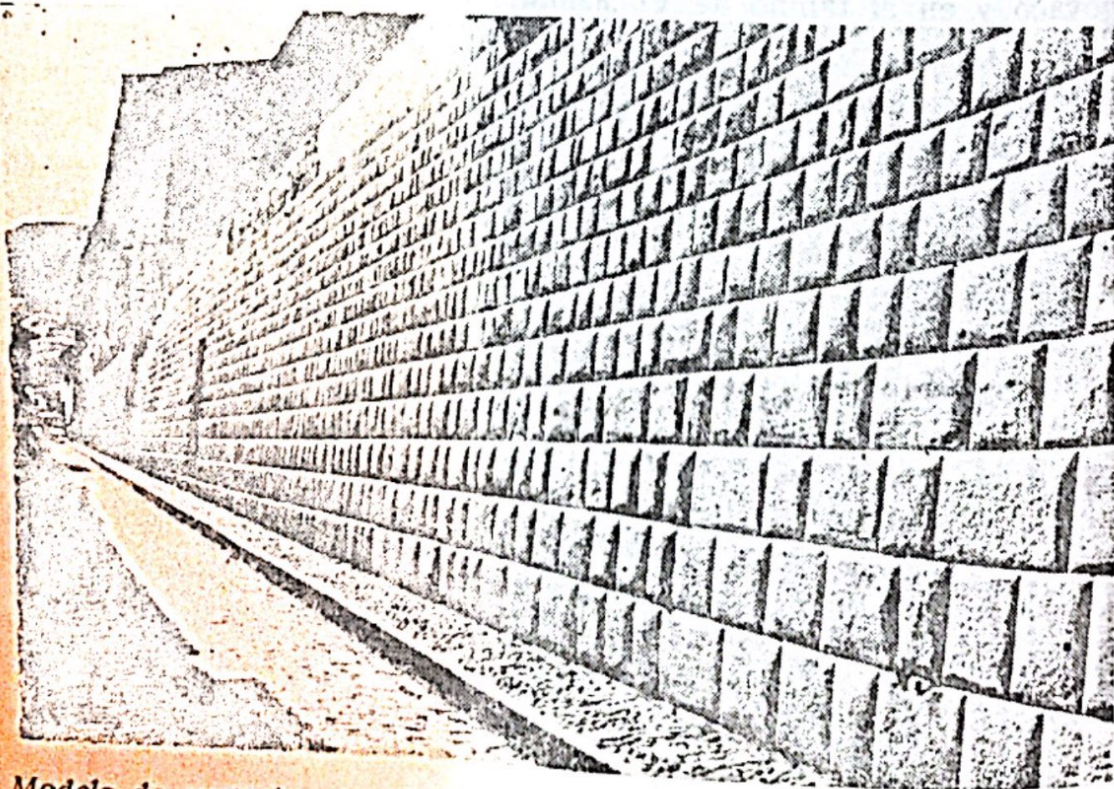
Como se sabe, poco después el joven príncipe se entrevistó con Pizarro, el jefe de la soldadesca hispana y se alió con él en el valle de Jaquijaguana el 13 ó 14 de noviembre de este año de 1533, a despecho de la oposición y descontento de algunos de sus principales capitanes. Es importante advertir que esta alianza, por la que Pizarro reconoció a Manco Inca Yupanqui como al legítimo señor del imperio y se comprometió a servirle contra el reducto atahualpista al mando del general Quizquiz; tuvo tanto o más trascendencia que la tragedia de Cajamarca, porque fue en sí la expresión fría y calculadora de la diplomacia inca, que en riesgoso juego político comprometió gravemente el destino del mismo imperio.]

Al día siguiente de esta fatídica alianza —festejada con la cruel quema del general Challocochima—, Manco Inca Yupanqui, entró en la gran ciudad del Cusco y para impresionar a sus enemigos y capitanes recelosos, presentó a sus nuevos aliados —más con fines políticos que religiosos— como a presuntos enviados de Wiracocha, para acabar con la gente de Quito y asegurar el gobierno legítimo del imperio.

Estos hechos ponen así al descubierto el embeleco de Pizarro, que años después declaró e hizo probanza para certificar que él había conquistado la ciudad del Cusco y nombrado a dedo al nuevo inca, en risueña y senil farfolla.]

BIBLIOGRAFIA GENERAL

P. Sancho de la Hoz, Relación de la conquista del Perú; Madrid, 1962. R. Porras, Cartas del Perú; Lima, 1959. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción; Lima, 1916. Ella Dumbor Temple, La descendencia de Wayna Cápac; en Rev. Hist. Tomo X y siguientes. Lima, 1937. J. A. del Busto, La marcha de Francisco Pizarro de Cajamarca al Cusco. Rev. Hist. Tomo XXVI. Lima, 1962-63. J. J. Vega, La guerra de los viracochas; Lima, 1969. W. Espinoza, Los huancas, aliados de la conquista; Huancayo, 1971. F. Pease, Los últimos incas del Cusco; Lima, 1972. E. Guillén, Versión Inca de la conquista; Lima, 1974.



Modelo de cantería y construcción inca en "degradé". Muro de la calle Loreto en el Cusco.

RUPTURA TACITA DE LA ALIANZA INCA-ESPAÑOLA

Los hechos posteriores prueban que la alianza de Jaquijaguana resultó funesta para la suerte del imperio. Si bien Manco Inca Yupanqui logró con esta el doble objetivo de asegurar su autoridad y acabar con el reducto atahualpista, dio lugar a que los españoles, con la fama que tenían de vencedores de Cajamarca en actitud desleal socabaran su autoridad erigiéndose como un poder contrapuesto al suyo con el respaldo de los pueblos descontentos con la dominación cusqueña y el apoyo de algunos de sus hermanos que ambicionaban disputar al inca la borla del imperio que empezaba a derrumbarse.

Como hemos aclarado, Pizarro no entró en la gran capital del imperio como conquistador, el 15 de noviembre de 1533, sino como un aliado providencial del nuevo inca, pues habiendo acabado con la rebelión de Atahualpa se requería de su auxilio militar para cancelar con la facción atahualpista.

Manco Inca Yupanqui, luego de su solemne reconocimiento como sucesor del gobierno imperial, emprendió —llevando a unos cincuenta españoles— la primera campaña contra el general Quizquiz y en breve tiempo lo obligó a retirarse a la sierra central. [Mientras tanto, los españoles recibieron todo género de atenciones y grandes tesoros, más aún, los halagos políticos del inca que pese a los desmanes que empezó a notar los requería a su lado hasta el total vencimiento de los rebeldes quiteños.]

En el mes de mayo de 1534 Manco Inca Yupanqui y Pizarro, en el valle de Jauja lograron vencer al general Quizquiz en la batalla de Maraycalla o Maricalla. Cuando el inca creía haber colmado sus aspiraciones políticas, se enteró entre alarmado y confuso, de cómo un gran contingente de españoles desembarcados en la costa ecuatoriana marchaba a la sierra de Quito, este hecho le hizo comprender la magnitud de su error político de Jaquijaguana y la acertada prevención de Vila Oma el gran sacerdote del sol y de alguno de sus capitanes que se opusieron a la citada alianza. Comprendió que sus ocasionales aliados no eran la soldadesca mercenaria que supuso sino la avanzada conquistadora de España, el más extenso y poderoso imperio europeo; pero además esta nueva gente se fue convirtiendo en un serio escollo para su autoridad, que con el prestigio de vencedor de Atahualpa, habían logrado atraer la simpatía de los pueblos contrarios al dominio imperial; con el apoyo tácito de los invasores empezó a acrecentar su influencia como fuerza contrapuesta a la hegemonía de los incas. Fue así como empezaron a germinar entre las naciones dominadas los síntomas de la rebelión, fascinadas con la idea de que alcanzarían su independencia con la ayuda y poder bélico de los extranjeros.

En realidad si fuera cierta la sospecha de los españoles del propósito del inca de acabar con ellos —en el valle de Jauja— poco después de la derrota de los atahualpistas, se explicaría el cambio de parecer del inca, por la presencia de nuevos extranjeros en la zona ecuatoriana y el sigiloso apoyo de los huancas a los españoles. Cuando Manco Inca Yupanqui regresó al Cusco, comprendió más aún la gravedad de la situación política, ante el descontento de la gente principal y de sus capitanes, por la tolerancia que él tenía para con los extranjeros y percibir la altanería de algunos de sus hermanos que habiendo ganado el apoyo de estos, aspiraban a disputarle la borla imperial.

Manco Inca Yupanqui, convencido entonces que sus aliados querían quedarse en la tierra e impotente para frenar sus intrigas, en lugar de asumir una actitud conformista —como creen algunos historiadores— el joven monarca, prefirió entonces prudentemente disimular los hechos y con la mayor discreción preparar un plan estratégico para sorprender a tan malos visitantes y echarlos del Perú. Esta política del inca explica por sí su aparente tolerancia a los desmanes

de la soldadesca española, a la distribución de las residencias reales y a la fundación de algunas ciudades en el territorio; más aún, su interés por dispersarlos en lejanas encomiendas con la ilusión de nuevas riquezas y el que Paullu Inca llevara al mariscal Diego de Almagro a pacificar a los pueblos alzados del Collasuyo con el señuelo de que en esas lejanías encontraría grandísimas riquezas. Es así como a mediados de 1535, el joven monarca, había logrado con éxito el principal objetivo de dividir a sus enemigos en tres partes: Cusco, Lima y el Collasuyo, con la segura esperanza de destruirlos separadamente.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

- P. Sancho de la Hoz, Relación de la conquista del Perú; Lima, 1962. M. Estete (presunto), Lima, 1968. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción; Lima, 1916. A. Herrera, Historia general. Dec. V. lib. VII, cap. VIII; lib. VIII, cap. I. Francisco L. de Gómora, Historia General de las Indias; Madrid, 1946. A. de Zárate, Historia del descubrimiento y conquista del Perú; Lima, 1947. M. Ballesteros-Gaibrois, Descubrimiento y Conquista del Perú; Madrid, 1963. Carta del licenciado Espinoza de 25. II. 1536, en Cartas del Perú publicado por R. Porras. Ella Dumbar Temple, La descendencia de Huayna Cápac; Rev. Histórica. (R.H.), tomo XI-XII; Lima, 1939-1940. J. T. Medina, C.D.I.H.CH. Tomo V.

GOLPE DE ESTADO CONTRA MANCO INCA YUPANQUI

Mientras el inca aceleraba los planes bélicos para acabar con los españoles, antes que siguieran recibiendo nuevos auxilios de gente, estos a su vez disimulando sus propósitos de conquista; fueron cautelosamente afianzando su poder en la ciudad del Cusco con el apoyo de los hermanos rivales del inca y en las otras latitudes del Tawantinsuyo con el de los pueblos fascinados con la ilusión de recobrar sus viejas libertades y desquitarse del dominio de los incas. Es así como los desleales huéspedes del inca, estaban al acecho para derrocarlo en la primera ocasión que los hechos justificaran este alevoso atentado.

El año de 1535, fue crucial para los incas y los españoles, porque si bien ambos mantenían fríamente la alianza de Jaquijaguana, cada uno se preparaba para adelantarse en el golpe definitivo en la primera oportunidad que se ofreciera.

Cuando a mediados de este año de 1535, Paullu Inca, Vila Oma y el mariscal Diego de Almagro avanzaban a los páramos helados del Collasuyo, Manco Inca Yupanqui, creyó entonces que esta era una gran oportunidad para poner término a los desmanes y prepotencias de sus huéspedes —quizá—, inmediatamente después que Francisco Pizarro dejara la capital del imperio para retornar a la novísima ciudad de Lima, fundada el 18 de enero este año de 1535.

Pero desgraciadamente estos planes discretamente urdidos, al final no resultaron tan discretos como se había pretendido, porque en

algún momento, por fortuitas circunstancias o por delación, los españoles y sus obsecuentes aliados, se percataron de los alcances de esta conspiración y ante el inminente peligro que se cernía sobre ellos, precipitando los hechos y en temeraria acción prendieron al inca en su propio palacio, consumando así el riesgoso golpe de estado contra su autoridad imperial. Si bien esta alevosía causó grave escándalo entre los capitanes y los linajes del Cusco, el joven monarca con extremada precaución calmó los ánimos para no comprometer el curso de los cuidadosos preparativos bélicos que entonces se venían preparando.

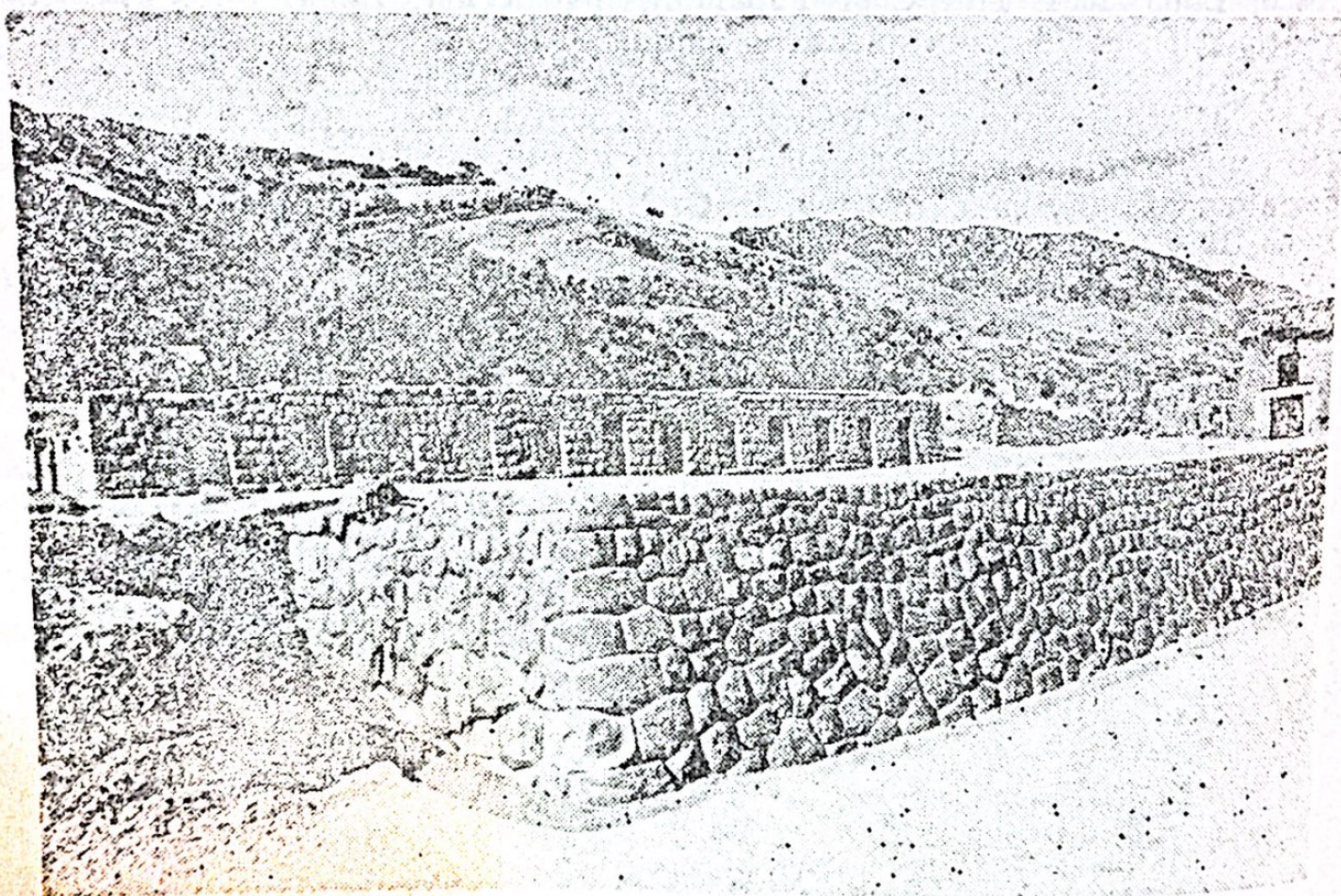
Lo que sufrió el inca durante su cautiverio —cargado de cadenas y con la humillante collera al pescuezo— fue realmente increíble. Decenas de testigos presenciales relatan con doloroso patetismo las vejaciones y afrentas que le infirieron sórdidamente los Pizarro y sus amigos, mostrando a su vez su admiración al coraje y al valor moral de Manco Inca Yupanqui para soportar con estoicismo los vejámenes durante largos meses de prisión, muchas veces intentaron quemarlo vivo y aperrearlo; hasta que en febrero de 1536, Hernando Pizarro —el más cruel y codicioso de los hermanos— lo soltó con el ánimo de halagarlo y extraerle nuevas riquezas, pero el inca, entendiendo estas aviesas intenciones, convino con Vila Oma —el sumo sacerdote del sol— en seguir el juego y hacerle caer en su propia red. En efecto, en las semanas que siguieron a su libertad, Manco Inca Yupanqui en presunta gratitud, dio a Hernando Pizarro con generosidad impresionante, varias botijas con oro en polvo, su vajilla y algunas estatuas también de oro, más una cantidad de vigas de plata del coricancha y otros objetos preciosos, hasta que después, ganada su confianza y estimulando el clímax de su ambición, le dijo que si le daba permiso para salir del Cusco, le traería nada menos que la propia estatua de su padre Huayna Cápac hecha toda de oro, incluso las tripas. Fue entonces tanta la impresión de este capitán que sin refrenar su ambición y cegado por la codicia, cayó redondo en el ardid, —en el cuento de la estatua— y sin pensarlo dos veces autorizó al inca para que saliera discretamente del Cusco.]

Fue así como en el mes de abril de este año de 1536, un día de Semana Santa, Manco Inca Yupanqui se alejó de la ciudad, con el ánimo resabiado y dispuesto a castigar a sus fieros enemigos; pocos días después el chasqueado Hernando Pizarro descubrió el engaño, cuando

ya cundía la terrible noticia que el inca reunido en el pueblo de Colca con sus capitanes, en solemne juramento, había resuelto matar a todos los españoles y sus colaboradores, aprestando un fuerte ejército para atacar la ciudad del Cusco.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

P. Sancho de la Hoz, *Relación de la conquista del Perú*; Madrid, 1962. Presunto Estete, *Noticias del Perú*; Lima, 1968. Anónimo, *Relación del sitio del Cusco*; Lima, 1934. Titu Cusi Yupanqui, *Instrucción*; Lima, 1916. P. Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*; Lima, 1968. R. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*; Barcelona, 1966. J. A. del Busto, *Los caídos de Vilcaconga*. *Rev. His. y Cult.* Tomo I. Lima, 1965. J. Hemming, *The conquest of the incas*; Londres, 1971. W. Espinoza, *Los huancas, aliados de la conquista*; Huancayo, 1971. E. Guillén, *Versión inca de la conquista*; Lima, 1974.



Vista general de los muros incaicos del palacio cusqueño de Collcampata. Aquí estuvo prisionero Tupa Amaro, el último Inca del imperio del Tawantinsuyo, antes de ser decapitado en la plaza del Cusco el 22 de setiembre de 1572.

LA GUERRA DE RECONQUISTA DEL PERU

CONSIDERACIONES GENERALES

Utilizamos este término, por ser el más adecuado, para demostrar que la conquista y dominación del Perú por los españoles, fue nada más que un paréntesis en su milenario proceso histórico, que duró casi tres siglos de lucha constante, hasta que finalmente recuperó su vieja autonomía política en diciembre de 1824. De manera que la batalla de Ayacucho librada en este año fue en realidad el otro extremo y el resultado inevitable de la guerra de reconquista iniciada con el cerco del Cusco en mayo de 1536, demostrándose a la vez que el Perú fue el insoslayable protagonista de la independencia americana.

El término "reconquista", aplicable a la lucha del Perú contra la dominación hispana, fue aprobado por el III Congreso Nacional de Historia del Perú, reunido en Lima en 1965. Desde entonces ha sido aceptado por notables investigadores y estudiosos que efectivamente reconocen que la conquista, fue nada más que un hecho episódico en el curso de nuestra historia milenaria; que si bien alteró su avanzado proceso social y desestructuró sus principios políticos y económicos, no logró disipar su ancestral ideología secular que renace vigorosa en las breñas de nuestro mundo andino contemporáneo.

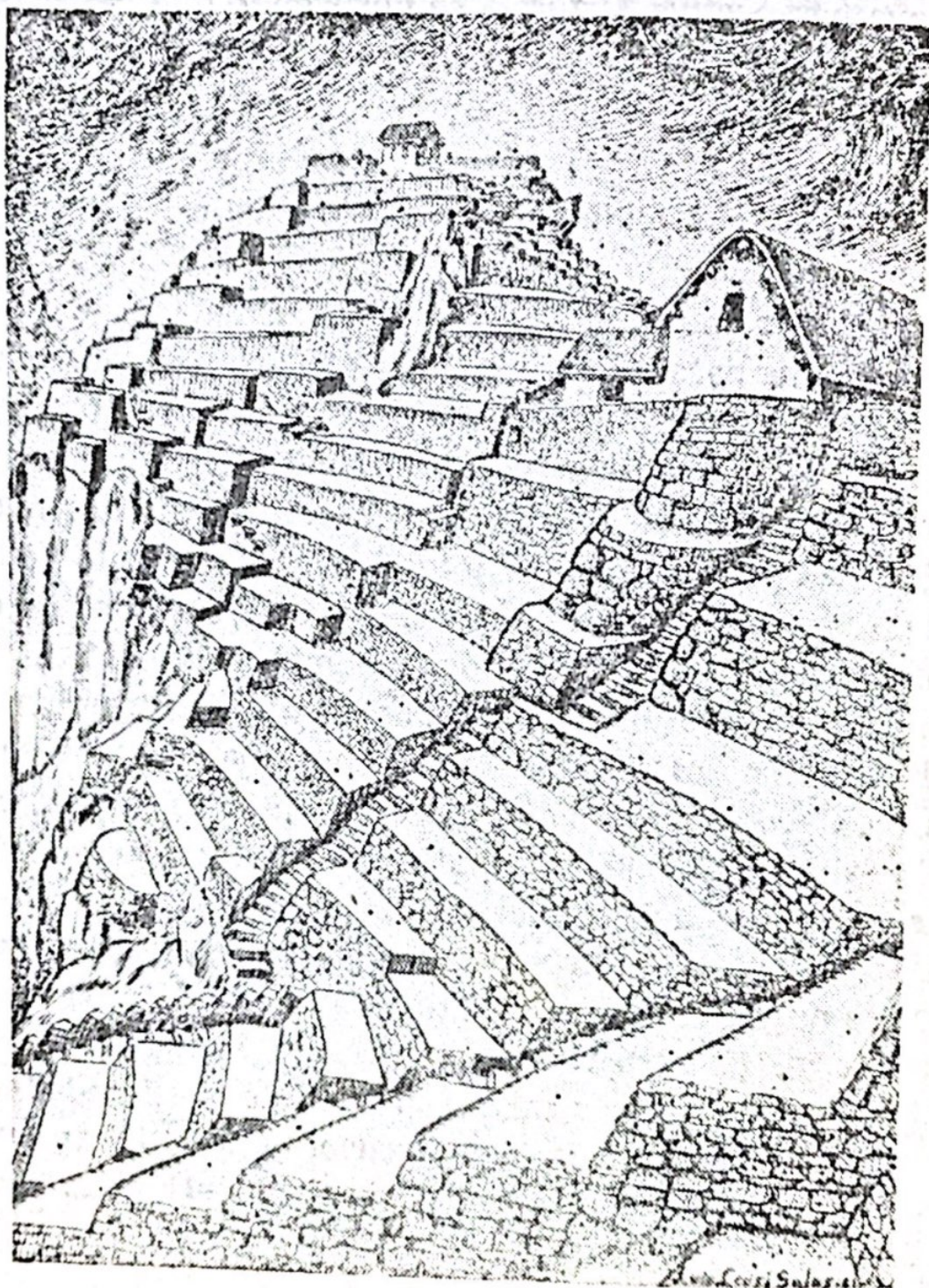
Como hemos señalado, si bien la conquista del imperio fue cuidadosamente planificada por los agresores españoles, los incas no se percataron de este peligro sino mucho después, cuando ya era demasiado tarde, cuando los enemigos se habían hecho fuertes con el apoyo de

los pueblos contrarios a la dominación imperial y con el de los hermanos del nuevo inca, que ambicionaban disputarle el gobierno con la ayuda de los presuntos mercenarios.]

Este vocablo explica a su vez y de manera coherente la secuencia y razón de los hechos que se sucedieron entre los siglos XVI-XIX, 1536-1824, de cuya perspectiva histórica se desprende que la acción de Ayacucho fue el resultado inevitable de sucesivos intentos de reconquista que le precedieron, precipitado por las favorables tensiones internacionales de entonces y por la vigorosa colaboración de las demás naciones americanas, que habían sufrido igualmente los desmanes de la dominación hispánica.

Para constatar esta secuencia histórica y nada más que como un esquema tentativo para investigaciones posteriores, señalamos los siguientes intentos de reconquista que mediaron entre 1536 y 1824. El primero, iniciado por Manco Inca Yupanqui (1536); el segundo por Juan Santos Atahualpa (1742-1752); el tercero por Tupa Amaro (1780-1781); el cuarto por Pumacahua y los hermanos Angulo (1814-1815), y, el quinto que culmina con la definitiva derrota de los españoles en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Si bien este planteamiento es discutible, como todos los que se formulan en el ámbito de la historia, sin embargo el uso del término reconquista y el esquema diseñado, permiten establecer su diferencia antagónica con el vocablo "emancipación", sostenido erradamente por quienes creen todavía en la filiación hispánica del Perú y permite demostrar con evidencias que la conquista solamente fue un penoso paréntesis de tres siglos en nuestra milenaria continuidad histórica a través del tiempo y del espacio. El Perú republicano resulta así parte de ese pasado ancestral y otra etapa de su mismo proceso de continuidad, que trata unas veces de procurar su occidentalización y otras de aprovechar las ventajas de su vieja ideología y sus lejanas experiencias tecnológicas que hicieron posible el "milagro inca", una sociedad humanista y sin hambre.

Como parte del desarrollo de este planteamiento, en lo sucesivo nos referiremos a los trágicos episodios de lo que hemos denominado "El primer intento de reconquista del Perú", en homenaje a L. Valcárcel, cuya voz solitaria y admonitiva por una auténtica historia que recogiera el mensaje de nuestro pasado, está haciéndose realidad, para que —como él pensaba— fuera la piedra angular de nuestra nacionalidad y del futuro destino del Perú.



Perfil de las andenerías incas de la ciudad de Macchu Picchu. Dibujo de Luis Cusi Salas, para el levantamiento de la maqueta monumental que se exhibe en el Museo de Arqueología y Antropología de Lima, 1961.

PRIMER INTENTO DE RECONQUISTA DEL PERU

Este formidable movimiento, emprendido por Manco Inca Yupanqui a comienzos de mayo de 1536, fue el resultado de un plan anterior y estratégicamente preparado para librar al Perú del peligro extranjero. En esta guerra de reconquista, por primera vez se enfrentaron los ejércitos imperiales con las huestes españolas y las derrotaron sucesivamente hasta que el apoyo de los pueblos descontentos de la dominación inca, permitió que lograran hacerse fuertes y superarlos en base al poderío de sus armas europeas.

Este primer intento de reconquista, después de luchas sangrientas y alternativas diplomáticas, terminó trágicamente en 1572 con la toma de la ciudad de Vilcabamba y la decapitación del último monarca Túpac Amaro Inca en la plaza del Cusco.

Este final político del estado imperial inca, fue el resultado no tanto del valor y la tecnología militar de los enemigos, sino principalmente de las pugnas internas que lo agobiaron grave y sucesivamente. La insurrección de los pueblos contra el dominio inca y la sórdida guerra civil entre los linajes o panacas reales, fueron en realidad los hechos determinantes que contribuyeron al inevitable derrumbamiento del Tawantinsuyo y puede afirmarse ahora que estas rivalidades fueron tan hondas y obcecadas dentro del imperio, que al final prefirieron el afrentoso dominio extranjero al triunfo del bando contrario.

Es de advertir que en el curso de esta guerra los incas pelearon contra los españoles en inferioridad de condiciones bélicas y que a pesar de ello las legiones imperiales entraron en las batallas sin amilanarse, pelearon con sus armas tradicionales —arcos, lanzas y porras— contra enemigos invulnerables, protegidos por sus indumentos de acero, o de gruesos edredones y ante el poder destructivo de sus armas —arcabuces, ballestas, lanzas y filosas espadas. Si bien en los encuentros o guazabaras cuerpo a cuerpo los incas pudieron más que los infantes hispanos, sin embargo, pese a su coraje e ingeniosidad estratégica, no pudieron neutralizar ni contener en los llanos a la impetuosa caballería enemiga que en apretadas falanges diezmaron a las legiones patriotas, protegidos por la soldadesca de los pueblos alzados que cortaban los liwis o ayillos boleadores, tapaban los hoyos y las zanjás, contenían el desborde de las acequias y los defendían de los audaces guerreros peruanos, que muchas veces metiéndose entre ellos, llegaban hasta los caballos para dejarretarlos. Este gran poder de la caballería fue tan real, que los cronistas dicen que después de Dios, los españoles tuvieron puesta toda su esperanza en la fuerza de sus caballos, los que a los ojos incas, ganaron más fama que sus propios jinetes.

A esta ventaja de los contrarios, se sumó después de los primeros momentos de la guerra, el apoyo que les brindaron las legiones de los pueblos rebeldes y de los traidores hermanos del inca, constituyendo así un poderío tan grande que superó en mucho al poder y número de las fuerzas patriotas. Es así como esta conflagración hizo fracasar los objetivos incas de tomar el Cusco y la ciudad de Lima, obligándolos posteriormente a retirarse al reducto estratégico de Vilcabamba, de donde —como sabemos— siguieron luchando contra esta pujante alianza.

Si bien en esta guerra de reconquista, hubo actos de heroísmo que enaltecen a los bandos contendientes, sin embargo fue un hecho real que los españoles destacaron por su ferocidad con los vencidos. En las distintas campañas bélicas asesinaron a las mujeres prisioneras, quemaron vivos, mataron o mutilaron a los cautivos incas, incendiaron a los pueblos rebeldes y marcaron el rostro con fierros candentes a sus valerosos defensores para escarmiento. Aunque es deplorable recordar estas atrocidades, resulta conveniente recordarlas para apreciar las terribles condiciones en que pelearon los peruanos, con-

tra la dominación extranjera y de cómo murieron trágicamente sus egregios capitanes: unos en los campos de batalla, o suicidándose valerosamente y otros sin transigir con la ferocidad de los enemigos, para que sus nombres epónimos como los de Vila Oma, Tizu, Quizu Yupanqui, Illa Tupa, Allin Sonqo Inca, Hualpa Yupanqui, Cori Paucar Yauyo, Maras Inca, el legendario anónimo de Sacsahuamán, se incorporen en el cenotafio de la patria y ocupen sus peanas de gloria en la nueva historia del Perú.

Para mayor información más adelante se reseñan los episodios más importantes de esta gran gesta inca, poco conocida en nuestros manuales y lo que es más, infortunadamente distorsionada por aquella historia inspirada en la presuntuosa versión enemiga.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

L. A. Salas, *Las armas de la conquista*; Buenos Aires, 1950. P. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las indias*. En colección de libros raros y curiosos tomos VIII, IX. Madrid, 1892. P. Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*; Lima, 1968. J. Acosta, *Historia Natural y moral de las indias*; Lib. VII, cap. XVIII. G. F. Oviedo, *Historia general y natural de las indias*; tomo V, cap. VIII. Anónimo, *Relación del sitio del Cusco*. Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*; Lib. II, cap. XXXI. Este autor dice: "En lo que toca al arte militar, tanto por tanto, igualadas las armas exceden los del Perú a los europeos, porque denme los capitanes más famosos franceses y españoles sin los caballos arseses y armas, sin lanza ni espada... y la cabeza cubierta no con celedas y yelmos sino de guirnaldas de plumas o flores, los pies descalzos entre las breñas, zarzas y espinas... por broquel un pedazo de estera en la mano izquierda y que de esta manera entrasen en campo a sufrir las bachas y tridentes de bronce, las piedras tiradas con hondas las flechas enarboladas y de flecheros que tiran a los ojos. Si de esta manera saliesen vencedores diríamos que merecían la fama de valerosos entre los indios... Y en contra, si los indios tuvieran potencia de las armas que los de Europa tienen con industria y arte militar, así por tierra como por mar, fueran más dificultosos de vencer que el gran Turco". P. Pizarro, autor de la *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*; refiere a su vez: "Era cierto así, que un indio podía más que un español de a pie a causa que los indios son muy sueltos y hacen tiro en los españoles apartados" (514).

LA GRAN OFENSIVA INCA

Manco Inca Yupanqui a pocos días de su ingeniosa evasión del Cusco, en el pueblo de Calca —con Vila Oma y sus más leales capitanes—, juró solemnemente luchar hasta la muerte para librar el imperio de la dominación extranjera y castigar de manera implacable a los españoles y a los aliados que les habían apoyado en sus crueldades y depredaciones como también a todos los que después intentaran salvarles la vida. La toma de la ciudad del Cusco fue así el primer objetivo del inca, que conforme a los planes anteriormente trazados, en menos de 15 días y con gran esfuerzo logístico reunió un ejército de más de cincuenta mil hombres de las cuatro regiones del imperio y puso sitio a esta famosa capital del Tawantinsuyo.

Desgraciadamente, como se verá después, estos propósitos no se cumplieron porque esta fastuosa urbe fue resueltamente defendida por los ejércitos rebeldes de sus desleales hermanos que ayudaron a los españoles para evitar las represalias del inca. El largo asedio del Cusco, por el derroche de heroísmo que hubo por parte de los contendientes, alcanzó las características de una Iliada peruana.

EL SITIO DEL CUSCO

Cuando se habla del sitio del Cusco, generalmente se omite decir que esta metrópoli del imperio inca, tenía entonces más de cien mil

casas y una población aproximada de ciento cincuenta mil habitantes, entre su núcleo urbano y sus inmediaciones; del mismo modo, la principal defensa de esta ciudad la hicieron los cuarenta mil o más soldados de los hermanos enemigos del inca que de hecho protegieron a los casi doscientos españoles que aquí residían, y en donde, según la nota risueña del cronista Enrique de Guzmán eran: "La mitad cojos y mancos sin los cobardes", que los hubo al extremo que uno de ellos huyó al campo del inca.

Esta evidencia histórica prueba que el ataque al Cusco, no solamente significó el comienzo de la gran guerra de reconquista peruana, sino también un episodio más de la trágica guerra civil entre los linajes o panacas incaicas, cuyas enconadas disensiones destruyeron la unidad política del imperio favoreciendo, al final, el triunfo de los ejércitos invasores.

Según distintas fuentes, entre el tres de mayo de 1536 las fuerzas incas, por siete o nueve partes a la vez, atacaron fieramente la ciudad del Cusco haciendo vivir a los enemigos durante una semana los peores momentos de angustia y desesperación. Guamán Poma, que recogió la tradición oral de este suceso, ironizando el valor de los españoles dice que estos en el colmo de su temor, arrodillados en la plaza con lágrimas en los ojos y a grandes voces "pedían misericordia" para que Dios y sus santos los salvaran. En efecto, el miedo debió cundir entre todos, pues ellos mismos no vacilaron en declarar que sin la ayuda divina habría sido imposible sobrevivir al furioso ataque del ejército inca.

En esta memorable gesta, además de Vila Oma y Páucar Huamán —que dirigieron el ataque— participaron también Qori Atao, Osqo, Cuyllas y Taypi, capitanes del Chinchaysuyo; Lleqlleq del Collasuyo; Suri Huamán, Kelcana y Suri Wallpa, del Contisuyo; Anta Allca y Rampa Yupanqui, del Antisuyo; que como otros jefes se cubrieron de gloria en esta gran ofensiva, alentados por el valor de millares de mujeres incas que temerariamente participaron en esta sangrienta batalla.]

[El cronista Pizarro, uno de los soldados que peleó durante el asedio, dice que las fuerzas incas eran tantas que, en conjunto, "parecían un paño negro" que abarcaba "media legua alrededor de la ciudad"] la que después de una semana de intensos ataques quedó enlutada, con la ceniza de las residencias calcinadas y como el siniestro esce-

nario donde los enemigos refugiados en la plaza parecían estar del todo perdidos. Titu Cusi Yupanqui, reseñando estos momentos, dice que los soldados del inca al verlos angustiados le hacían "escarnios y befas" y que para atemorizarlos más les tiraban "piedras a sus tollos alzándoles la pernetta por el poco caso que de ellos hacían..."

Sin embargo, pese a este aparente éxito Manco Inca Yupanqui y Vila Oma, desesperados por no haber podido tomar la ciudad, tenían el ánimo transido de dolor, con el duro presentimiento de que habían perdido la gran oportunidad de acabar con los enemigos y del infortunio que se cernía sobre el imperio que empezaba a vacilar desde sus más profundos cimientos políticos.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

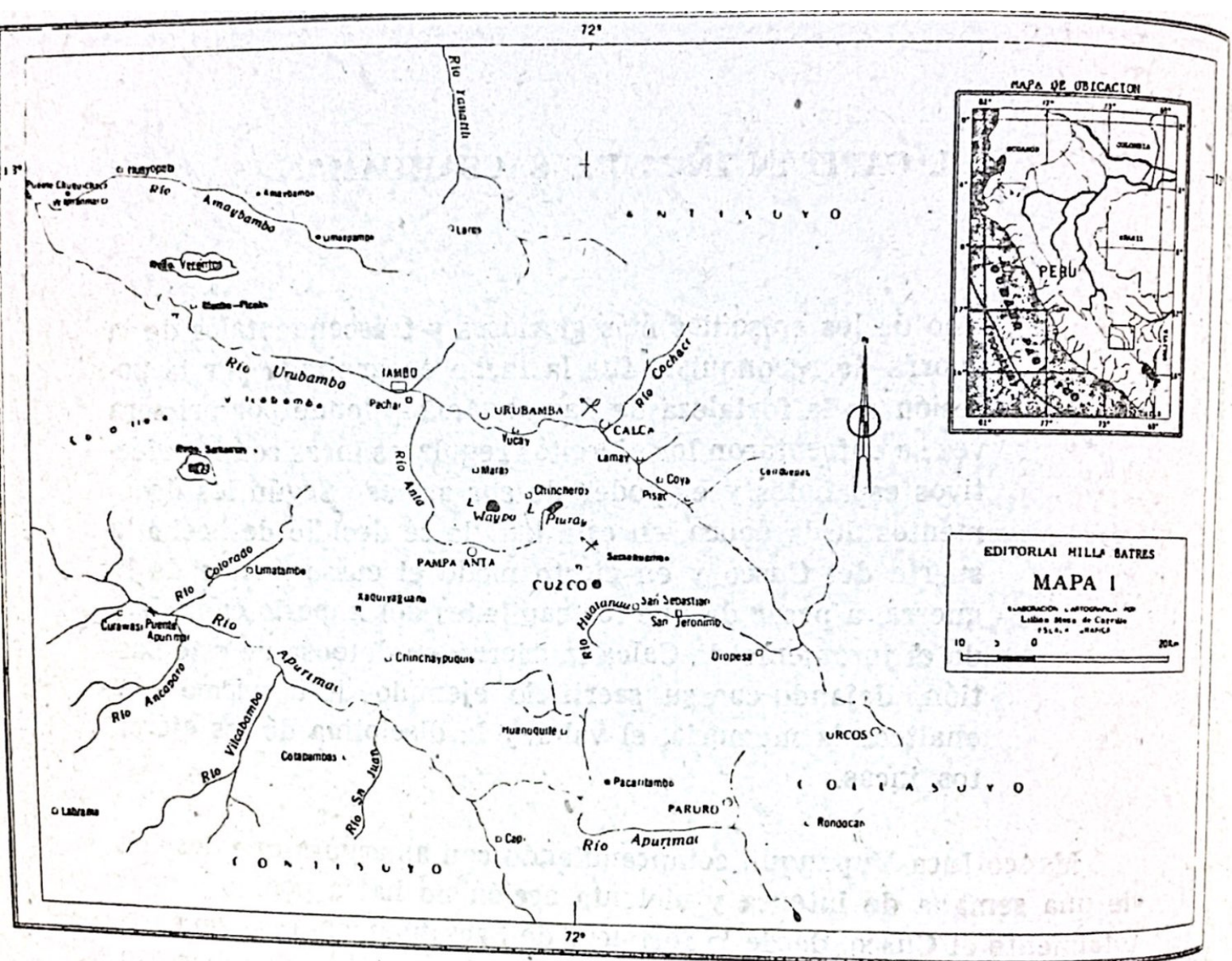
Anónimo, Relación del sitio del Cusco; Lima, 1934. P. Pizarro, Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú; Lima, 1968. Sucesos ocurridos en la conquista del Perú. C.D.I. Tomo XLII, cuaderno 1, Madrid, 1884. Relación de varios sucesos de la conquista del Perú. C.D.I.H.CH. Tomo IV. Santiago, 1889. A. Enríquez de Guzmán, Libro de la vida y costumbres; Madrid, 1960. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción; Lima, 1916. A. Herrera, Historia general, década V, libro VIII, Caps. I-VI, Buenos Aires, 1945. Felipe Guamán Poma, Primer Nueva Coronica. T. 399, París, 1936. Además existe copiosa documentación inédita, principalmente, en el Archivo General de Indias. Fray Antonio, Discurso sobre la descendencia de los incas; Lima, 1920.

EL CAPITAN INCA DE SACSABUAMAN

Uno de los episodios más gloriosos y trascendentales de la guerra de reconquista fue la lucha encarnizada por la posesión de la fortaleza de Sacsahuamán, donde por primera vez se enfrentaron los ejércitos regulares incas con los efectivos españoles y el poder de sus armas. Según los documentos de la época, en esta batalla se decidió de hecho la suerte del Cusco y en cierto modo el curso mismo de la guerra, a pesar de que los capitanes del imperio cumpliendo el juramento de Calca murieron en defensa de este bastión, dejando con su sacrificio ejemplo de heroísmo que enaltece la memoria, el valor y la disciplina de los ejércitos incas.]

Manco Inca Yupanqui, comprendiendo con amargura que después de una semana de intensa y violenta acción no había podido ocupar totalmente el Cusco, desde la fortaleza de Sacsahuamán, resolvió apretar más el cerco y emprender una embestida final, para acabar con los enemigos invasores y sus obsecuentes aliados.

Los españoles, percatados de este inminente peligro, decidieron a la vez recapturar la fortaleza para salvar sus vidas y evitar la caída de la capital incaica. Para el efecto, según testigos presenciales, urdieron un peligroso ardid para tomar por sorpresa al inca; la estrategia consistió en romper audazmente el cerco de la ciudad, simulando huir precipitadamente por el camino al Chinchaysuyo; los peruanos sin entender el engaño corrieron a cortar el paso de los presuntos



Escenario geográfico del primer intento de reconquista inca (1536-1572).
 Manco Inca Yupanqui al evadirse de la ciudad del Cusco, en abril de 1536,
 y luego del célebre juramento de Calca, puso sitio y atacó esta ciudad los
 primeros días de mayo de este año.

fugitivos, quienes desde las alturas regresaron violentamente contra ellos, y rebasándolos llegaron después hasta los muros de la fortaleza de Sacsahuamán.

Las escenas de heroísmo que ocurrieron en esta famosa batalla están descritas en la copiosa documentación dejada por los españoles, quienes con hidalguía que los honra reconocieron también el coraje de los incas, probando así que la victoria que alcanzaron, se debió principalmente al resuelto apoyo que recibieron de los hermanos rebeldes del joven inca, quienes por miedo a sus represalias se unieron a la suerte de los enemigos.

Se sabe asimismo que en esta recia y decisiva batalla —en la que fue herido de muerte el valeroso capitán Juan Pizarro— los capitanes incas aunque abrumados por la superioridad de los contrarios y con su gente diezmada, sin agua ni municiones, pelearon hasta el final, inmolando sus vidas en defensa de esta gran fortaleza. De uno de ellos —que cautivó la admiración de los enemigos por su prestancia y bravura— refiere el cronista P. Pizarro, que le vio luchar con la fiera de un león y el coraje que no se cuenta de romano alguno; otro testigo presencial, recordando a este capitán, escribió el más honroso epitafio que se pueda esperar, dice patéticamente que este capitán: “Viendo clara la perdición de todo, arrojó la porra que tenía en las manos a los cristianos, y tomando pedazos de tierra la mordía fregándose con ella la cara con tanta congoja y bascas que no se puede decir. Y no pudiendo sufrir, ver a sus ojos entrarse en la fortaleza, conociendo que era forzoso morir según la promesa que había hecho al inca, se echó de la fortaleza abajo porque no triunfasen de él...”

¿Cuál fue el nombre de este egregio capitán? No lo sabemos aún. Pero estamos seguros que no se llamó “Cahuide”, como erradamente creyó el español Sebastián Lorente en 1861. Aunque el insigne R. Porras y otros estudiosos han advertido la falsedad de este dislate, por ironía pedagógica aún sigue aferrado a los textos escolares en procura de enmienda. Pero hasta en tanto el nombre de nuestro héroe permanezca en el sigilo de la historia, bastará decir, para exaltar su gloria, que fue “un capitán inca”, cuya legendaria imagen pertenece a la humanidad y su ejemplo es la mayor lección cívica de los incas.]

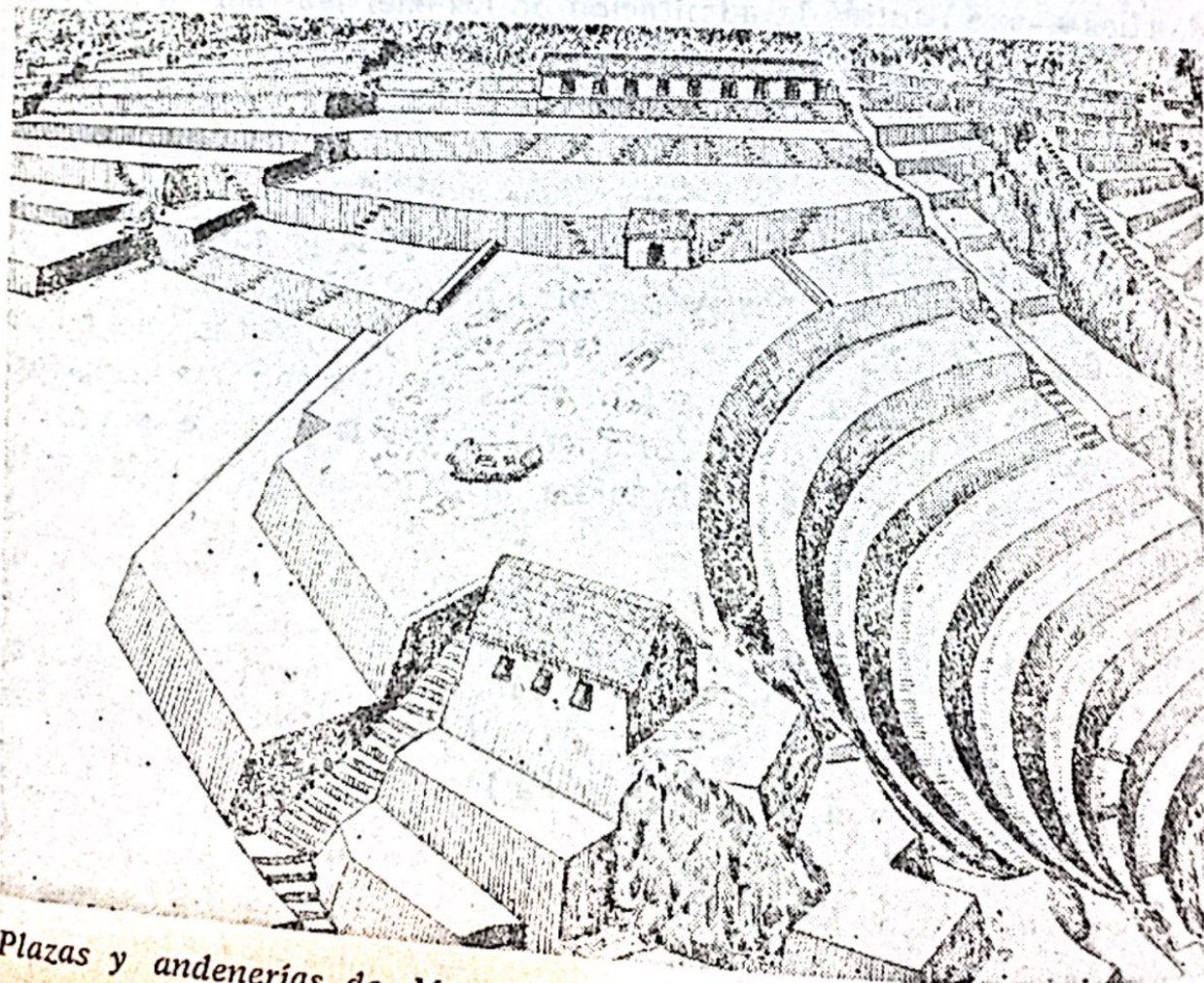
Como trágico epílogo de esta famosa batalla, la fortaleza de Sacsahuamán cayó en poder de los enemigos, hacia fines de mayo de

1536; sus porfiados y gloriosos defensores, que fluctuaban entre los mil quinientos y tres mil hombres, no quisieron rendirse, en cruel represalia todos ellos fueron pasados a cuchillo por los vencedores.

Cuando Vila Oma llegó con nuevos auxilios para ayudar a los defensores incas, ya fue demasiado tarde; con amargura vio flamear sobre la cima de la fortaleza la bandera española.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Anónimo, Sitio del Cusco; Lima, 1934. P. Pizarro, Relación, Lima, 1968. S. Lorente, Historia de la Conquista del Perú; Lima, 1861. F. Loayza, Cahuide no se llamó Cahuide; Lima, 1948. Relación de varios sucesos de la Conquista del Perú. C.D.I.H.CH. Santiago, 1889.



Plazas y andenerías de Macchu Picchu. Dibujo de Cusi Salas, 1961.

LAS VICTORIAS INCAS EN LA SIERRA CENTRAL

Con los trabajos vindicatorios de J. J. Vega y las eruditas investigaciones de W. Espinoza, entre otros estudiosos, puede afirmarse que en numerosas batallas los incas lograron desbaratar a las huestes españolas, a pesar de sus armas destructivas y la fiera embestida de su caballería. Los triunfos de Quizu Yupanqui en la sierra central sobre las expediciones enviadas para auxiliar el Cusco, constituyen así las evidencias históricas que demuestran cómo los enemigos sin aliados suficientes, fueron impotentes para luchar contra las legiones imperiales en las escarpadas breñas de nuestras serranías.]

Mientras los incas luchaban tenazmente para sostenerse en la fortaleza de Sacsahuamán, veloces chasquis imperiales trajeron desde la Ciudad de los Reyes (Lima) la noticia de que F. Pizarro con desesperación e imprudencia había enviado una expedición para auxiliar a sus hermanos sitiados en la metrópoli cusqueña. Manco Inca Yupanqui, para conjurar este peligro, nombró entonces al valeroso capitán Quizu Yupanqui para que defendiera los pasos de la sierra central y evitara que los enemigos de ningún modo pudieran llegar hasta la ciudad del Cusco.

En efecto, este audaz capitán haciendo honor a su prestigio —entre los meses de mayo a julio de este año de 1536— logró aniquilar sucesivamente a las cuatro expediciones enviadas al Cusco y en épicas batallas dar al traste con el mito invencible de la caballería y

el poder de las armas europeas.] Los documentos de la época prueban las recias victorias incas y la tragedia de estas expediciones temerarias con la desastrosa muerte de sus jefes y soldados en las accidentadas asperezas de la sierra. Conforme a copiosos documentos, el capitán Gonzalo de Tapia fue desecho entre Waytará y Lucanas; Juan Mogrovejo de Quiñones —cruel quemador de curacas— pereció, según se afirma, entre Parcos y Vilcas; Diego de Pizarro de Chullcunayo, y Alfonso de Gaete en el valle de Jauja. Si bien no se conocen con exactitud las fechas y los lugares donde fueron destruidas estas expediciones, su constancia histórica es suficiente para demostrar que los españoles no fueron parte contra las legiones incas, sino contaban con el masivo apoyo de aliados ocasionales.]

Por distintas fuentes, se sabe asimismo que los enemigos quedaron tan escarmentados con estas derrotas, que el capitán Francisco Goydo enviado con una nueva expedición al valle de Jauja, al conocer la proximidad de los ejércitos, incas, emprendió la huida “—rabo ante piernas”, como sarcásticamente apunta el cronista López de Gómara—, hasta llegar a la ciudad de Lima.

Entre tanto, Pizarro al conocer el desastre de las expediciones enviadas al Cusco y que la guerra de reconquista se extendía rápidamente a lo largo y ancho del imperio, ordenó que los españoles se concentraran en Lima y con cartas angustiosas pidió auxilios a los otros dominios hispanos, e incluso desesperadamente escribió a Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, para que olvidando el cuento de los “cien mil castellanos”, le ayudara con su gente para salvar la tierra, pues si no era socorrido se “perdería el Cusco”.

Los incas, por su parte, recibieron con gran alegría y entusiasmo la novedad de los triunfos de Quizu Yupanqui, al extremo que el príncipe Curi Rimachi, de quien se dice que había sido proclamado inca por Pizarro en la ciudad limeña, apartándose después de la infortunada expedición del capitán Gaete se incorporó al victorioso ejército peruano de la sierra central.

Manco Inca Yupanqui, creyendo entonces que había llegado la oportunidad de acabar con los enemigos en su propio cuartel general, ordenó a Quizu Yupanqui para que con sus valerosas huestes bajara rápidamente a la costa y sorpresivamente tomara la nueva ciudad fundada por los invasores.

Numerosos testigos presenciales refieren que este famoso jefe inca con sus capitanes Páucar Huamán, Illa Túpa, Puyo Wilca, Yamqui Yupanqui, Allín Sonco Inca, Xaxalla y muchos más, al mando de unos veinte mil hombres avanzaron raudamente hasta amagar el valle de Lima y pusieron cerco a la recién fundada Ciudad de los Reyes.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Anónimo, Relación del sitio del Cusco; Lima, 1934. A. de Zárate, Historia; Madrid, 1947. F. López de Gómora, Historia general de las Indias; Madrid, 1946. Rubén Vargas Ugarte, Historia general del Perú, tomo I, Barcelona, España, 1971. J. A. del Busto, Francisco Pizarro, el marqués gobernador; Madrid, 1966. W. Espinoza, Los huancas, aliados de la conquista; Huancayo, 1971. E. Guillén Guillén, La versión inca de la conquista. Lima, 1974.

CIVDAD LA CIVDADE LOS REIS DE



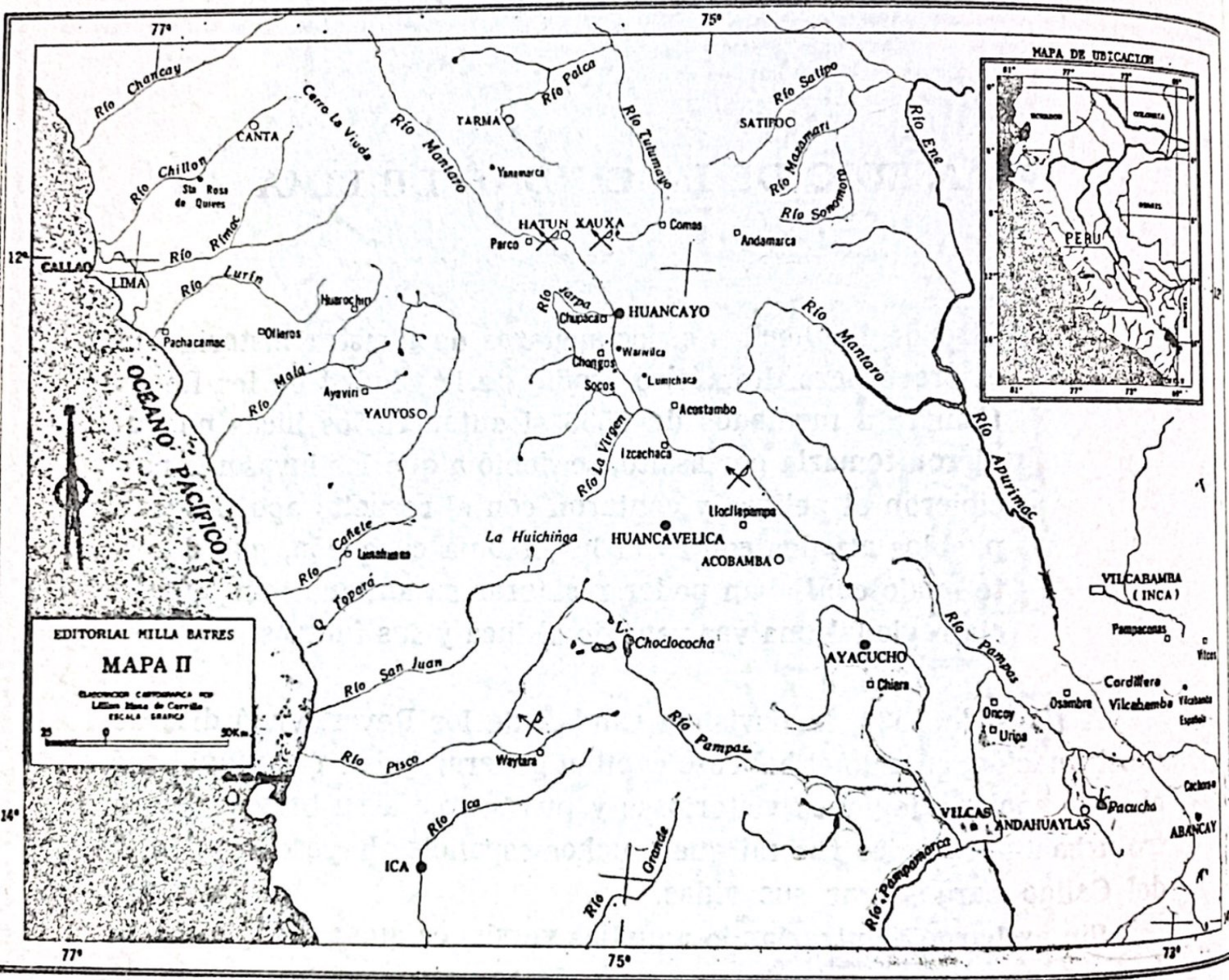
Representación de la Ciudad de los Reyes de Lima y audiencia real y corte, cabeza mayor de todo el reino de Indias, adonde reside su majestad y su virrey y de la santa madre iglesia arzobispo, su señoría inquisidor, su señoría de la santa cruzada y los reverendos comisarios. Según descripción del cronista indígena Felipe Guamán Poma de Ayala. Dibujo correspondiente al código de 1615 conservado en la Biblioteca Real de Copenhague.

EL ASEDIO DE LA CIUDAD DE LIMA

Otro de los hechos espectaculares de nuestra historia fue el breve pero dramático asedio de la Ciudad de los Reyes (Lima) a mediados de 1536 si entonces los incas no pudieron tomarla por asalto, se debió a que los invasores percibieron el peligro y contaron con el resuelto apoyo de los pueblos alzados contra la hegemonía cusqueña, que de este modo confiaban poder restaurar su antigua independencia regional una vez vencido el inca y sus fuerzas.

A fines de 1536, la novísima Ciudad de los Reyes, vivió días de consternación, cuando el belicoso capitán general Quizu Yupanqui llegó al valle con sus legiones victoriosas y puso cerco a su breve perímetro urbano, el pánico fue tal que muchos españoles huyeron al puerto del Callao para salvar sus vidas.

Sin embargo, contrariando aquellas versiones que atribuyen la defensa de Lima a unos quinientos españoles, puede afirmarse que la ciudad no estuvo desguarnecida, sino alerta para soportar la eventualidad de un ataque sorpresivo. Confirmando lo expuesto, R. Porras en su donoso artículo "Doña Inés Guaylas, amante india de Pizarro", dice —fundándose en documentos confiables— que la "suegra" del conquistador le tuvo bien informado de los movimientos del capitán inca, y para mayor ayuda le envió más de cuatro mil hombres, y sin excusar sus arrestos guerreros, personalmente vino a Lima trayendo copiosos bastimentos al conocer la proximidad de las fuerzas patriotas de Quizu Yupanqui. Otros testigos presenciales refieren a su vez que la ciu-



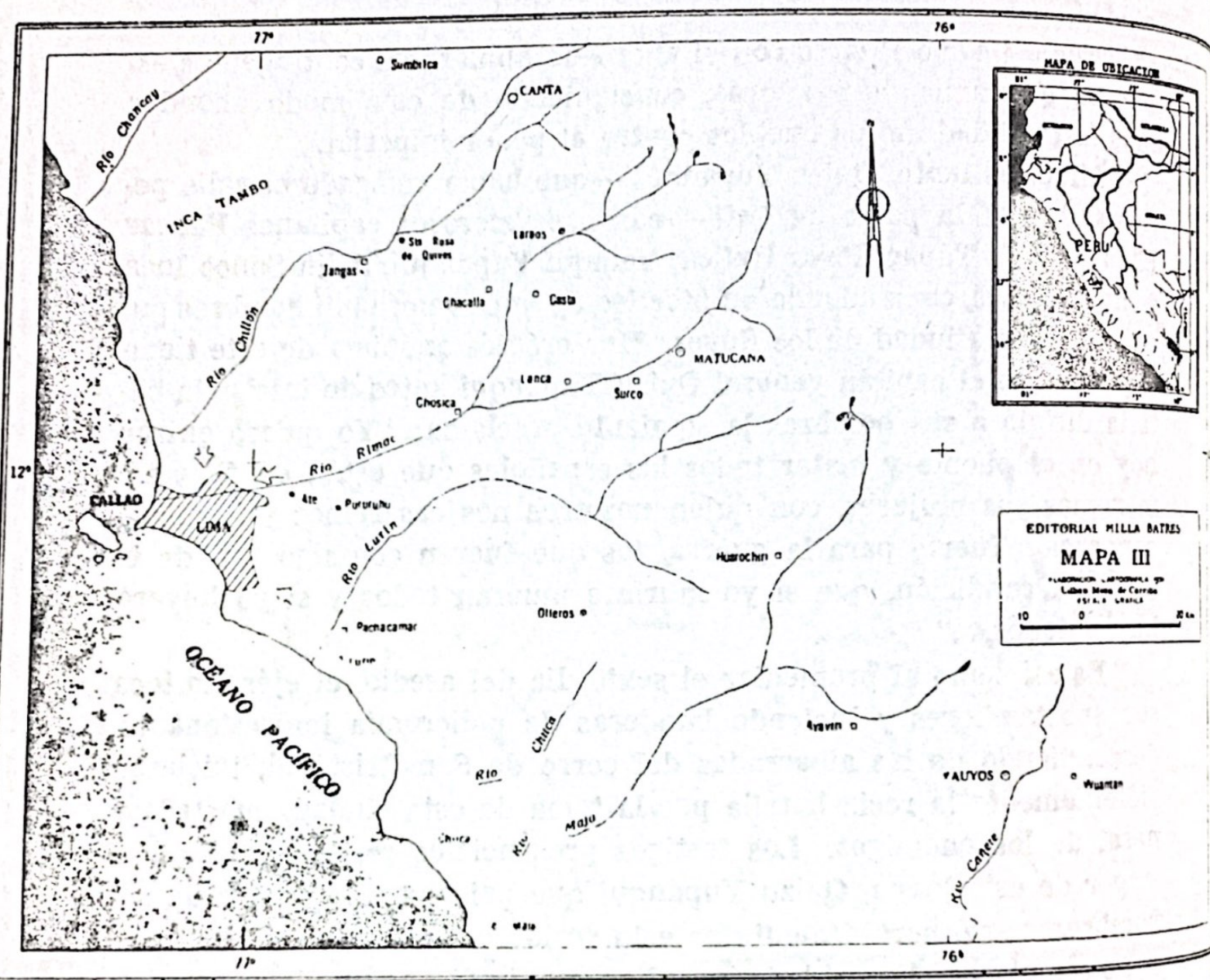
Ambito donde los incas derrotaron a las expediciones enemigas enviadas desde la Ciudad de los Reyes (Lima) para ir a romper el sitio del Cusco. El principe Cusi Rimachi (hermano de Manco Inca Yupanqui) que simuló aceptar la borla imperial de manos de Pizarro y que partió con la expedición Gaete, se integró después al ejército patriota de Quizu Yupanqui.

dad estuvo también protegida por los curacas: Taulichusco de Lima, Guachinamo de Magdalena, Carate Chumbe de Surco, Vilcapoma de Chacalla y los señores Guacrapaucar y Luna Vilca del Valle de los huancas, con muchos yanaconas y millares de hombres procedentes de los valles comarcanos que acudieron en defensa de esta naciente ciudad.

Fue así como Pizarro con el apoyo de numerosos contingentes esperaba el ataque de los incas, consiguiendo de este modo ahondar más la rivalidad de los pueblos contra el poder imperial.

Mientras tanto, Quizu Yupanqui —que había amagado el valle penetrando por la parte de Lati— con sus valerosos capitanes Páucar Huamán, Illa Túpac, Puyu Huilca, Yamqui Yupanqui, Allín Sonco Inca y muchos más, comandando un efectivo de unos veinte mil hombres puso cerco a la Ciudad de los Reyes. Una crónica anónima de este tiempo, dice que el capitán general Quizu Yupanqui antes de iniciar la batalla dirigió a sus hombres la siguiente proclama: “Yo quiero entrar hoy en el pueblo y matar todos los españoles que están en él, y tomaremos sus mujeres, con quien nosotros nos casaremos y haremos generación fuerte para la guerra, los que fueren conmigo han de ir con esta condición, que si yo muriese mueran todos y si yo huyere huyan todos...”

Es así como al promediar el sexto día del asedio, el ejército inca con sus tambores y luciendo banderas de policromía impresionante, descendiendo de las albarradas del cerro de San Cristóbal, iniciaron violentamente la recia batalla por la toma de esta ciudad, cuartel general de los enemigos. Los testigos presenciales refieren que en el fragor de esta lucha, Quizu Yupanqui que peleaba a la cabeza de sus hombres murió heroicamente en esta acción. Los detalles de su muerte no son claros. Un soldado inca dice, que le dieron una lanzada cuando cruzaba el río (Lima); un cronista anónimo, que lo mataron a la entrada de la ciudad y el soldado Martín de Sicilia se atribuye a la vez la gloria de haber muerto a este famoso capitán de una lanzada. Aunque hay otras versiones sobre este trágico suceso, la verdad es que la muerte de Quizu Yupanqui constituyó una pérdida irreparable para los incas, que constatando a la vez el poder de los enemigos y ante la imposibilidad de continuar el asedio, resolvieron retirarse estratégicamente a la sierra central, una parte con Illa Túpac y Páucar Huamán por el río Chillón y la otra por la vía de Olleros y Huarochirí.]



El cerco y ataque de la Ciudad de los Reyes se produjo en el mes de agosto de 1536. Esta ciudad, cuartel general de los europeos, fue defendida por más o menos 500 españoles y por miles de aliados enemigos de los incas. En esta acción murió heroicamente Quizu Yupangui, y Páucar Huamán ordenó la retirada estratégica a la sierra central, para desde aquí continuar la guerra.

R. Porras, en el artículo citado, presume con fina intuición histórica que las princesas incas Mama Azarpay —una de las “más principales” hijas de Huayna Cápac— y doña Inés Guaylas se entendían con los sitiadores y que por esta causa Azarpay fue muerta por orden de Pizarro, acusada de pedir a su hermano Qori Rimachi que la rescatara de los españoles, y, que incluso doña Inés, salvó su vida con mucha dificultad cuando fue sorprendida intentando huir de la ciudad al campo del ejército patriota de Quizu Yupanqui.

Es así como por aquellos imponderables de la guerra, la naciente Ciudad de los Reyes se salvó de ser destruida y para memoria de este suceso erigió en la cima del cerro San Cristóbal una enhiesta cruz como símbolo de su fe cristiana, quedando desde entonces como la capital indiscutible de la dominación hispana del Perú y como el enclave europeo en nuestro mundo andino.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

Anónimo, Relación del sitio del Cusco; Lima, 1934. Martín de Murúa, Historia general del Perú, I, 203, Madrid 1962. A. Borregán, Crónica de la conquista del Perú, Sevilla, 1948. F. Montesinos, Anales del Perú; Lima, 1906. R. Porras B., Doña Inés... “El Comercio”, 5 de abril de 1953. J. A. del Busto, Francisco Pizarro, el marqués gobernador; Madrid, 1966. W. Espinoza, Los huancas, aliados de la conquista; Huancayo, 1971. E. Guillén Guillén, La versión inca de la conquista; Lima, 1974.

LA CONTRA OFENSIVA ESPAÑOLA Y LA RESISTENCIA INCA EN LA SIERRA CENTRAL

Este capítulo apenas mencionado por las crónicas de la conquista, es sin duda otro de los más señeros episodios de la historia del Perú, que revela en toda su magnitud la trágica resistencia inca en la sierra central y de cómo entonces se defendieron del poderoso ejército español y de sus aliados, hasta que después de recias y sangrientas batallas en cinco meses de lucha encarnizada —de noviembre de 1536 a marzo de 1537— fueron finalmente abrumados por el número y la tecnología bélica de los enemigos.

Mientras Páucar Huamán, Yamqui Yupanqui, Illa Túpac con otros capitanes más reorganizaban el ejército patriota para vengar la muerte de Quizu Yupanqui y de la princesa Azarpay, ordenada por Pizarro, llegaron a la ciudad de Lima los contingentes angustiosamente solicitados meses atrás —principalmente de las Antillas y de América Central— compuestos por hombres curtidos en la “guerra contra indios”, ávidos de aventura y rápidas fortunas.

Con esta gente Francisco Pizarro formó entonces el ejército más aguerrido y mejor armado que se organizó en el Perú y lo puso a órdenes del mariscal Alonso de Alvarado, conocido por su implacable ferocidad.]

[Con este poderoso efectivo, reforzado con el apoyo de los huancas, chachapoyas y otros pueblos enemigos de los incas, sin contar a negros y yanacunas,] se inició la ofensiva contra el ejército patriota de la sierra central en los primeros días del mes de noviembre de

1536. Según los documentos y crónicas de la época, esta campaña fue terrible y se desarrolló a sangre y fuego y con inaudita crueldad. Centenares de prisioneros incas fueron quemados vivos, las mujeres combatientes sufrieron la mutilación de los senos. Los pueblos que osaron resistir fueron asolados y sus habitantes marcados en el rostro con fierros candentes y convertidos en infortunados esclavos. Sin embargo, pese a estos horrores los incas no desmayaron en la lucha ni se amilanaron frente a los enemigos, sino que en los páramos de la puna y en cada uno de los recodos de las breñas serranas, dejaron las huellas de su valor ejemplar y aleccionador heroísmo. Una carta escrita por un español, en noviembre de este año de 1536, rememorando detalles de los primeros encuentros de esta ofensiva, refiere con dramática simplicidad, que después de las batallas libradas a cinco leguas de la ciudad de Lima y en la subida a Huarochirí —en el paraje de Olleros— los peruanos a quienes “tomaron con vida les cortaron los brazos y a otros las narices y a las mujeres las tetas” como feroz escarmiento y que los curacas o señores aliados, emulando estas atrocidades, quemaron a su vez a los capitanes incas que habían tenido la desgracia de caer prisioneros, en vindicta implacable a su valerosa resistencia.

El número de encuentros o guazabaras que se dieron en esta sangrienta ofensiva, es tan impresionante que revela en toda su magnitud, la tragedia de la resistencia inca y el coraje espartano de sus legiones, que sin reparar en sus vidas defendieron con fiereza el paso de la sierra central para evitar que los contrarios fueran a auxiliar a los sitiados de la ciudad del Cusco. Es así como los “apos” o capitanes peruanos —comúnmente llamados ~~orejones~~— se enfrentaron heroicamente y en distintos lugares a las huestes del mariscal Alvarado y a la de sus capitanes Garcilaso de la Vega, Diego de los Ríos, Gómez de Tordoya y entre otros a Pedro Alvarez Holguín como a sus aliados huancas comandados por los Canchaya, Surichac, Huacra Páucar, etc. en los casi cinco meses que duró esta lucha empeñosa por el dominio de la sierra central.

Entre estas batallas enconadas, además de las libradas en las proximidades del adoratorio de Pachacámac y en Olleros, algunas probanzas recuerdan con detalle las acciones sangrientas de Ayaviri y Huarochirí, donde murieron los valerosos capitanes Camacache y Allin Sonco Inca y las no menos cruentas de Pumpum, Chinchaycocha, Tarma,

Angoyacu, Comas y Andamarca, donde inmolaron también sus vidas otros capitanes incas. Es así como entre los meses de noviembre de 1536 a marzo de 1537, la resistencia patriota en la sierra central terminó trágicamente, diezmada su gente y abrumada por la superioridad numérica y la tecnología bélica de los enemigos.

Sin embargo, según las investigaciones de J. A. del Busto los reductos incas no desmayaron en su empeño y con nuevos y desesperados bríos siguieron oponiéndose al avance de Alvarado hacia el Cusco y lo hicieron con tal tenacidad, en Huarichaca, Uripa, Curampa, Andahuaylas y Cocharapa, que cuando el mariscal llegó a Cochaqasa, Manco Inca Yupanqui había levantado el cerco de la ciudad del Cusco y ésta había sido ocupada por Almagro y Paullu, ante la desesperación de los Pizarro, que intentaban disputar esta famosa urbe, convertida por el citado Almagro, en la flamante capital de su gobernación la Nueva Toledo, frente a la gobernación de Nueva Castilla de Francisco Pizarro.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

F. L. Gómora, *Historia General de Indias*; Madrid, 1946. D. Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, cap. V, VI, Madrid, 1947. Anónimo, *Relación del sitio del Cusco*; Lima, 1934. Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú*, Lib. II, Caps. XIII, XXIII, Madrid, 1960. P. Cieza de León, *La guerra de las Salinas*, Cap. XI. Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, tomo V, Madrid, 1959. J. A. del Busto, *Francisco Pizarro, el marqués gobernador*, Madrid, 1966. R. Vargas, *Historia General del Perú*; Barcelona, 1966/1967. J. J. Vega, *La guerra de los viracochas*; Lima s/f. W. Espinoza, *Los huancas aliados de la conquista*; Huancayo, 1971. E. Guillén Guillén, *Versión inca de la conquista*, Lima, 1974. Carta de J. de Turdegano; publicada por R. Porras, en *Cartas del Perú*, Lima, 1959.

EL LEVANTAMIENTO DEL CERCO DE LA CIUDAD DEL CUSCO

En los largos meses que siguieron al primer ataque a esta famosa capital del imperio, los hechos que se desarrollaron resultaron contrarios a los cálculos estratégicos del inca; el año de 1536 fue fatídico para la suerte del Tawantinsuyo. Manco Inca Yupanqui, comprendió que luchaba no solamente contra la vanguardia conquistadora del imperio español, sino también contra los pueblos y sus propios hermanos alzados contra su autoridad. Ante estas graves circunstancias políticas y militares, el Cusco y Lima no pudieron ser tomados, el ejército inca de la sierra central fue desbaratado y Almagro pudo regresar sin mayores dificultades de su aventura en el Collasuyo. Estas circunstancias determinaron que Manco Inca Yupanqui adoptara la dura resolución de levantar el asedio del Cusco y replegarse con amargura a su cuartel general de Ollantaytambo.

Las versiones hispanas para magnificar sus glorias, en la defensa del Cusco, en unos casos silencian y en otros minimizan de manera general el apoyo de los miles de hombres que recibieron e invocan a su favor el apoyo divino contra los peruanos. Es importante aclarar en rigor histórico, que la lucha por el Cusco, fue en realidad un episodio más de la nueva guerra civil que había estallado entre Manco Inca Yupanqui y sus hermanos Huaypar e Inguill. Por esta razón fue que el inca atacó la ciudad, no tanto para liquidar a los doscien-

tos españoles sino para castigar implacablemente la rebeldía y deslealtad de sus hermanos.

Según testimonios presenciales el cerco de los primeros meses amainó después del mes de agosto de 1536, quizá por los turnos que hacían los soldados incas para cultivar los campos o en espera optimista de los resultados de la campaña del general Quizu Yupanqui sobre la ciudad de Lima. Pero cuando se supo la infausta muerte de este legendario jefe inca, la sangrienta contraofensiva española en la sierra central y se generalizó la represalia enemiga de cortar las manos a los prisioneros y matar atrocemente a las mujeres cautivas. El asedio a la ciudad aflojó notablemente, al extremo que la milicia patriota no pudo contener las tenaces incursiones de los sitiados para buscar alimentos, ni el temerario avance del capitán Hernando Pizarro hasta los muros mismos de Ollantaytambo, el cuartel general del inca, aunque después regresó huyendo, pero esta peligrosa aventura prueba que el cerco del Cusco era más simbólico que real. Manco Inca Yupanqui y su comando analizando estos hechos y viendo la imposibilidad bélica de seguir manteniendo el asedio a la capital del imperio, convino discretamente en alzar el sitio del Cusco, hacia fines de 1536 co comienzos de 1537.

Se sabe, por distintas fuentes, que en marzo de 1537 el curso de la guerra era definitivamente contrario a los planes del inca. Por una parte Alvarado avanzaba inconteniblemente al paraje de Cochacasa y por otra Almagro y Paullu, retornado del Collasuyo, marchaba de Arequipa al pueblo de Urcos. En este intervalo, refiere el cronista Oviedo, Almagro creyendo que el inca tenía presos a los hermanos Pizarro, escribió al inca y con fingida amabilidad, declarándose su vasallo le suplicó que no matara a sus prisioneros; a su vez también le pidió que fuera a visitarlo al indicado pueblo de Urcos. El joven monarca, desconfiando de la taimada cordialidad del mariscal, le mandó decir que si se comprometía a castigar o a entregarle a Gonzalo Pizarro, Pedro Pizarro, Mancio Sierra de Leguismo, Alonso de Mesa y a los demás que cobardemente le habían afrentado, cuando estuvo en prisión, él saldría de paz y que la entrevista fuese en el valle de Yucay, para desde allí entrar juntos en la ciudad del Cusco.

Pero estas negociaciones fracasaron, debido a que Hernando Pizarro escribió al inca advirtiéndole que Almagro lo quería engañar para matarlo; y también por las intrigas de Paullu —según las investi-

gaciones de Ella Dumbar Temple— que ambicionaba secretamente ceñirse la borla imperial o mascapaicha. Las vacilaciones del inca sólo terminaron cuando sus mensajeros de Urcos le dijeron con alegría que habían tenido gran suerte en no acudir a este pueblo, porque de haberlo hecho ya estaría muerto y “tirado de la vida”, porque en presencia de ellos el cazurro mariscal se había entendido con los emisarios de los Pizarro como si fueran “hermanos y compañeros”.

Manco Inca Yupanqui y Vila Oma, persuadidos de la presunta deslealtad del viejo Almagro y ante el contento de sus demás capitanes, no queriendo tener tratos con él, ordenaron que lo echasen del valle de Yucay, diciéndole en grito general que era un mentiroso y que todos sus embustes habían sido descubiertos. Verdad o no de esta desconfianza, el inca quedó convencido de que en esta guerra de reconquista estaba cada vez más solo y que inevitablemente tenía que luchar con la coalición formada por los españoles, los pueblos alzados y sus desleales hermanos, recluyéndose entonces a su cuartel general de Ollantaytambo o simplemente Tambo como lo identifican en los documentos de la época.

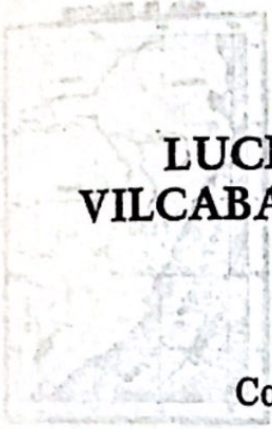
Poco tiempo después, en la primera quincena de abril de 1537, Almagro y Paullu, ocuparon violentamente la ciudad del Cusco, apresando luego a los porfiados hermanos Pizarro, y, posteriormente, el 12 de julio de este año, sorpresivamente derrotaron en Abancay al mariscal Alvarado, quedando Diego de Almagro como señor absoluto de la gobernación de Nueva Toledo con su capital cusqueña, y Paullo como el nuevo inca de esta parte mutilada del imperio.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

- Confesión de Pizarro, en C.D.I.H.CH.; tomo V, 457, Santiago de Chile, 1895.
A. Herrera, *Historia general*; Década VI, caps. I, II, III. Anónimo, *Relación del sitio del Cusco*; Lima, 1934. P. Cieza de León, *Guerra de las Salinas*; Cap. XI. A. Enríquez, *Libro de la vida y costumbres don Enríquez de Guzmán*, Madrid, 1960. P. Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, Lima, 1968. Titu Cusi Yupanqui, *Instrucción*; Lima, 1916. G. F. de Oviedo, *Historia general*; Lib. XLVII, caps. VII, VIII, IX, Madrid, 1959. G. Kubler, *A peruvian chief of estate: Manco Inca (1515-1545)*, *The Hispanic American Historical Review*, Vol. XXIV, ps. 253-276. *The Neo-Inca State (1537-1572)*, *Ibidem*. Vol. XXVII, ps. 189-202.



Muros de la portada del probable palacio de Vitcos, llamado actualmente Rosaspata.

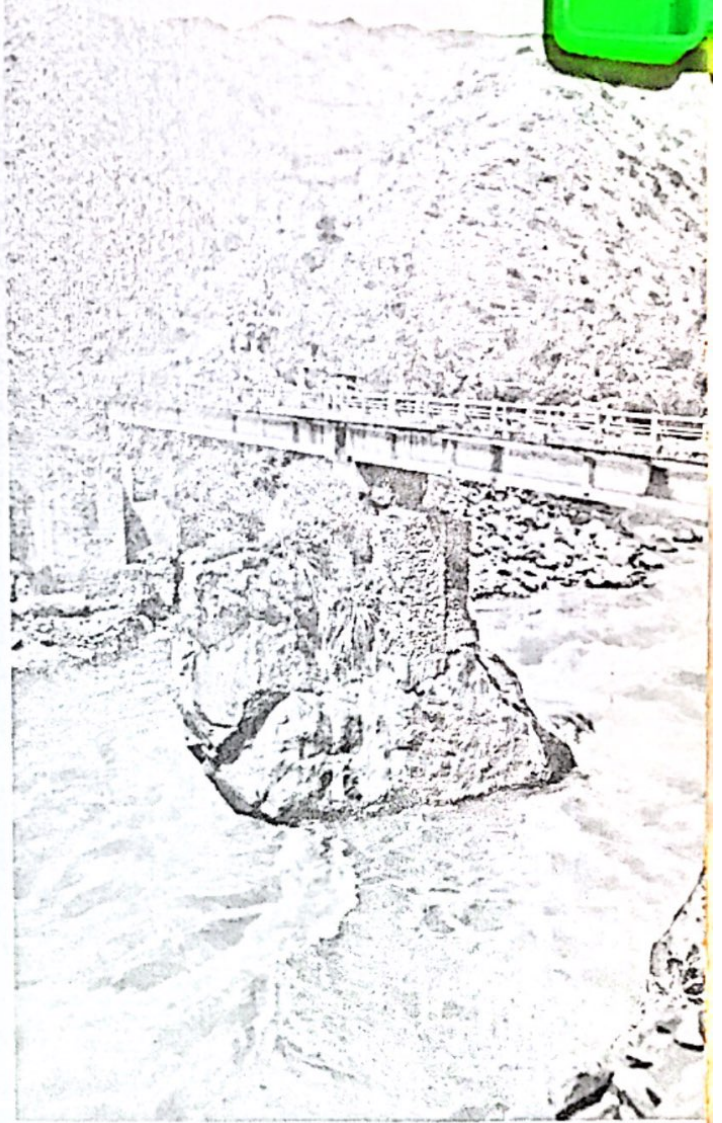


LUCHA Y RESISTENCIA INCA DESDE VILCABAMBA, NUEVA CAPITAL DEL IMPERIO

Como se sabe por distintas fuentes, el inca y sus capitanes ante los triunfos del mariscal Diego de Almagro, decidió retirarse estratégicamente a un lugar seguro, como lo era la región de Vitcos y Vilcabamba, separada del Cusco por páramos y nevados a la vez que protegida por los torrentosos caudales de los ríos Urubamba y Apurímac. Es así como desde Vilcabamba, la nueva capital de este reducto del imperio, Manco Inca Yupanqui prosiguió la guerra de reconquista, tratando de unificar a los pueblos leales a su autoridad, organizando campañas en cada uno de los suyos, empleando guerrillas y comandos para sorprender a los enemigos; sin embargo pese a estos esfuerzos heroicos, los españoles unidos con los pueblos rebeldes y sus hermanos, con mayor número de hombres y tecnología militar, lograron aislar a Vilcabamba del resto del país, hasta 1545 en que Manco Inca Yupanqui fue alevosamente asesinado por una premeditada conspiración de los almagristas refugiados en su corte, con la facción de los pizarristas.

Para apreciar, aunque sea sumariamente, los hechos que mediaron entre la retirada del inca del valle de Tambo hasta su asesinato en el palacio de Vitcos, reseñaremos a continuación algunos de los episodios más importantes de esta famosa gesta incaica.

Lám. 1. Basamentos del antiguo puente de Chuquichaca sobre el río Urubamba.



Lám. 2. Aspecto de la expedición organizada por el historiador Edmundo Guillén, camino a Vilcabamba la vieja en julio de 1976. Al fondo los glaciares de Ccollpacasa, y, al pie el pueblo de Vilcabamba fundado por los españoles.

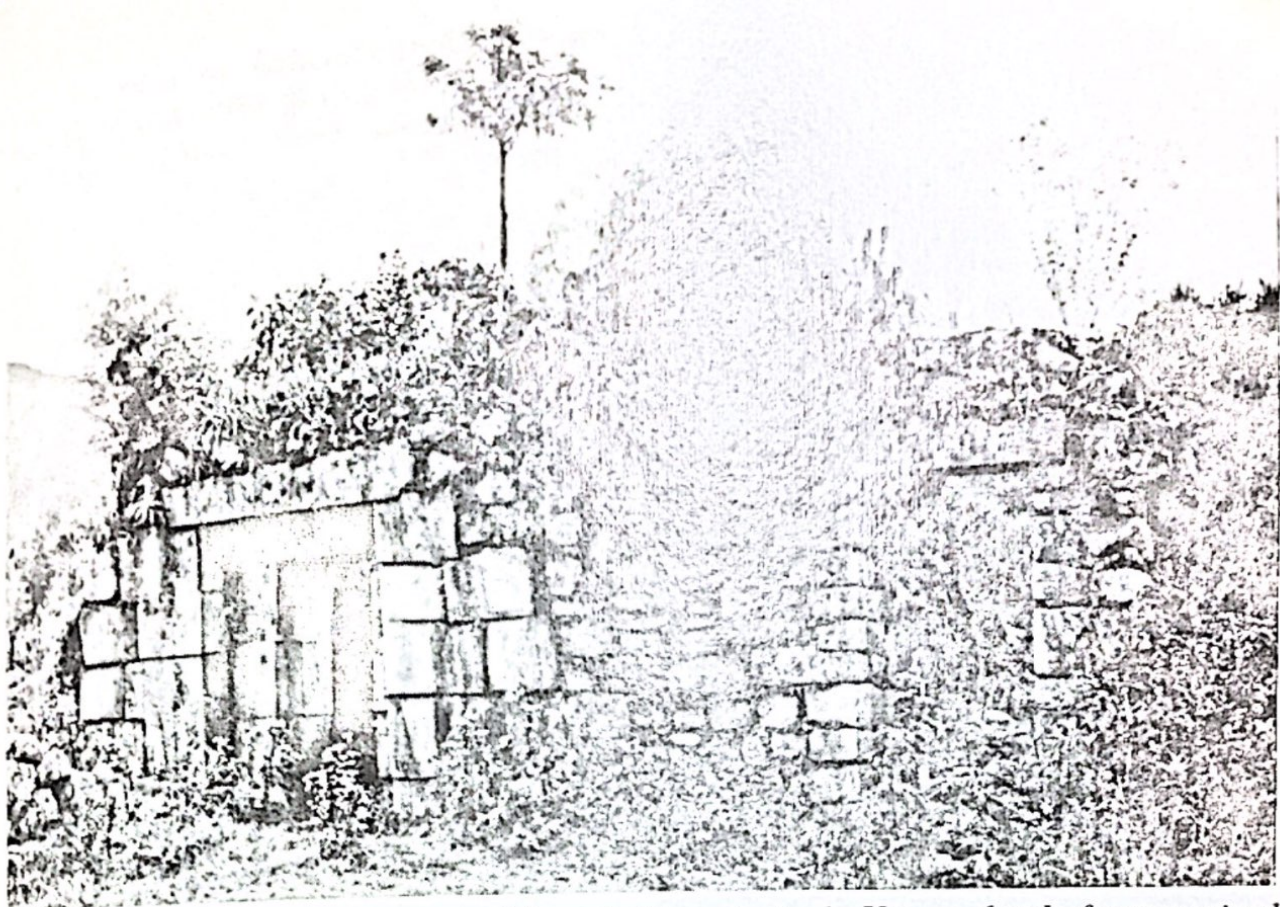




Lám. 3. Puente sobre la quebrada de Choquellusca. Aquí mismo los incas combatieron y desbarataron a Gonzalo Pizarro en 1539; repitiendo una nueva hazaña contra los españoles en 1572.

Lám. 4. Vista de la montaña en cuya cima se asienta la famosa fortaleza de Wayna Pucara.





Lám. 5. Arquitectura de la portada del probable palacio de Vitcos, donde fuera asesinado Manco Inca Yupanqui, y en donde murió también Titu Cusi Yupanqui en 1571.

Lám. 6. Vista aérea del valle en donde se ubicaron las ruinas de la antigua ciudad de Vilcabamba, última capital de los incas. Foto de la expedición japonesa, agosto de 1977.





Lám. 7. Gigantesca mole granítica correspondiente al templo inca de Chuquipalta. Probablemente un Punchao Unancha, o bien un observatorio solar.

Lám. 8. Tras una penosa caminata de varios días a través de la jungla, Guillén con su expedición descubre (siguiendo las relaciones del siglo XVI) los muros de la célebre Vilcabamba, última residencia de los incas del Cusco.



Lám. 9. Tras los primeros descombros surgen los muros labrados de la típica arquitectura inca.



Lám. 10. Entre el esplendor vegetal estos ángulos seculares de piedra canteada conforman la portada de un palacio, o de un probable templo incaico, donde vino a agonizar el vasto imperio de los incas.





Lám. 11. Muros, portadas y ventanas de las residencias de la nobleza incaica de Vilcabamba. El tiempo con su carga de siglos, nos muestran aquí su terrible acción devastadora.

Lám. 12. Pintura cusqueña representando el nacimiento en público de un Inca en la plaza del Cusco. La coya o mujer del Inca se sometía a esta prueba de exhibición ante la nobleza y el público, para que no existiera ninguna duda sobre la autenticidad del nuevo príncipe. Este acto era resguardado por una guardia formada alrededor de la plaza portando una cadena de oro. Se dice que a la toma del Cusco por Pizarro esta cadena fue arrojada a la laguna de Urcos.





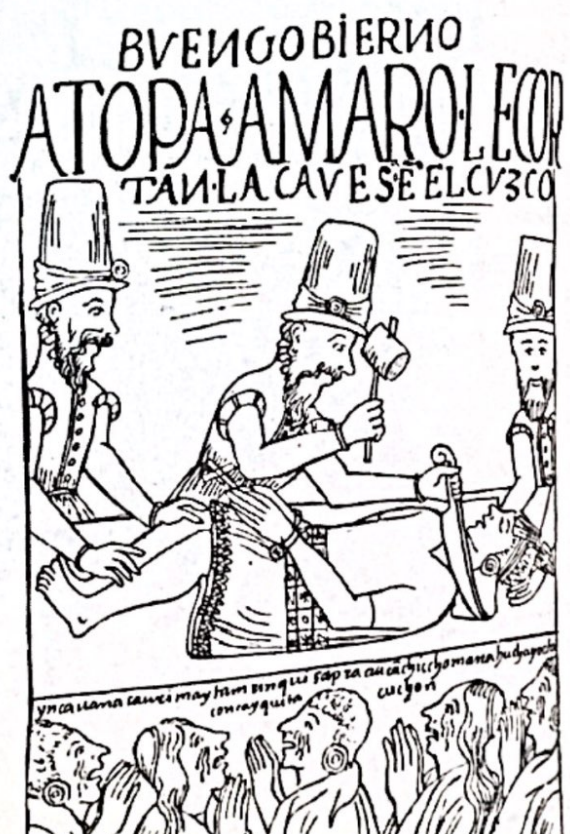
Lám. 13. El Inca Atahualpa recibe la embajada de Francisco Pizarro. Dibujo de la Nueva Crónica de 1615.

Lám. 15. Captura de Túpac Amaru Inca por Martín García de Loyola.



Lám. 14. Después de la toma de Cajamarca, Atahualpa es reducido a prisión. Dibujo de Poma de Ayala.

Lám. 16. Túpac Amaru, el último Inca, decapitado el 22 de setiembre de 1572 en la plaza del Cusco.





Lám. 17. Grabado de una batalla entre indígenas y españoles.

Manco Inca Yupanqui, considerando que su permanencia por más tiempo en el cuartel general de Tambo, u Ollantaytambo, era sumamente riesgosa, resolvió con sus capitanes retirarse a la estratégica región del Vilcabamba, donde con más seguridad podría reorganizar su ejército y adiestrarlo, de ser posible, según el modelo europeo y emprender la gran tarea de unificar a las naciones leales para continuar la guerra de reconquista en condiciones bélicas más favorables.

La retirada inca no fue pues una huida, como pretenden algunos historiadores poco avisados, sino un recurso estratégico necesario y conveniente para los destinos de la guerra; con un ejército diezmado, sin alimentos ni pertrechos bélicos, no podía enfrentarse a las fuerzas españolas tan bien armados y resueltamente apoyadas por los enemigos internos del joven monarca.

Titu Cusi Yupanqui, recordando patéticamente los detalles de esta famosa retirada, refiere que su padre reunió a los pueblos del valle y con frases conmovedoras les agradeció las pruebas de lealtad y heroísmo que habían dado en su defensa y les recomendó que nunca olvidaran los engaños y las afrentas de los españoles —presuntos hijos de Huiracocha—, y que a pesar de las presiones y exigencias no sustituyeran sus dioses tutelares por otros nuevos y que si ya no pudieran evitarlo, los aceptaran, pero solamente “delante de ellos” sin renunciar a sus antiguas creencias. Estas recomendaciones del inca fueron como la ideología de la guerra de reconquista, para luchar no solamente contra el poder bélico de los europeos sino también contra su penetrante religión.

Titu Cusi Yupanqui, recordando con nostalgia estos dramáticos sucesos, dice que los habitantes del valle, con grandes lamentos y con lágrimas en los ojos, vieron partir a su joven monarca para aquella agreste tierra de Vilcabamba, de donde nunca volvería a ver a su amada “hatun thupa llaqta” cusqueña. Manco Inca Yupanqui, posiblemente en junio de 1537, dejó discretamente el cuartel general de Tambo y con un ejército leal de más de treinta mil hombres marchó a Vilcabamba, siguiendo el valle de Amaybamba, llevando con piadosa unción los cuerpos momificados de Huanacauri, Huiracocha Inca, Pachacuti Inca Yupanqui, Túpac Inca y Huayna Cápac y los de sus mujeres con sus brocados y joyas ceremoniales.

Almagro, al conocer la retirada del inca y alarmado por el peligro militar que esta significaba, ordenó de inmediato al valeroso ma-

riscal Rodrigo de Orgóñez que saliera en su alcance y evitara que el inca se fortificara en el valle de Amaybamba, o que cruzara el puente de Chuquichaca para guarecerse en las serranías de Vitcos o en los montes arbolados de Vilcabamba.

PRIMERA CAMPAÑA CONTRA VILCABAMBA

Manco Inca Yupanqui al conocer los aprestos bélicos que se hacían en el Cusco para impedir su retirada a la agreste región de Vilcabamba, deponiendo sus resentimientos, envió secretamente mensajeros a su hermano Paullu pidiéndole encarecidamente que se uniera a él contra los europeos para restaurar ambos la autoridad del imperio. Pero este príncipe, cegado aún por su espúreo reinado, se negó a este patriótico requerimiento y al contrario le mandó decir que su porfía era inútil. Que si antes no los pudo vencer, ahora que eran menos y ellos más fuertes no podrían hacer sino aumentar el número de viudas y huérfanos, que mejor era que se rindiera a los invasores y que en este caso él estaría dispuesto a abdicar en su favor y mirar que le hicieran buen tratamiento.

Manco Inca Yupanqui, desengañado de esta infortunada respuesta y de la obcecación servil de su hermano, resolvió defender la entrada de Vilcabamba con todos los recursos estratégicos a su alcance, y, según distintas versiones, fortificó el valle de Amaybamba, rompió puentes y destruyó los viejos caminos al Ande, desvió las aguas de las acequias, para cortar el paso de los caballos, y parapetó a sus hombres en los puntos más fuertes de este valle. Desgraciadamente, a pesar de todas estas precauciones, no pudo contener después a la impetuosa ofensiva del mariscal Orgóñez, a sus quinientos hombres y a miles de aliados que se sumaron a este ataque. Sin embargo, el inca se resistió bravamente y con tanto heroísmo que se dijo que los enemigos le habían muerto más de cincuenta mil hombres. La verdad es que no pudiendo mantenerse en el fuerte de Huamán Marca, palacio que había sido de Túpac Inca, tuvo que cruzar el puente de Chuquichaca y retirarse precipitadamente al asiento de Vitcos para reorganizar el resto de sus maltrechas legiones. Fatalmente no tuvo tiempo para este propósito, porque los enemigos, después de librar a los cautivos españoles, en marchas forzadas por el fragoso y arbolado valle, actualmente llamado de Vilcabamba, llegaron hasta la resi-

dencia de Vitcos y tan sorprendentemente que Manco Inca Yupanqui y Vila Oma estuvieron a punto de caer prisioneros si al amparo de la noche no se hubieran evadido con presteza y con tal diligencia que después sus perseguidores no pudieron hallarlos entre los fríos glaciares de la cordillera comarcana. Se dice que en estas circunstancias, Almagro al conocer que Francisco Pizarro estaba fuertemente armado en el valle de Nasca, ordenó que Orgóñez suspendiera la búsqueda del inca y regresara rápidamente a la ciudad del Cusco.

Poco tiempo después, este leal capitán de la facción almagrista, retornó al Cusco, trayendo como prisioneros a algunas hermanas del inca y a su tierno hijo Titu Cusi Yupanqui, las momias de los últimos incas con sus ricas indumentarias, joyerías y un cuantioso botín tomado en Vitcos de lo que no pudo ser escondido, y, para Paullu, la imagen del sol hecha de oro, para compensar sus infortunados servicios, entregándole también el cuerpo de su padre Huayna Cápac a fin de que secretamente lo enterrase, para que su tumba no fuera el centro de futuras romerías incas.

El 15 de setiembre de este año de 1537, Almagro con un fuerte ejército dejó el Cusco, llevando prisionero a Hernando Pizarro, confiando ilusamente en la buena fe de su antiguo soció, sin imaginar que este error iba a ser el principio de su desgracia y de su muerte, desastrada en julio de 1538.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

- P. Cieza de León, Guerra de las Salinas; Caps. XXI XLVI, Madrid. A. Herrera, Historia general; Década VI, lib, II, cap. XIII; Buenos Aires, 1945. Presunto C. de Molina, Conquista y población del Pirú, Madrid, 1968. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción; Lima, 1916. E. Dumbar Temple, La descendencia de Huayna Cápac; RH, XII, 239, Lima, 1939.

REPRESALIA INCA CONTRA LOS HUANCAS

Repuesto Manco Inca Yupanqui de la sorpresa de Vitcos y luego de haber reorganizado su ejército diezmado por Orgóñez, al informarse después que Francisco Pizarro y Diego de Almagro se disputaban enconadamente la posesión del Cusco en el valle de Mala —octubre de 1537— y al saber que la sierra central estaba desguarnecida, resolvió entonces como primera medida recuperar el dominio de esta importante región para dejar aislada la ciudad del Cusco de cualquier apoyo que se pretendiera enviar desde Lima. Según los quipus de los señores huancas Francisco Cusi Chaca y Jerónimo Huacra Páucar, Manco Inca Yupanqui emprendió contra ellos sucesivas campañas que destruyeron todo el valle de Jauja, en castigo a la ayuda que habían dado a los españoles durante la contraofensiva del mariscal Alonso de Alvarado.

Según la "memoria" de estos jefes huancas, el inca envió contra ellos sucesivamente varias expediciones punitivas, que los mantuvo angustiados y en permanente zozobra, entre los finales de 1537 y los primeros meses del año de 1538. Es decir entre las negociaciones de Mala —en octubre de este año— y el arribo de Francisco Pizarro a Jauja la grande a fines de julio de 1538.]

Según la probanza de Cusi Chaca y otros del repartimiento de "Atunjauja", en las primeras incursiones incas, murieron los capitanes Titu Yupanqui en la batalla de Huancayoca —cerca de Sapallanga, Colla Túpac y Angos en la acción de Pututo— en las vecindades de Chupaca, y, que posteriormente fueron desbaratados a la vez los capitanes Illa Túpac, junto al río de Jauja. —próximo al puente de

Huaripampa— y Puyo Huilca, en la batalla de Comas. Se afirma así mismo, en esta probanza, que vencieron después al propio Manco Inca Yupanqui en la sangrienta batalla de Cuxihuilca a Auxihuilca —en las cercanías de Jauja la grande— luego que este había arrasado todo el valle con sus diez mil hombres, hasta que con la modesta ayuda que recibieron de Francisco Pizarro, vencieron finalmente a otra expedición al mando del capitán Mantuyo, en la batalla de Paucarbamba. En la probanza de Huacra Páucar se dice a la vez, que entre estos jefes incas vencidos por los huancas, estaban los ya famosos capitanes Páucar Huamán, Yanqui Yupanqui y Quizu Siloalla.

Según estos mismos documentos, los héroes huancas que se distinguieron en la lucha contra las incursiones incas fueron los señores Manco Suchicat, Apo Suchicat, Quiquín Canchaya y Luna Lapa de la parcialidad de los hatun Jauja y Huacra Páucar de la parcialidad de los hurín Huanca, quienes después de soportar la tiranía extranjera sentían nostalgia por el pasado gobierno de los incas.

Titu Cusi Yupanqui, refiriéndose sin duda a esta incursión de su padre al valle de Jauja, dice que entonces el inca, para mayor agravio de los huancas, desenterró a su famoso ídolo Huari Huilca —del templo de su nombre— y después de arrastrarlo ignominiosamente lo echó a las turbulentas aguas del río Mantaro.

Cuando a fines de julio de 1538 llegó Francisco Pizarro a este valle todo había pasado, pues desde entonces no se tienen noticias de que el inca hubiera regresado para otra razzia más, pues como se sabe sus nuevas incursiones se limitaron a las márgenes de la zona de Andahuaylas y Mayomarca. Por entonces su viejo socio el mariscal Diego de Almagro, víctima de su imprudencia —como Atahuallpa en Cajamarca— fue derrotado en la batalla de Las Salinas, en abril de este año de 1538 y muerto en la prisión y decapitado después en la plaza central del Cusco.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

Probanzas de don Francisco Cusichaca y don Jerónimo Wacrapáucar, publicadas por W. Espinoza en, "Los huancas, aliados de la conquista"; Huanca-
yo, 1971. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción; Lima, 1916.

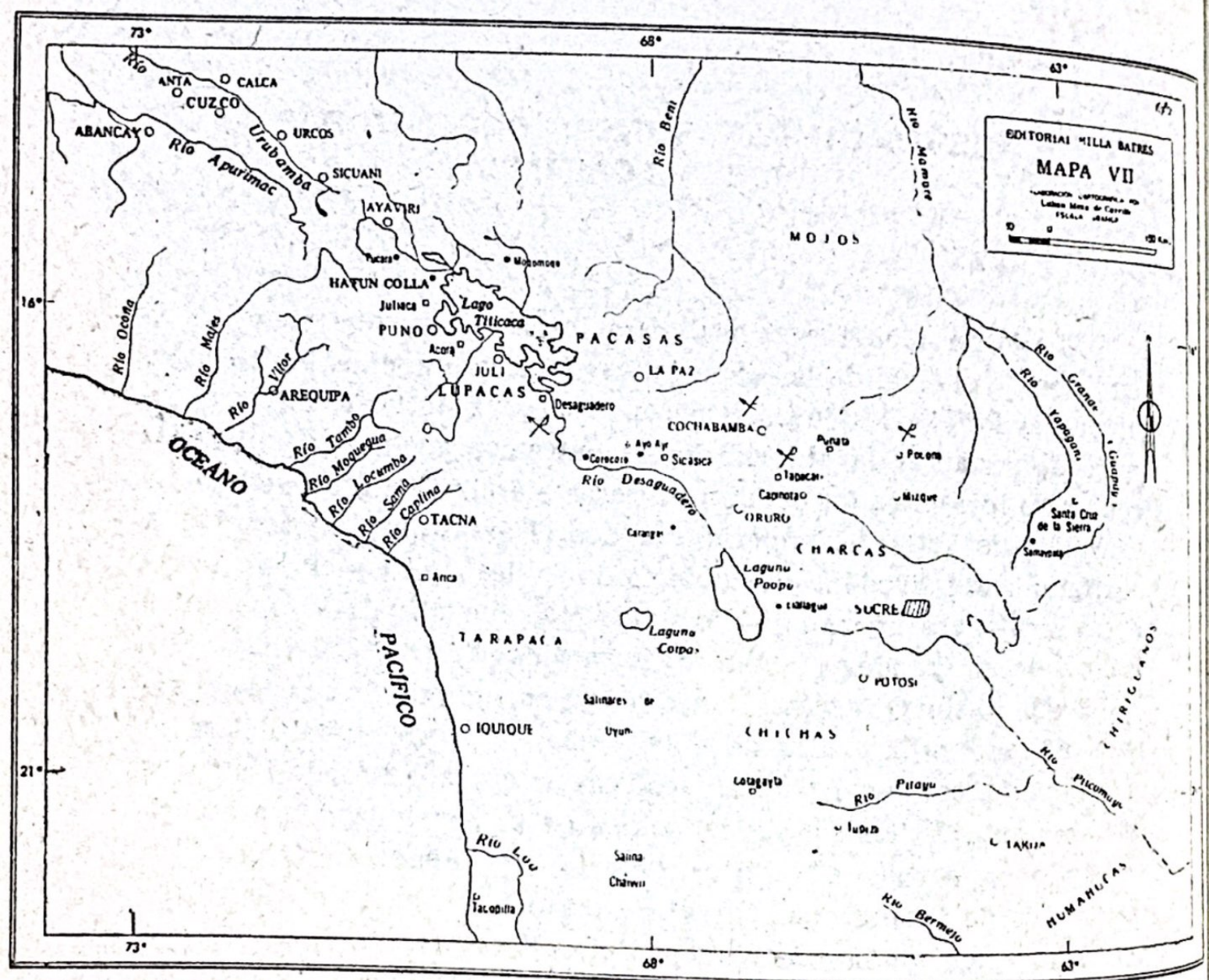
NUEVAS CAMPAÑAS INCAS ORGANIZADAS DESDE VILCABAMBA

El año de 1538 fue crucial para los incas, porque significó en cierto modo el final de las expectativas bélicas que ellos tenían para echar del Perú a los invasores; como se verá después, el sagaz intento de restaurar la autoridad real entre los pueblos y unificarlos contra los invasores, formando poderosos ejércitos en cada uno de los "suyus" o regiones del imperio, no tuvo el éxito que se esperaba, y, contrariamente, quedó al descubierto que Vilcabamba —el agreste reducto inca— era en realidad lo único que quedaba de lo que antes había sido el grande y poderoso Tawantinsuyo.

Según distintas fuentes, Manco Inca Yupanqui desde su cuartel general ubicado en la ciudad de Vilcabamba, la nueva capital del reducido imperio, trató con todo ahínco porque en cada una de los suyos se formaran ejércitos suficientemente fuertes para una nueva ofensiva contra los europeos. Para este efecto Illa Túpac se estableció en la comarca de Huánucopampa; Vila Oma en la región del Contisuyo y Tizu Yupanqui en la extensa zona del Collasuyo.

Entre todos estos intentos, el más importante fue el organizado por el general Tizu Yupanqui, y habría tenido sin duda un gran éxito si las naciones rivales de esta región no se dividieran. Así, el hatun Collao se plegó a los españoles y Paullu, contra la nación de los Pacajes, y Lupaca dirigido por Cari Apasa.

Se dice que la antigua nación de los Pacasas o Pacajes, al conocer que los españoles peleaban entre sí y que los incas estaban refugiados en Vilcabamba, resolvieron recuperar su vieja independencia y nombraron para este efecto a Quinti Raura, uno de sus más valientes generales.] Sus contrarios, los del hatun Collao, advirtiendo este



Campaña inca en el Collasuyo. El capitán Quintihuara, jefe de los pacas, fue vencido en la batalla del Desaguadero por Paullu Inca, los curacas del Hatun Collao y los españoles. Tizu Yupangui, por su parte, intentó contener el avance enemigo al sur combatiéndolos, y acabándolos después en el valle de Cochapampa.

hecho y creyendo que el triunfo de los Pacasa constituía un peligro a sus intereses, antes que este pudiera desarrollarse pidieron auxilio a Paullu y a Hernando Pizarro. En agosto de este año de 1538, los nuevos aliados marcharon contra el ejército Pacasa-Lupaca, apoyado a su vez por los pueblos comarcanos. La gran batalla, patéticamente descrita por el autor anónimo de la *Relación del sitio del Cusco*, se libró en el paso del río Desaguadero, que une las aguas del lago Titicaca con las del Poopo, que se hallan más al sur en el actual territorio boliviano. Si bien en esta batalla hubo heroísmo por ambas partes, los aliados —en mayor número y con definida superioridad bélica— usando balsas cruzaron este río y derrotaron finalmente a los Pacajes, muriendo en esta acción el valeroso general Quinti Raura. El triunfo de los aliados fue un duro golpe para los planes de Tizu Yupanqui, quien con el apoyo de los Charcas, Chichas, Chuis y otros, estaba preparando un fuerte ejército para defender el Collasuyo. Desgraciadamente, los enemigos conociendo estos aprestos resolvieron marchar contra el general inca, que precipitadamente acudió para contenerlos hasta el paraje de Tacapacari; pero una vez más el infortunio se ensañó con Tizu Yupanqui quien, pese al coraje desplegado y a la bravura de sus hombres, no pudo resistir el violento ataque de las fuerzas de Paullu y Hernando Pizarro y tuvo que replegarse rápidamente más hacia el sur.

Los citados jefes enemigos, envalentonados por este nuevo triunfo y creyendo haber desecho al general inca, fueron a acampar en el valle de Cochapampa, o Cochabamba actual, para desde aquí someter a los pueblos partidarios de los incas, o a los que trataban de luchar contra los cusqueños y españoles. Tizu Yupanqui, rehaciendo sus fuerzas, marchó sobre este valle con el propósito de sitiar a los españoles y finalmente liquidarlos. La *Crónica general* de Antonio Herrera, que aporta detalles sugestivos sobre esta famosa acción, refiere que las fuerzas de Tizu Yupanqui con la de los señores de Consara, Pocona y otros cercaron al campamento enemigo para acabar con ellos en cualquier momento.

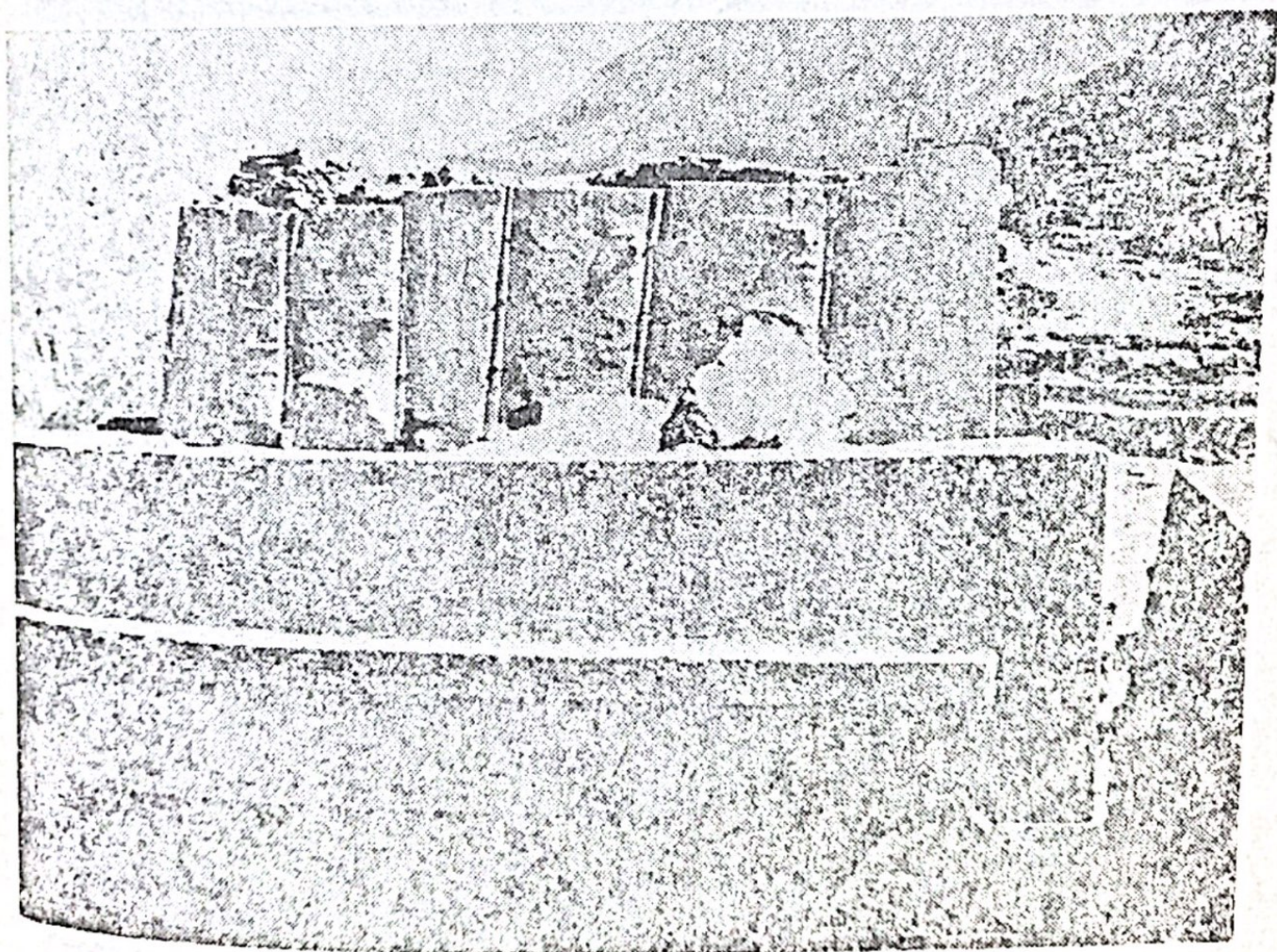
Desgraciadamente, cuando todo parecía decidir el triunfo de los patriotas y los enemigos vivían momentos de angustia y solicitaban rápidos auxilios del Cusco, Paullu haciendo gala de valor temerario y capitaneando a su gente rompió el cerco y salvó a sus aliados de una muerte segura; con lo cual este príncipe traidor, sirvió a los ex-

tranjeros y contribuyó a la derrota de Tizu Yupanqui, quien más fue vencido por los suyos que por los europeos. Finalmente se retiró con infinita amargura a Pocona, donde intentó realizar el último esfuerzo para reorganizar sus tropas, pero todo fue inútil, porque hasta allí lo persiguieron los enemigos y los señores que lealmente lo habían servido desmayaron en su ánimo y Tizu Yupanqui tuvo que retirarse más al sur, a la tierra de los humahuacas, poco tiempo después, a instancias y promesas de Paullu, hizo las paces y capituló honrosamente en la idea de que se cumpliría con él los ofrecimientos acordados; en marzo de 1539 regresó profundamente abatido a la ciudad del Cusco.

Mientras se sucedían estos trágicos hechos en el Collasuyo, Manco Inca Yupanqui al conocer el desastre patriota de Tapacari y con propósito de distraer a los contrarios, abrió de inmediato otro frente de guerra invadiendo Andahuaylas, la antigua región de los chancas, cuyos señores ante el peligro de ser castigados por el inca pidieron auxilio a sus aliados españoles, quienes a su vez prontamente les enviaron al capitán Illián Suárez de Carvajal para contener la incursión del inca. Según los documentos de la época, la batalla se libró en los montes de Uripa, en la comarca de Andahuaylas, probablemente en noviembre de 1538, en cuya acción Manco Inca Yupanqui, blandiendo una lanza hispana y haciendo gala de ser buen jinete, derrotó afrentosamente al capitán Villadiego. Titu Cusi Yupanqui, recordando patéticamente detalles de este encuentro, dice que el combate se libró en la localidad vecina de Ongoy —que parece corresponde al Orongoy del citado cronista, cuya fonética parece errónea en la copia del documento original. Este importante triunfo inca, si bien no tuvo efectos militares significativos, sí los tuvo en el aspecto psicológico, porque los enemigos quedaron tan asustados que el propio Francisco Pizarro, al conocer los pormenores de este desastre, a fines de diciembre de este mismo año de 1538, salió precipitadamente de la ciudad del Cusco a combatir a Manco Inca Yupanqui y desde el tambo de Vilcas, un mes después, escribía al cabildo de Lima para que le enviaran rápidos auxilios de armas y gente. Asimismo se sabe que mientras tanto dispuso la fundación de San Juan de la Frontera, como enclave europeo en esta región para evitar nuevas incursiones del joven y belicoso monarca inca.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

P. Cieza de León, *Guerra de las Salinas*; Caps. LXXXVII, LXXXVIII a XCII, Madrid. A. Herrera, *Historia general*; década VI. Lib. VI, caps. VII, VIII, IX. Anónimo, *Relación del sitio del Cusco*; Lima, 1934. *Libros de cabildo de Lima*; tomo I, 295, 352, 354. Carta de F. Pizarro al rey de 27.II.1539, publicado por R. Vargas Ugarte, en *Historia general del Perú*. T. I, 282. P. Pizarro, *Relación del descubrimiento*. Lima, 1938. M. de Murúa, *Historia general del Perú*, tomo I, caps. LXXI, LXXII.



Muro ciclópeo de la arquitectura Inca en Ollantaytambo, siglo XV.

SEGUNDA CAMPAÑA CONTRA EL BASTION DE VILCABAMBA

El año de 1539, tercer año de la guerra de reconquista, fue sin duda el más funesto para los incas. Perdido el Collasuyo y contenido el ataque patriota en la sierra central, los europeos y sus aliados orgullosos de las victorias pasadas y para vengarse del desastre de Uripa, resolvieron atacar a Manco Inca Yupanqui y darle un golpe de gracia en el propio reducto de Vilcabamba.

Según los documentos de la época, esta campaña debió iniciarse a mediados de 1539, entre los meses de junio y julio, los más favorables para intentar un ataque al heroico reducto inca de Vilcabamba. Aunque los datos que conocemos sobre esta invasión son todavía fragmentarios, sin embargo, son lo suficientemente expresivos para tener una clara idea de la estrategia y de la resistencia patriota a lo largo de los valles de Vitcos y Vilcabamba —actualmente Pampacona— y de los peligros que sufrieron los contrarios en esta dura y sangrienta campaña.

El cronista fray Antonio, recordando detalles de esta invasión española con la ayuda de la gente de Paullu, refiere que los aliados estuvieron a punto de perecer en el paso de Chuquillusca o Choquellusca, cuando de improviso cayeron en una celada tendida por los incas, salvando sus vidas gracias al coraje y serenidad del príncipe Paullu, que impidió el vergonzoso desbande de la hueste hispana. Igualmente, P. Pizarro, que intervino en esta campaña, dice en la relación que escribió, que también cerca del fuerte Hatun Pucara —la fortaleza grande— a tres leguas de la ciudad de Vilcabamba, volvieron a caer en otra celada que se habría convertido en desastre, si Gonzalo Pizarro no se atrasara algunos minutos, para librarse de una piedrecilla

que se le había introducido en la alpargata, es así como por esta fortuita demora, la avalancha de piedra no cayó sobre el grueso de la gente, salvándose providencialmente de una muerte segura.

La batalla más importante de esta campaña se libró en Hatun Pucara, a la vera del río Pampacona. Titu Cusi Yupanqui refiere que esta acción duró más de diez días consecutivos, sin que por ninguno de los bandos se conociera la victoria. Se combatió, añade, entre la tupida vegetación, en las quebradas y despeñaderos, hasta que los contrarios ocuparon sigilosamente los altos de la montaña y atacaron el fuerte por la retaguardia, sin que sus defensores se percataran de este ardid; fue así como se vieron en la dura necesidad de abandonar el fuerte y replegarse al otro lado del valle, adonde Manco Inca Yupanqui quiso atraerlos con el fin de atraparlos después en la espesura de la selva.

En esta batalla murieron, por parte de los contrarios, los príncipes o auquis Huaypar e Inguill —hermanos traidores del inca, y por parte de los patriotas cayeron presos el príncipe Curi Rimachi hermano leal del joven monarca, quien era a la vez capitán general del ejército y la reina o coya Cura Ocllo, su hermana y esposa, juntamente con otros capitanes que temerariamente intentaron rescatar a los cautivos.

Mientras el inca se refugió en la zona selvática los contrarios no pudieron cantar victoria, pues en tanto Manco Inca Yupanqui estuviera vivo la guerra seguía y la conquista no estaba terminada. Gonzalo Pizarro a su vez dio treinta días de plazo para que el inca se rindiera o de lo contrario emprendería una guerra definitiva; pero el rebelde no haciendo caso de las bravatas del capitán enemigo, se mantuvo firme en su parapeto selvático. Por entonces Francisco Pizarro, al informarse del prendimiento de la coya Cura Ocllo, una de las bellas hijas de Huayna Cápac, y al conocer que esta era hermana y esposa del inca, fue hasta el valle de Yucay, entre octubre y noviembre de este año, y exigió al joven monarca su rendición a cambio de la vida y libertad de la coya; Manco Inca Yupanqui indignado por esta vil propuesta no la aceptó, prefiriendo sacrificar sus sentimientos en aras de la patria. La prepotencia hispana quedó puesta en ridículo por la heroica decisión del inca, pero Pizarro en sórdida venganza, y para causarle mayor dolor, ordenó martirizar y matar a la valerosa coya Cura Ocllo. Los cronistas españoles censurando esta iniquidad relatan

con admiración inocultable el coraje de esta princesa, de quien dicen que murió sin exhalar una queja de dolor y recriminando la cobardía de sus asesinos. Es así como Cura Ocllo entró gloriosamente en la historia del Perú y se convirtió después en el símbolo heroico de la mujer peruana, cuyo señero ejemplo fue seguido por otras mujeres a lo largo de tres centurias, en la lucha contra la dominación extranjera.]

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

Cartas de Illán Suárez de Carvajal, Cusco, 3, XI, 1539, y, de Fray V. Valverde, Cusco 20.III.1539, escritas al rey, publicadas por R. Porras en *Cartas del Perú*; Lima, 1959. P. Pizarro, *Relación del descubrimiento*; Lima, 1968. Titu Cusi Yupanqui, *Instrucción*; Lima, 1916. Semianónimo Fray Antonio, *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los incas*; Lima, 1920. A. Herrera, *Historia General*; década VI, lib. VII, cap. I. Buenos Aires, 1945. P. Cieza de León; *Guerra de Chupas*; cap. I. "Acusaciones contra don Francisco Pizarro", C.D.I. tomo XX, 354. M. de Murúa, *Historia general del Perú*; tomo I, cap. LXX. "Libro de Cabildo de la ciudad de Lima; tomo I.

LA GUERRA DE GUERRILLAS

Este infortunio, más la trágica noticia de que Vila Oma y Tizu Yupanqui con otros capitanes habían sido quemados vivos en el valle de Yucay, a traición y sin proceso alguno, en lugar de amilanar al joven inca templaron más su ánimo y le dieron nuevos bríos para continuar la guerra de reconquista contra sus fieros adversarios.

Mancó Inca Yupanqui convencido además de su dramático aislamiento y de la imposibilidad de seguir enfrentándose al ejército español y a sus aliados indígenas, resolvió proseguir la lucha organizando cuerpos de guerrillas para desatar una guerra psicológica, hasta lograr que los linajes cusqueños y los pueblos se desengañaran de las promesas extranjeras y se dieran cuenta del grave peligro de sumisión que se cernía sobre ellos, en la medida que fuera aumentando el poder de los invasores.

De acuerdo a esta nueva estrategia, en 1540, el famoso capitán Illa Tupa ocupó las comarcas de Huánuco y se fortaleció hasta 1542 en que finalmente fue vencido y capturado por el capitán español Juan de Vargas. En 1541 el inca, por su parte, mantuvo en permanente zozobra a la ciudad de Huamanga, o San Juan de la Frontera, la ruta del Cusco y la ciudad misma, que más de una vez vivió angustiosos momentos al saber la proximidad de los patriotas. En 1541 dos incursiones incas sobre Huamanga fueron contenidas, una en marzo por el capitán Francisco de Cárdenas y otra en julio por Vasco de Guevara; meses más tarde en octubre de este año una amenaza al Cusco se dice que fue frustrada por el capitán Gabriel de Rojas. En 1542, al conocerse el alzamiento del joven Diego de Almagro y que sus partidarios habían asesinado a Francisco Pizarro, el inca prestó simpatía

y apoyo a este mestizo rebelde; algunas crónicas refieren que le dio armas y caballos para que se enfrentara al licenciado Vaca de Castro; se afirma también que Manco Inca Yupanqui hubiera intervenido en la batalla de Chupas, librada el 16 de setiembre de este año. si Almagro el Mozo no hubiera preferido asociarse con su desleal hermano Paullu. La derrota del infortunado rebelde fue asimismo un fuerte golpe para las expectativas del inca, que no pudo escapar y refugiarse en Vilcabamba, adonde después acogiera a un grupo de sus partidarios para salvar sus vidas de la persecución pizarrista.

En los años de 1543 y 1544 no amainaron los ánimos del inca, por el contrario, tratando de aprovechar el alzamiento de Gonzalo Pizarro y su beligerancia contra la corona real, aumentaron las incursiones incas en los caminos al Cusco y sobre las encomiendas vecinas a los ríos Urubamba y Apurímac. Se afirma por otra parte que cuando el inca supo de la llegada al Perú del virrey Blasco Núñez Vela, envió a los almagristas refugiados en su corte, para tratar una alianza contra el rebelde Pizarro, sin que en realidad haya prueba de este hecho, salvo la instrucción real para que el nuevo virrey hiciera las paces con el inca; a mediados de 1544, se pierde la huella de sus actividades bélicas, después de informarse de un conato de incursión a la ciudad de Huamanga y de otro sobre el Cusco, hasta que circuló el rumor de que había sido asesinado por sus huéspedes españoles, cuyas vidas había protegido refugiándolas en su palacio de Vilcabamba.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

"Libro de Cabildo de la ciudad de San Juan de la Frontera de Guamanga". págs. 71, 78, 142, 144, 150. Lima, 1966. P. Cieza de León, Guerra de Quito, Cap. LI. Madrid, 1877. Guerra de las Salinas, cap. LXVI. Madrid, 1877. Cartas del lic. Vaca de Castro, Cusco 24.XI.1542 y del Cabildo del Cusco al emperador, Cusco, 20.I.1543, publicadas por R. Porras en Cartas del Perú; Lima. 1959. A. Herrera, Historia general; década VI. lib. VIII, cap. V. Buenos Aires, 1945.

EL ASESINATO POLITICO DE MANCO INCA YUPANQUI

Entre los crímenes que registra la historia universal destaca, por su trágica consecuencia para un país, el asesinato político de Manco Inca Yupanqui, consumado por un grupo de españoles con el evidente propósito de acabar con la resistencia imperial, guarecida en la agreste región de Vilcabamba. Es cierto, este crimen no consiguió poner término a la resistencia inca, sin embargo, frustró el posible éxito de la guerra de reconquista peruana y cambió de hecho el curso de la historia de nuestro pasado imperio, el más extenso y poderoso de la América Andina.]

Es evidente que son insuficientes los elementos de juicio de que disponemos para apreciar en toda su magnitud las causas políticas que determinaron el asesinato de Manco Inca Yupanqui y los detalles de su infausta muerte; sin embargo, las nuevas investigaciones que venimos haciendo parecen demostrar que el joven inca no fue victimado inesperadamente por los españoles asilados en su corte ni por una disputa en el juego de bolos o del herrón, sino que su muerte fue el premeditado resultado de una sórdida conspiración política, fraguada por el bando pizarrista con los refugiados almagristas que residían en el palacio de Vitcos, bajo la protección y confianza del joven monarca Manco Inca Yupanqui.

Las versiones hispanas tratando de justificar este crimen político y dañar la egregia imagen del inca, han sostenido con algunas variantes que uno de los refugiados españoles fue abofeteado por el mo-

marca, debido a trampas en el juego, el soldado cegado por la ira hirió mortalmente a puñaladas al inca con la ayuda de sus compañeros] según otro testimonio, recogido por el cronista P. Cieza de León, Manco Inca fue muerto cuando trató de impedir que los almagristas dejaran el reducto de Vilcabamba.

En relación a estos relatos de oídas, la verdad es distinta. Como ha insinuado R. Porras Barrenechea, el iniciador de la historia científica del Perú, el asesinato de Manco Inca Yupanqui no fue el resultado de una reyerta ocasional, sino de una conspiración urdida cuidadosamente entre el bando pizarrista y los refugiados almagristas que vivían en Vitcos al amparo generoso del inca. Refiere este distinguido investigador, al comentar el "Fragmento Histórico" recogido por el cronista F. Montesinos, que el acuerdo para asesinar al joven monarca lo negoció el capitán Alonso de Toro teniente de Pizarro en el Cusco con el citado grupo almagrista, con la promesa de perdonarles si mataban al inca. Este crimen político que benefició personalmente a Toro, para labrar sus chacras de coca que tenía en el valle de Amaybamba, fue evidentemente el medio trágico con el cual se quiso acabar con la resistencia imperial guarecida en el agreste reducto de Vilcabamba.

Aunque no se puede aún precisar la fecha exacta en que se consumó este horrendo crimen, nos inclinamos a creer que ocurrió en los primeros meses del año de 1545, si se tiene en cuenta que el capitán Alonso de Toro tomó posesión del cargo de teniente a fines de 1544, y, las referencias de que entonces el inca envió en favor del rebelde Diego de Centeno y contra la conquista del capitán Pedro de Valdivia que luchaba en las tierras de Chile.

En cuanto a los detalles y circunstancias que rodearon la trágica muerte del inca, desechando las versiones españolas, reproducimos a continuación un fragmento del testimonio presencial de Titu Cusi Yupanqui, el hijo mayor del inca, y entonces casi adolescente, quien estuvo presente en el escenario del crimen, cuando los traidores atacaron a mansalva a su confiado y desprevenido padre, habiéndolo herido cuando valerosamente intentó defenderlo y hubiera también perecido si rápidamente no se hubiera escabullido entre las arboledas que rodeaban al palacio de Vitcos.

Titu Cusi Yupanqui, recordando esta tragedia dice: "Estaban un día con mucho regocijo jugando al herrón solos mi padre y ellos y

yo, que entonces era muchacho, sin pensar mi padre cosa ninguna ni haber dadó crédito a una india de uno de ellos, llamada Bauba, que le había dicho muchos días antes que le querían matar aquellos españoles. Sin ninguna sospecha de esto ni de otra cosa se holgaba con ellos como antes; y en este juego, como dicho tengo, yendo el dicho mi padre a levantar el herrón para haber de jugar, descargaron todos sobre él con puñales y cuchillos y algunas espadas; y mi padre como se sintió herido, con mucha rabia de la muerte, procuraba defenderse de una parte y de otra; mas como era solo y ellos eran siete, y mi padre no tenía arma ninguna, al fin lo derrocaron al suelo con muchas heridas y lo dejaron por muerto”.

El mismo autor, después de esta patética descripción, dice que los asesinos no pudieron gozar de su vil traición ni huir, porque en aquellos momentos llegó de una incursión el capitán Rimachi Yupanqui y los capturó y ordenó que les dieran muerte cruel. Años después en 1565, Diego Rodríguez de Figueroa, que visitó a Titu Cusi Yupanqui, vio en Vitcos que aún estaban expuestos los cráneos descarnados de aquellos infelices desalmados y constató la herida que por entonces había recibido este penúltimo inca del reducto de Vilcabamba.

En 1573 el cadáver embalsamado del infortunado Manco Inca Yupanqui fue llevado al Cusco como trofeo, después de la caída de la ciudad de Vilcabamba; el virrey Toledo para borrar la memoria del inca ordenó que sus restos fueran quemados públicamente en la fortaleza de Quispe Huanca. Los restos de este famoso inca fueron consumidos por el fuego, pero su gloria se hizo inmortal y su nombre la tea incendiaria que calcinó la dominación española, después de tres siglos de lucha.

Después de los funerales del inca, la corte de Vilcabamba eligió entre los hombres más importantes y que lealmente habían seguido la causa patriótica al auqui Atoc Supa, para que asumiese el gobierno de este baluarte del Tawantinsuyo —al que George Kubler llama neo imperio inca— hasta que el sucesor de Manco Inca Yupanqui tuviera la edad suficiente para ceñirse la mascapaycha o borla imperial.

Generalmente se cree que el inca dejó tres hijos varones, pero según varios documentos estos fueron cinco, a saber: Titu Cusi Yupanqui, Sayri Túpac, Cápac Yupanqui, Túpac Hualpa, y, Túpac Amaro,

quien quedó como el sucesor oficial de Manco Inca Yupanqui, aunque por distintas circunstancias, como se verá después, no pudo asumir el gobierno sino hasta en 1572.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

A. Salazar, Libro de descripción del Perú; CDIAO. VIII, Madrid, 1867. F. Montesinos, Anales; Lima, 1906. D. Rodríguez de Figueroa, Relación del camino... (1565). A. de la Calancha, Coronica Moralizadora; Barcelona, 1639. P. Gutiérrez de Santa Clara, Quinquenarios; Madrid, 1963. Garcilaso de la Vega, Historia General, III, Madrid, 1960. M. de Murúa, Historia General del Perú; Madrid, 1962. P. Cieza de León, La guerra de Quito. B. Cobo, Historia del Nuevo Mundo; Madrid, 1964. R. Porras Barrenechea, Crónicas perdidas, presuntas y olvidadas de la conquista; documenta, II-i, Lima, 1949/50.



Típica portada trapezoidal inca en el probable palacio de Vitcos.

LA POLÍTICA INCA DE VILCABAMBA Y LAS PRESIONES DIPLOMATICAS DEL GOBIERNO ESPAÑOL

EL GOBIERNO INCA DE VILCABAMBA

No obstante que la muerte de Manco Inca Yupanqui constituyó una pérdida irreparable para el éxito de la guerra de reconquista del Perú, la corte de Vilcabamba, sobreponiéndose a este desastre histórico, mantuvo con sagacidad los objetivos básicos de la política del inca. Descartando la esperanza de materializar un ejército patriota a la europea, convino en seguir utilizando los juegos diplomáticos para asegurar, por una parte la supervivencia de Vilcabamba, y por otra para que este último reducto del caído imperio incaico se convirtiera lentamente en el gran centro de la reacción nacionalista contra el poder español. La corte de la nobleza inca de Vilcabamba por este medio consiguió vivir en paz largos años hasta que Titu Cusi Yupanqui y Sayri Túpac con los demás hijos del inca asesinado tuvieran suficiente edad para discernir sus responsabilidades políticas. Es así como después de la regencia de Atoc Supa, el gobierno inca pudo resistir con éxito las distintas formas de agresión diplomática de las autoridades virreinales, sin hacer peligrar la existencia de este reducto histórico, utilizando siempre y con habilidad la estrategia dilatoria para evitar resultados inmediatos en las negociaciones entabladas.

La tardía salida del auqui Sayri Túpac y los pasmosos conciertos de Titu Cusi Yupanqui con el gobernador Lope García de Castro, paralelos al creciente espíritu insurreccional contra el despotismo español, constituyen pruebas de que los hechos enunciados no eran ocasionales, sino que formaban parte de un plan general de los incas de

71 Vilcabamba para restaurar el imperio a través de un levantamiento general con la participación de los mestizos, señores locales o curacuna y miembros del linaje inca decepcionados del gobierno español. De esta forma resulta importante advertir que a lo largo de las negociaciones diplomáticas que duraron de 1548 a 1571, año en que murió o fue asesinado Titu Cusi Yupanqui, la perspicacia política de la gente de Vilcabamba se impuso siempre a la astucia y amenazas de las autoridades virreinales, hasta que Toledo comprendiendo la imposibilidad de someter a los incas pacíficamente, aprovechando el incidente del puente de Chuquichaca, resolvió acabar con el reducto de Vilcabamba en junio de 1572 mediante una guerra a "sangre y fuego".

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

Carta del licenciado Pedro de la Gasca al rey de 25.IX.1548, publicada por R. Levillier, *Gobernantes del Perú "Cartas y papeles"*, Tomo I, 116. Madrid, 1921. J. Hemming, *The conquest of the incas*; London, 1971. R. Vargas Ugarte, *Historia del Perú. Virreynato (1551-1600)*, cap. IV. Lima, 1949. E. Guillén Guillén, "Documentos inéditos para la historia de los incas de Vilcabamba". RHC. Nº 10. Lima, 1978. G. Kubler, *Neo-Inca State (1537-1572)*, "The American Historical Review". Vol. XXVII. Págs. 189-202.

SAYRI TUPA EL SUPUESTO INCA

Cuando se habla de los incas de Vilcabamba, o de los incas de la resistencia en este heroico reducto, se repite la versión oficial española según la cual, además de Manco Inca Yupanqui gobernaron en esta última capital del imperio sus hijos Sayri Túpac, Titu Cusi Yupanqui y Túpac Amaro Inca. Contrariando esta opinión, largamente aceptada, los nuevos estudios que se han sumado a las evidencias históricas de los testimonios peruanos se prueba que Sayri Túpac debe ser separado de esta relación, porque nunca fue inca ya que su salida se hizo por mandato de la corte de Vilcabamba, obedeciendo a un ardid político para burlar la presión del inflexible virrey el marqués de Cañete, que había amenazado sacarlos por la fuerza de las armas si antes no se rendían.

Por distintas fuentes se sabe que el gobierno español al constatar que el bastión de Vilcabamba seguía tan altivo como antes de la muerte de Manco Inca Yupanqui; prefirió sin los riesgos de una guerra valerse de los recursos diplomáticos para acabar pacíficamente con la resistencia de este inexpugnable reducto, sacando de allí a los cinco hijos del inca asesinado, utilizando por una parte la intimidación y por otra la promesa de opulentas recompensas. Es así como el presidente Gasca, el derrocador de Gonzalo Pizarro, en 1548 se avocó a esta tarea y aprovechando las influencias del claudicante príncipe Paullu y de otros linajes cusqueños, inició las negociaciones diplomáticas con

la corte de Vilcabamba. Atoc Supa, que entonces ejercía la regencia de este reino, descubriendo el propósito del cazurro presidente, sin amilanarse y con serenidad, aceptó seguir el juego político y lo hizo tan bien que siempre encontró razonables excusas para no lograr un acuerdo final, hasta que en 1557 el prepotente virrey marqués de Cañete se percató de las astutas dilaciones del gobierno de Vilcabamba y le dio un plazo de seis meses para que se rindiera, con la amenaza de sacarlos por la fuerza.

¿Qué ocurrió entonces en Vilcabamba ante esta dramática disyuntiva? Diego Fernández el Palentino, estipendiado cronista del virrey, refiere como vocero oficial que los incas resolvieron rendirse, acordando que Sayri Túpac de quien afirma haber tomado la borla o mascaypacha en alguno de estos meses, saliese definitivamente de la heroica Vilcabamba; añade que la llegada a Lima de este príncipe el 5 de enero de 1558, fue celebrada como el triunfo político del virrey, que con solo una amenaza había logrado reducir a la temida Vilcabamba y cumpliendo su ofrecimiento además del título de adelantado le dio la posesión de la opulenta prebenda del valle de Yucay.

Mientras tanto, Titu Cusi Yupanqui, otro de los hijos de Manco Inca Yupanqui que residía en la ciudad de Vilcabamba, contrariando la información del Palentino, puso al descubierto el fiasco político del presuntuoso virrey, por una carta que escribió desde esta ciudad el 20 de junio de 1559, en la que el citado príncipe dejaba en claro que el sucesor de su padre Manco Inca Yupanqui no fue Sayri Túpac sino Túpac Amaro Inca y que este su hermano salió de Vilcabamba a título personal y nada más, con la orden de cerciorarse de la verdad de los ofrecimientos que había hecho el gobierno español. Esta versión de Titu Cusi Yupanqui está confirmada por el testimonio de varios capitanes incas, en la probanza que se hizo en el pueblo de Carco en julio de 1567, cuyas declaraciones acreditan que, efectivamente, Sayri Túpac nunca fue inca por no haber heredado el reino de Vilcabamba a la muerte del citado Manco Inca Yupanqui. Más aún, el cronista oficial Pedro Sarmiento de Gamboa, en la *Historia Indica* de 1572, sostiene que el legítimo heredero del gobierno de Vilcabamba fue nada menos que Túpac Amaro Inca.]

Fue así como el infortunado Sayri Túpac, asesinado en 1561, quedó separado de la relación de los gobernantes del heroico bastión de Vilcabamba para entrar gloriosamente en la historia y no con el es-

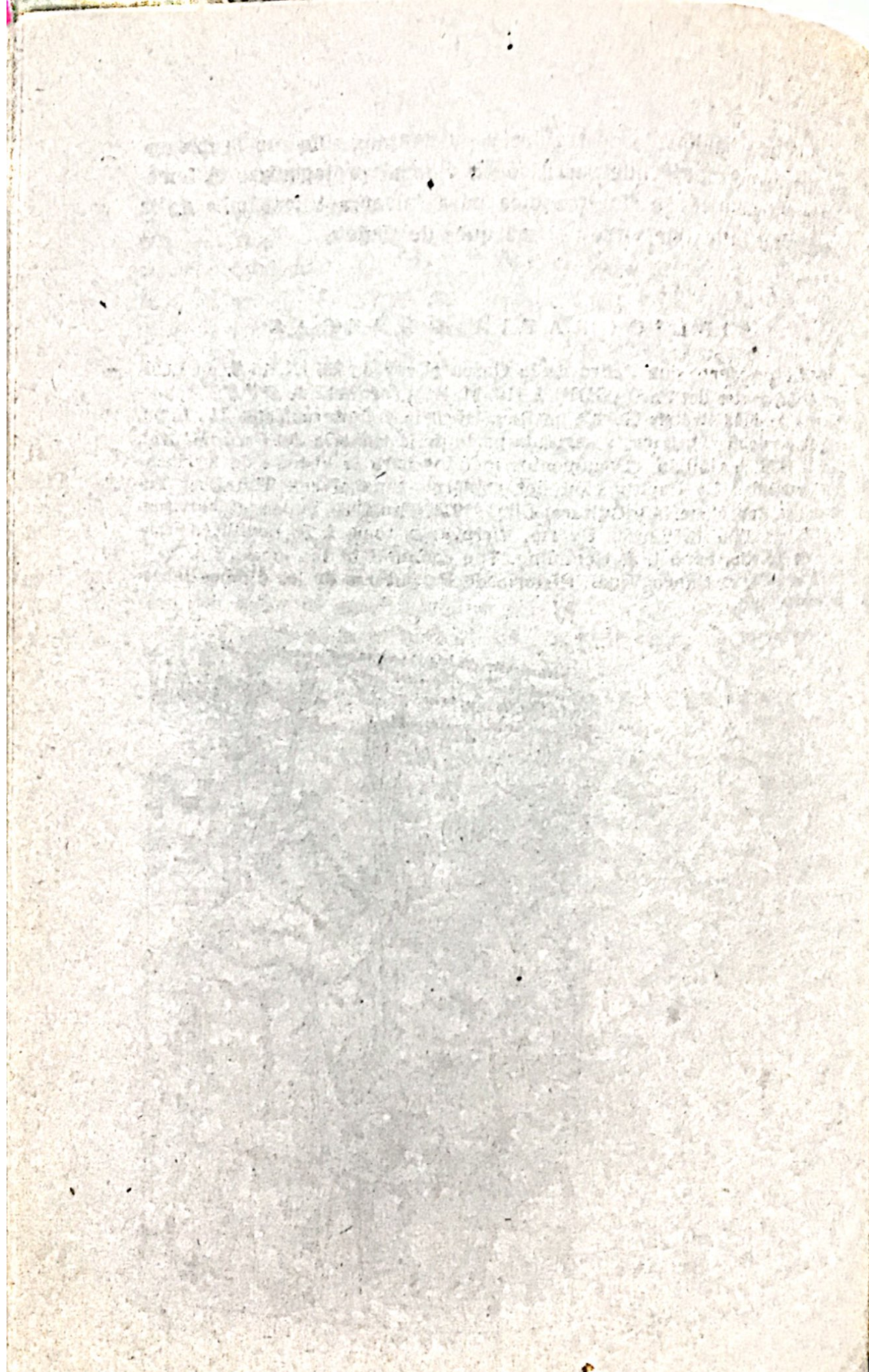
tigma de inca baldonado de traidor y pusilánime, sino con la imagen del egregio personaje que sacrificó su vida al protagonizar el temerario ardid político de fingirse inca para salvar a Vilcabamba de la amenaza del inflexible virrey el marqués de Cañete.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Carta del presidente don Pedro de la Gasca al rey de 25. IX, 1548; en Levi-llier, *Gobernantes del Perú (GDP) I*, 116. M. Rostworowski de D.C. "El repartimiento de doña Beatriz Goya", en *Rev. Historia y Cultura*. Tomo IV, Lima, 1970. D. Fernández, primera y segunda parte de la *Historia del Perú*; Madrid, 1963. E. Guillén Guillén, "Documentos inéditos para la historia de los incas de Vilcabamba: La Capitulación del gobierno español con Titu Cusi Yupanqui"; en *Rev. Historia y Cultura*; Lima, 1978. Titu Cusi Yupanqui, "Instrucción"; Lima, 1916. R. Vargas Ugarte, *Virreynato*, tomo I. R. Levillier, *Francisco de Toledo*; tomo I. J. Hemming, *The conquest of the incas*; cap. XIV, Londres, 1971. R. Cúneo Vidal, *Historia de las guerras de los últimos Incas*; Barcelona, 1923.



Prendimiento en Jauja
 del rebelde Francisco
 Hernández Girón. Dibujo
 de Poma de Ayala.



TITU CUSI YUPANQUI, EL DIPLOMATICO

Poco tiempo después de la infortunada muerte de Sayri Túpac, según se afirma envenenado por el cañari Francisco Chillche obsecuente servidor de los españoles, Titu Cusi Yupanqui, el mayor de los hermanos, apareció espectacularmente en 1562 en el escenario político como el nuevo inca de Vilcabamba, quien volviendo a los ímpetus belicosos de su padre atacó sorpresivamente las encomiendas vecinas a los ríos Urubamba y Apurímac, con el pretexto de librar a la gente de la dura explotación que sufrían y para recobrar lo que los españoles habían robado a los pueblos. El éxito de estas incursiones tuvo efectos importantes, alarmando a los enemigos y provocando la alegría general de los patriotas, que miraron en este inca la esperanza de seguir luchando por la reconquista del Perú.

El conde de Nieva, que gobernaba por entonces el virreinato, disimulando estas agresiones prefirió reiniciar las negociaciones diplomáticas con el joven inca, para buscar una solución pacífica que le permitiera liquidar a la enhiesta Vilcabamba; pero Titu Cusi Yupanqui, entendiendo las vacilaciones de este frívolo funcionario, no cesó en su empeño y contrariamente arreció más en sus incursiones para lograr mejores condiciones para un hipotético entendimiento. Muerto inesperadamente el virrey en febrero de 1564, el licenciado Lope García de Castro, que lo sustituyó en el gobierno, cambiando la actitud conciliadora de su antecesor suspendió las negociaciones con el inca y se propuso hacer la guerra a Vilcabamba. Titu Cusi Yupanqui, conociendo de estos aprestos bélicos, como parodiando las frases del monarca francés, pensando que Vilcabamba "bien valía una misa", a mo-

do de cuartada política escribió al gobernador Castro expresándole su deseo de hacerse cristiano, con tal persuasión que el funcionario español cayó fácilmente en el ardid, y, suspendiendo la ofensiva planeada, dispuso la reiniciación de las negociaciones diplomáticas con el inca. Fue así que para establecer las condiciones de una "paz perpetua" entre los incas y los españoles, en mayo de 1565 Diego de Rodríguez de Figueroa, venciendo las reticencias del inca y de sus capitanes que desconfiaban de su misión, llegó hasta el pueblo de Pampacona, donde se entrevistó con Titu Cusi Yupanqui, logrando que el 18 de junio de este año tratara personalmente con el oidor Juan de Matienzo las cláusulas del futuro acuerdo político. Es importante advertir que así como el inca tenía interés en ganar tiempo, también Matienzo quería sacarlo de Vilcabamba, para que el gobierno hispano hiciera lo que quisiese de él. Estos objetivos explican por sí la cordialidad de la entrevista y las mutuas concesiones que entre ambos se hicieron. Titu Cusi consiguió, de este modo, que se le reconociera como inca, que le dieran algunos miles de pesos para su atención real, que se autorizara el matrimonio de su hijo Quispe Titu con la hija de su hermano Sayri Túpac, la rica heredera de la encomienda de Yucay, que quedaran impunes los asaltos que había hecho, etc., todo ello a cambio de que aceptara en su tierra a un español con el título de corregidor y algunos frailes doctrineros para que predicasen en sus pueblos la fe cristiana.

Un año después, el 24 de agosto de 1566, en el valle de Acobamba, regado por un modesto afluente del río Apurímac, se firmó en los términos señalados la capitulación entre el Inca y los comisionados del gobierno español. Pero esta "paz perpetua" resultante del convenio quedó en el papel y fue letra muerta, porque después fue desconocida por la misma corte de Vilcabamba en 1571. El aparente éxito de Titu Cusi Yupanqui fue la perdición de Vilcabamba, pues si bien había conseguido por buen tiempo dilatar el final de esta capitulación, que debía ser aprobada por la corte española, sin sospecharlo abrió las puertas de su tierra para que entrasen los frailes misioneros y Diego Rodríguez de Figueroa, que fueron en realidad el caballo de Troya contra Vilcabamba, pues haciendo el papel de espías probaron con sus informes que era un mito la inexpugnabilidad de este famoso bastión de los incas y que sus únicas defensas estaban en sus

pocos hombres y en su aislamiento geográfico, protegido por una cordillera nevada y los caudalosos ríos Urubamba y Apurímac.

Los patriotas cusqueños, que habían sido contrarios a la capitulación de Acobamba, advertidos del peligro que se cernía sobre Vilcabamba escribieron al inca, diciéndole que rompiera con los españoles, porque sólo trataban de engañarlo. La coya María Cusi Huarccay, hermana y viuda de Sayri Túpac, y una de las más insignes conspiradoras, le mandó decir que no dejara aquella tierra donde había muerto su padre y que había gente dispuesta a ayudarlo con sus personas y sus armas; pero el inca, aparentemente sin atender estas demandas y pasando sobre el descontento de sus capitanes, siguió adelante con sus tratos, confiando sin duda en que el tiempo correría irremisiblemente contra los españoles.

Desgraciadamente, los años que siguieron a la capitulación de Acobamba resultaron contrarios a los cálculos políticos del inca y todo ocurrió al revés. El vigoroso movimiento organizado por los sacerdotes de las divinidades andinas, llamado comúnmente "Taqui y ongoy"—especie de guerra santa contra los españoles— y cuyo epicentro, al parecer, estaba en Vilcabamba, quedó neutralizado por la rápida acción de los estirpadores de idolatrías, y, posteriormente en 1567 fracasó a la vez la conspiración de los mestizos, disipándose la esperanza de una gran insurrección general para echar del Perú a los extranjeros.

La crisis que ya era latente en la corte de Vilcabamba, por los hechos expuestos, estalló de pronto con la llegada del virrey Toledo a fines de 1569, pues al conocerse que esta nueva autoridad real tenía claros prejuicios contra los incas y evidentes dudas sobre la validez de la capitulación de Acobamba, por cuanto Titu Cusi Yupanqui no era hijo legítimo de Manco Inca Yupanqui y por lo tanto no tenía facultad para suscribir acuerdos como inca. La presencia de Toledo en el Cusco en febrero de 1571 debió agudizar la crisis interna de Vilcabamba ante la dura alternativa de rendirse a las pretensiones del virrey o de enfrentarse resueltamente a su prepotencia. Es decir, no había más alternativa que un final del estado imperial inca, sin pena ni gloria, o la guerra definitiva contra los españoles en defensa de este último baluarte de la resistencia patriótica.

Nunca se sabrá cuál habría sido la decisión final de Titu Cusi Yupanqui ante este grave dilema, porque en el primer semestre de 1571,

después de un serio altercado con el fraile agustino Diego de Ortiz, cayó enfermo de pronto y murió dentro de las veinticuatro horas siguientes, con aparentes signos de envenenamiento. Unos testigos dicen que murió con la "boca y la lengua hinchada" y otros con "agudos dolores de costado" y "echando sangre por la boca". El hecho es que los capitanes del inca culparon de inmediato al fraile de haberlo envenenado, y sin mayor investigación lo entregaron a la multitud, que le dio muerte junto a su presunto cómplice Martín de Pando, quien traicionaba al inca, delatando a los patriotas que le escribían a Vilcabamba.

Sobre si el inca murió envenenado, o no, es difícil pronunciarse, pero no dejamos de reparar en esta presunción, sobre todo si se reflexiona las circunstancias políticas del momento y los planes belicistas del virrey Toledo; así como el fraile agustino y Pando pudieron haber sido fáciles instrumentos políticos, también pudieron ser chivos expiatorios de alguna conspiración interna contra Titu Cusi Yupanqui, urdida por los capitanes descontentos de la política pacifista y conciliatoria de este inca.

Los hechos posteriores insinúan esta última presunción, pues muerto Titu Cusi Yupanqui, la corte de Vilcabamba sin vacilación alguna reconoció a Túpac Amaro Inca como al nuevo monarca de este retazo del imperio, quien a su vez habría nombrado como gobernador y capitán general del ejército real de Vilcabamba a Hualpa Yupanqui y para otros cargos a Cori Páucar Yauyo y Colla Túpac, jefes que habían sido contrarios a la política del citado Titu Cusi Yupanqui. Es así como la política del reducto inca de Vilcabamba, cambió radicalmente, de un extremo a otro con el gobierno de Túpac Amaro Inca, quien en actitud que lo honra y perenniza en la historia universal, fiel a los objetivos de la guerra de reconquista, rompió con los españoles, desconoció la capitulación de Acobamba y cerró las fronteras de la tierra como clara respuesta al virrey Toledo, dándole a entender que Vilcabamba no se rendiría jamás y que lucharía con sus hombres hasta la muerte final.

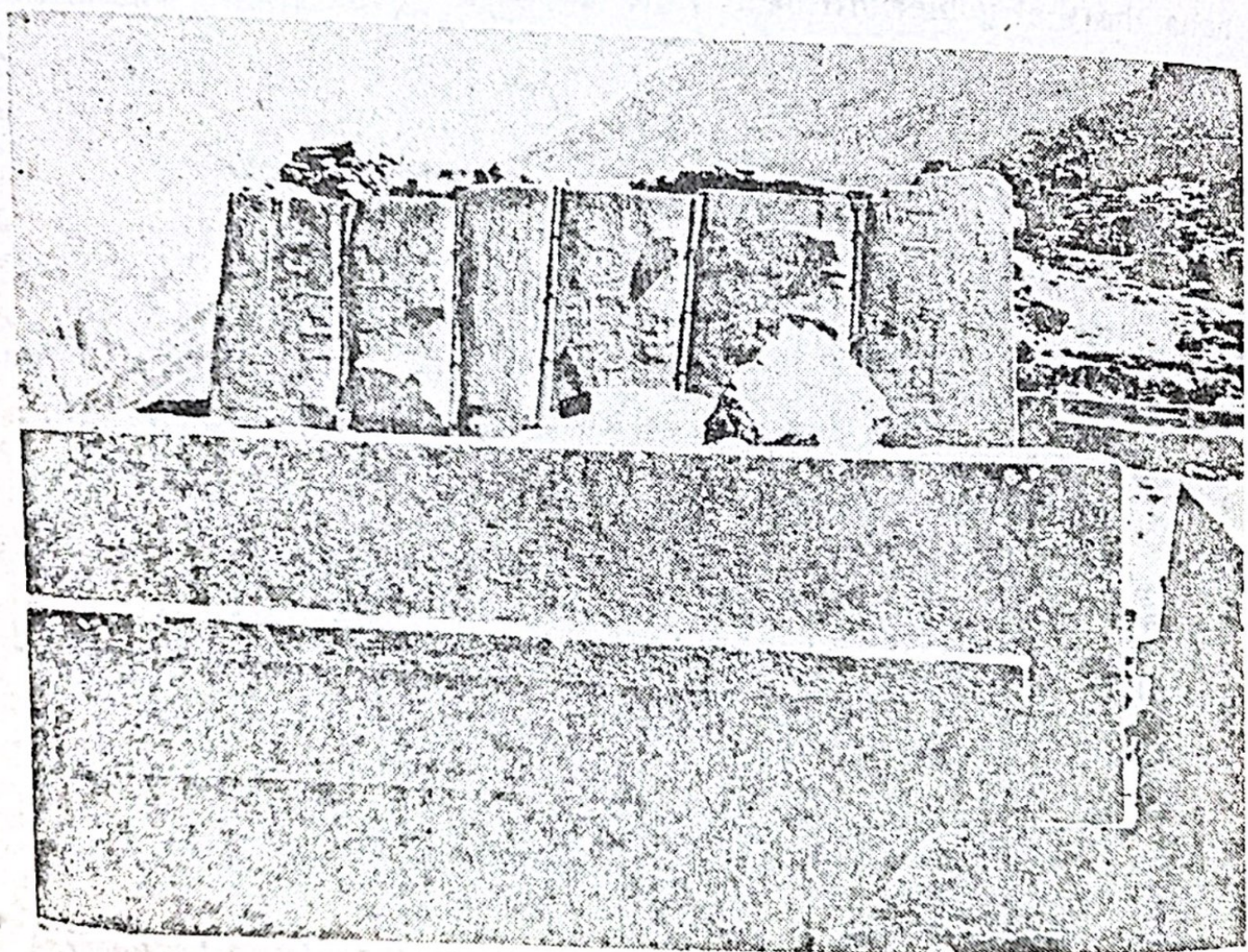
Esta decisión política explica porqué en agosto de 1571 fueron rechazados el licenciado Garcí de los Ríos y el fraile G. Oviedo, que intentaron inútilmente entrar en Vilcabamba por la frontera del río Apurímac, para entregar al inca los documentos confirmatorios de la capitulación de Acobamba y la bula dispensatoria para el matrimonio

de Quispe Tito con su prima la princesa Beatriz, hija del finado Sayri Túpac y como después la muerte de Tilano de Anaya en marzo de 1572, quien desafiando la orden del inca, temeraria y provocativamente, cruzó el puente de Chuquichaca.

Los hechos expuestos y la altiva conducta de Túpac Amaro Inca, pusieron término a las relaciones diplomáticas entre la corte de Vilcabamba y el gobierno español, quedando así abierto el camino de la guerra.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- (1) Se deduce esta fecha de la versión de M. Murúa (Historia general del Perú, tomo I, 241, 267; de la Relación del fraile G. de Oviedo (RH, tomo II-1 Lima, 1907) y la carta al rey de fray Juan de Vivero, fechada en La Plata, 24.XI.1572, publicada por E. Lisson, La iglesia de España en el Perú; tomo XI, 654. Titu Cusi Yupanqui, Instrucción, Lima, 1916. J. de Matienzo, Gobierno del Perú; cap. XVIII, Lima, 1967. D. Rodríguez de Figueroa, Relación del camino e viaje desde la ciudad del Cusco a la tierra de guerra de Mango Inga; publicada por R. Pietschmann en Akademie der Wissenschaften, Göttingen, K. Jahre, 1910, Berlín 1910. M. de Murúa, Historia general del Perú; cap. LXXV, Madrid, 1962. Fray A. de la Calancha, libro IV, caps. IV y ss., Barcelona; 1639. J. Hemming, The conquest of the incas, Londo, 1971. G. Lohmann, El inca Titu Cusi Yupanqui y su entrevista con el oidor Matienzo, RMP. Vol. XXIII, Nº 116, Lima, 1941. R. Vargas Ugarte, Historia del Perú, Virreynato (1551-1600), Lima, 1949. E. Dumbar Temple, "Notas sobre el virrey Toledo y los incas de Vilcabamba", Documenta, II-I, p. 614 ss. Lima, 1949/50. R. Porras, Cronistas del Perú, "Titu Cusi Yupanqui", p. 437. Lima, 1962. E. Guillén Guillén, "Documentos inéditos para la historia de los incas de Vilcabamba", RHC. Nº 10 Lima, 1978. N. Wachtel, La visión des vaincus, 1971. P. Duviols, Lutte contre les religions autochtones dans le Perou colonial, Lima-París. 1971. R. Cunco Vidal, Historia de las guerras de los últimos incas; Barcelona, 1925.



Cantería ciclópea de la ciudad Inca de Ollantaytambo. Su construcción tuvo lugar entre los siglos XIV y finales del XV. La conquista española sorprendió a los arquitectos y canteros incaicos en plena construcción de estos monumentos arquitectónicos del Cusco y alrededores.

FINAL DEL ESTADO IMPERIAL INCA (Noviembre de 1572)

TERCERA CAMPAÑA CONTRA VILCABAMBA

Las evidencias históricas que hemos expuesto confirman la tesis que habíamos sostenido al comienzo de que el estado imperial inca no cayó desbaratado por aquel puñado de extranjeros en el tambo de Cajamarca el día 20 de noviembre del año de 1532, sino después de una larga e intensa lucha militar y diplomática en el año de 1572, como nefasto resultado de las pugnas intestinas más que por la supremacía bélica de los europeos. Para apreciar aunque sumariamente la historia de cómo los incas defendieron Vilcabamba, último retazo de nuestro último imperio, reseñaremos a continuación algunos de los muchos episodios de esta famosa gesta heroica de los incas, para que los lectores aprecien el trágico final del imperio del Tawantinsuyo, el más vasto e importante de la América andina.]

DE LOS PREPARATIVOS BELICOS

Túpac Amaro Inca al conocer que el virrey Toledo había proclamado la "guerra a sangre y fuego" contra Vilcabamba, tomando como pretexto la muerte del español Atilano de Anaya, dispuso de inmediato que los capitanes Aucaylli y Quispe Yupanqui fuesen a defender el paso del río Urubamba y evitar que se reconstruyera el puente de Chuquichaca y que después se fortificase el valle de Vitcos, actualmente llamado Vilcabamba, como el de Pampacona hasta el barruarte de Huayna Pucara, donde el inca esperaba no solamente desbaratar a los enemigos sino contenerlos, como lo hicieron en 1539 Manco Inca Yupanqui en Hatun o Machu Pucara, contra las huestes de Gonzalo Pizarro y de su hermano Paullu Inca.

Mientras los incas preparaban sus defensas, el virrey Toledo aprovechando la muerte circunstancial de su mensajero Anaya, que imprudentemente había cruzado el puente de Chuquichaca, declaró al inca la guerra a "sangre y fuego" y organizó de inmediato el mejor ejército de su tiempo, con españoles y fuerzas colaboracionistas experimentadas en campañas de selva, asesorado con aquellos viejos soldados que habían peleado contra Manco Inca Yupanqui en 1539. Igualmente siguiendo la política de sus predecesores, la de estimular la rivalidad entre los linajes o panacas incas y de estos con los señores o curacas regionales, organizó a la vez un contingente numeroso de cusqueños y cañares, poniéndoles respectivamente como jefes a los generales Francisco Cayo Túpac y Francisco Chillche.

Completando estas medidas bélicas y para asegurar el frente interno, Toledo obligó a los mestizos de linaje inca a unirse a la campaña contra Vilcabamba, y, por otra, ordenó el apresamiento de los patriotas más connotados de la ciudad, denunciándolos de conspirar contra el rey, ordenando su procesamiento por el delito de lesa majestatis. El virrey considerando además que la guerra no estaría concluida sin el apresamiento del inca, ofreció solemnemente y mediante subasta dar en matrimonio a la rica hija de Sayri Túpac, la princesa Beatriz, entonces casi niña, al soldado o jefe que prendiese a Túpac Amaro Inca.

Después de estos preparativos bélicos, el virrey Toledo para asegurarse la victoria total sobre Vilcabamba y para que el inca no escapara, ordenó el ataque por tres partes: por el puente de Osambre envió a su pariente el capitán Luis de Toledo Pimentel; por el puente de Lacco, en los bajíos de Curampa, al capitán Gaspar de Sotelo y por el famoso puente de Chuquichaca con el grueso del ejército enemigo al capitán general Martín Hurtado de Arbieta con su maestro de campo, del gobernador de Nueva Andalucía Juan Álvarez de Maldonado, con la consigna que estos tres ejércitos debían reunirse en el pueblo de Pampacona en los primeros días del mes de junio de este año de 1572.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

"Probanzas de los servicios del capitán Martín Oñaz García de Loyola y del gobernador de Nueva Andalucía, Juan Alvarez de Maldonado", publicadas por V. Maúrtua, en Juicio de límites entre el Perú y Bolivia (JLPB), tomo VII y VI, Barcelona-Madrid, 1906. M. de Murúa, Historia general del Perú, tomo I, cap. LXXIX, Madrid, 1962. A. B. Salazar, Libro de descripción del Perú. CDI, tomo VIII. Madrid, 1867. B. Ocampo, Descripción y sucesos históricos de la provincia de Vilcabamba, JLPB, tomo VII, Barcelona-Madrid, 1906. Hemming, The conquest of the incas, London, 1971.

INVASION DE VILCABAMBA

El ejército aliado, al mando del capitán general Martín Hurtado de Arbieta, irrumpió en el territorio inca de Vilcabamba, a fines de mayo de este año de 1572, cruzando el puente de Chuquichaca. En esta campaña, como en las otras que hemos reseñado, también el poder de las armas europeas y el número de sus aliados, tuvieron al final una acción decisoria en la suerte de la lucha y se impusieron al heroísmo de los incas, a pesar de que estos defendieron palmo a palmo su territorio, con tal coraje que hidalgamente los contrarios afirmaron después que nunca antes como entonces habían visto pelear a los incas, con tanto valor como lo hicieron en esta guerra.

Iniciada la invasión los capitanes Aucaylli y Quispe Yupanqui, que trataron de contener valerosa pero inútilmente el paso del poderoso ejército enemigo bien armado y con mayores efectivos, se vieron en la dura necesidad de replegarse al fuerte de Cóndor Marca, y de allí nuevamente obligados a retirarse parapetándose en el paso de Chuquillusca o Chuquillusca, donde Gonzalo Pizarro en 1539 había sido desbaratado, pero advertidos por los soldados que habían sufrido la derrota de 1539, lograron rebasar este lugar estratégico ante el desconcierto de los patriotas. En un nuevo esfuerzo, el ejército inca intentó todavía contenerlos en las quebradas de Quinua Raqay y Tarqui Mayo, pero vencidos una vez más fueron a atrincherarse en el accidentado paso de Cuyao Chaca algunas leguas más adelante, donde esperaban sorprender a los españoles y sus aliados, dejando en el camino y entre la tupida arboleda senderos con trampas con puntas de palma envenenadas y lazos de bejucos.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

"Probanzas de servicios del maestro de campo Juan Alvarez de Maldonado y del capitán Martín Oñaz García de Loyola; publicados por V. Maúrtua en JLPB, tomos VI y VII. Barcelona-Madrid, 1906. "Probanzas de servicios de F. Valenzuela, Pedro de Camargo, F. Pérez de Fonseca y otros", publicados por V. Maúrtua; Ibidem, tomo VII, Barcelona-Madrid, 1906. A. B. Salazar, Libro de descripción del Perú. CDI, tomo VIII. págs. 271 ss. Madrid, 1867. B. Ocampo, Descripción y sucesos. En JLPB, tomo VII, p. 319. Barcelona-Madrid, 1906. M. Murúa, Historia general del Perú. I, 248. J. Hemming, The conquest of the incas, London, 1971; R. Vargas Ugarte, Historia general del Perú, tomos I y II; editada por Carlos Milla Batres, Barcelona, 1966/71. Virreynato, Lima, 1950.

LA BATALLA DE CUYAOCHACA

Pocos días después se libró en este lugar la batalla más sangrienta y reñida de toda la campaña. Fue tan dura que casi todos los testigos presenciales la recuerdan con admiración y dan detalles patéticos del ataque y el valor de los incas, de quienes dicen que estaban tan enloquecidos de furor que con los pechos descubiertos se lanzaban contra el fuego de los arcabuces y la saeta de las ballestas. Hay el relato de cómo un capitán Hualpa, en acto suicida, abrazándose del capitán español Martínez García de Loyola intentó rodar con él hasta el fondo de los abismos.

Para que el lector tenga una idea aproximada del rigor de esta batalla, transcribimos textualmente la versión presencial del soldado Esteban Rivera, que reseñando este suceso dice:

"El segundo día de Pascua de Espíritu Santo yendo el dicho capitán (Martín García de Loyola) de avanguardia con los dichos soldados de su compañía habiendo andado dos leguas por el más áspero y fragoso camino que hasta allí se hubiera ido por ser tierra y camino y montaña muy áspera y cerrada y haber en ella muchas ligas y pasos quebrados donde tuvieron entendido que los dichos indios habían de acometer como lo hicieron por ser la dicha tierra tal como dicho tiene por ser jornada postrera que de montaña había hasta entrar en el valle de Vitcos donde los dichos enemigos tenían sus comidas los dichos indios acometieron al dicho capitán y le dieron una guazabara por tres partes, tomando en medio toda la compañía el dicho capitán sin le

dejar descansar dándoles batería por la parte de arriba con lanzas y piedras y por la parte de abajo con flechas lo cual los dichos indios hicieron con tanto ánimo y determinación y pelearon con tanta furia e ímpetu que fue muy necesaria la resistencia y buena solicitud que el dicho capitán puso en la guazabara y refriega proveyendo por unas partes y otras donde veía que era menester que fuese causa que los dichos indios se retirasen a cabo de una hora que duró la guazabara donde mataron de los dichos indios de los más principales de los que entre ellos había en quien los dichos indios tenían puesta su confianza... y vio tratar este testigo acabada la dicha guazabara a personas que han andado en las guerras de Chile y en otras guerras de indios que jamás habían visto acometer a indios con tanto ánimo e ímpetu como el con que acometieron los dichos indios...'

En esta batalla, patéticamente descrita no sólo por este testigo, otras crónicas y relaciones, murieron los capitanes Maras Inca y el jefe de los cayambes el capitán Parinango; el general Colla Túpac con los capitanes Cori Páucar Yauyo y Páucar Unya. Este nuevo desastre obligó a los patriotas incas a tomar la amarga determinación de retirarse por Lucma, Rayangalla o Layangalla y Vitcos, hasta llegar a los páramos de Pampacona y se parapetaron después a lo largo del accidentado valle de Vilcabamba, ahora llamado de Pampacona.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Testimonios presenciales de P. Sarmiento de Gamboa y Pedro Xuarez (Probanza de J. Alavárez de Maldonado, JLPB, tomo VI). E. de Rivera, F. de Mendoza y D. de Barrantes (Probanza del capitán M. García de Loyola, JLPB, tomo VII). M. de Murúa, Historia general del Perú; tomo I, 250. B. Ocampo, Descripción y sucesos; en JLPB, tomo VII, 319. A. B. Salazar, Libro de descripción del Perú, CDI, tomo VIII, Madrid. 1867.

OCUPACION DE PAMPACONA

Entre tanto, los enemigos después de salir dificultosamente de la espesura de la montaña de Cayaochaca, entraron en la parte serrana del valle de Vitcos y con gran alegría hallaron buena cantidad de alimentos, ganado de castilla e incluso chacras de maíz a punto de cosechar, que por la rápida retirada de los incas no habían sido quemadas o destruidas.

Los españoles y sus aliados siguiendo el camino de Urcoscalla, luego de cruzar el abra de Qollpaqasa y cruzando el río Challcha; los primeros días del mes de junio llegaron triunfalmente a las planicies de Pampacona y acamparon en el viejo pueblo de la localidad, donde años antes de 1565 Titu Cusi Yupanqui había recibido a Diego Rodríguez de Figueroa para sentar las bases de lo que más tarde fue la capitulación de Acobamba. En este pueblo los contrarios permanecieron de once a trece días, según varios testimonios durante los cuales se reformó a la gente y curó a los heridos, hasta que llegaron después las expediciones que habían entrado a Vilcabamba por los puentes de Osambre y Lacco. Todos juntos, luego de largas discusiones sobre el mejor camino para marchar sobre la ciudad de Vilcabamba, acordaron tomar el "camino de los fuertes", que aunque era el más peligroso, resultaba el más corto y directo para llegar a la ansiada capital del reducto inca y además como un franco desafío al valeroso ejército patriota, dispuesto a defender cada paso del valle.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

"Razón que su excelencia ha tenido del campo de su magestad de la provincia de Vilcabamba"; publicado íntegramente por E. Guillén Guillén en la "Rev. Cientia et praxis"; Universidad de Lima. N° 12, Lima, 1977. "Probanzas de servicios de Martín García de Loyola y de J. Alvarez de Maldonado", publicadas por V. Maúrtua en JLPB, tomos VI y VII. Barcelona-Madrid, 1906. M. de Murúa, Historia general del Perú; tomo I, cap. LXXIX, págs. 249, 252. A. de la Calancha, Crónica moralizadora, libro IV, cap. IV y ss., Barcelona, 1639.

TOMA DE HUAYNA PUCARA: EL ULTIMO BALUARTE INCA

La expedición enemiga partió del pueblo de Pampacona, rumbo a la ciudad de Vilcabamba, el 16 de junio de este año de 1572, llevando provisiones para diez días, seguros de que la lucha sería porfiada y difícil a lo largo de las quebradas del valle. En efecto, durante cinco días de lucha contra las legiones incas y salvando peligrosas celadas entre los despeñaderos y la tupida arboleda, no pudieron avanzar de seis o siete leguas en el término de cinco días consecutivos.

El mismo día 16 de junio, según el testimonio presencial del capitán Pedro Sarmiento de Gamboa —el famoso autor de la *Historia Indica*— los expedicionarios, ante la resistencia patriota, tuvieron que acampar en el paraje de Hututo, a la vera del actual río Pampacona. De este lugar, donde ahorcaron a Canchari el soldado inca que fue apresado cuando intentaba huir al campo peruano, prosiguieron dificultosamente hasta el asiento de Anonay —actual Ayonay— donde se libró otro de los más crudos encuentros entre los barrancos y la densa vegetación de la localidad. Después de estas encarnizadas guazaras refiere el cronista Murúa que los españoles y sus aliados llegaron al asiento de Pantipampa, cercano a Huayna Pucara, probablemente el 20 de este mismo mes de junio, desde donde vieron sin duda el definido perfil en media luna del cerro donde estaba Huayna Pucara, la fortaleza joven, que desde diez años atrás había empezado a construirse para defender la ciudad de Vilcabamba y apoyar a la de Machu Pucara, la fortaleza vieja. Esta joven fortaleza construida en la cima del cerro, a manera de media luna, según varios testigos presenciales era “cosa inexpugnable”, el “fuerte más fuerte que jamás habían visto y entendido”, e “imposible” de pasar adelante sin

ser muerto antes. En realidad este paso, donde el valle de Pampacona se estrecha formando un cañón natural, intentar cruzarlo sigue siendo tan peligroso como antes.

Huayna Pucara, por cuyos bajíos pasaba el estrecho "camino real" de los incas, a la vera del río Vilcabamba el actual Pampacona, era el lugar que los patriotas habían escogido para contener el avance enemigo y de ser posible para acabar con ellos. Toda la esperanza de Túpac Amaro Inca, estaba pues, cifrada en este fuerte y en el éxito de la celada que habían tendido a los contrarios.

Según la "Razón", o parte de guerra, enviada al virrey Toledo, los incas antes de llegar a este fuerte:

"Tenían fortificados... tres cuartos de legua en unos pasos estrechos con muchas galgas, y al cabo de un cuchillar tenían hecho el fuerte de una pared de doscientos pasos de largo y dos de ancho almenados para defenderse de la arcabucería y con cuatro cubos y gran cantidad de pedrería para echar a mano sobre el camino que vertía a la ribera y antes de un tiro de arcabuz les tenían puestas muchas puntas de palmas untadas con hierba y una puerta estrecha sola por donde podía entrar un hombre solo al dicho fuerte".

Según este mismo documento, el ataque a Huayna Pucara se inició muy temprano el día sábado 31 de junio del año en mención, cuya reseña textual es como sigue:

"El sábado, desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde, tomaron el alto de la montaña de encima del fuerte, el maestro de campo Juan Alvarez de Maldonado y el capitán Loyola con la gente que llevaban a su cargo, con cincuenta arcabuceros y veinticinco rodeleros para el seguro de la arcabucería, y cincuenta cañares y otro tanto de las parcialidades; y habiendo subido a las cuatro de la tarde encima del fuerte, y marchando Martín Hurtado de Arbieta por lo bajo con el artillería y la demás gente, en comenzando a jugar la artillería, y viéndose tomados los altos desampararon el fuerte Colla Túpac su general, Callpiña y Sutic, sus capitanes, a quien había dejado con la gente de guerra en aquel fuerte".

Según distintos testimonios, el éxito de la sorpresa enemiga para capturar Huayna Pucara, se debió a la traición del capitán Poma Inca, que había caído preso o se pasó a los contrarios en la huasabar de Anonay, quien avisó al capitán general Arbieta los detalles de la celada que les tenía preparada el Inca. Según este infortunado infidente la celada patriota consistía en que cuando los españoles pasasen por el estrecho camino que iba por debajo de la fortaleza, soltaría la inmensa cantidad de piedras que rápidamente arrollaría al ejército enemigo y los que entonces se salvaran de la avalancha, serían muertos por los felchos embizados en la vegetación y los que intentaran huir caerían irremediabilmente en el río donde morirían ahogados.

Estos testimonios, y muchos que existen en términos y detalles más o menos parecidos, prueban que Huayna Pucara fue el último baluarte de la defensa inca y que se perdió por la traición de uno de los suyos, que hizo variar el destino de la resistencia de los incas. Lo que debió haber sido un gran triunfo, se trocó en dramática derrota para los incas, que una vez más fueron víctimas de la fatalidad y de los imponderables de la guerra.

Después de la toma de Huayna Pucara por los enemigos, los hechos se precipitaron. El 22 de junio ocuparon la casi indefensa Machu Pucara, donde en 1539 Manco Inca Yupanqui había luchado y contenido a los españoles y al ejército de su hermano Paullu, el día 23 después de breves escaramuzas tomaron igualmente el pueblo de Marcanay, a dos leguas de Vilcabamba, donde descansaron los contrarios, para entrar al día siguiente en la última capital de los incas.

Entre tanto, Túpac Amaro Inca conociendo el desastre de Huayna Pucara y el rápido avance de los enemigos, siendo ya imposible defender la ciudad, donde los incas habían luchado tantos años, tomó la decisión de incendiar los palacios y destruir los depósitos de víveres, partiendo luego en azarosa aventura al interior de la selva, camino a la tierra de los Manaries. Según distintas versiones, el inca para cubrir su retirada dispuso a la vez que su gente se dispersara en torno de la comarca de Vilcabamba, para despistar a los enemigos que intentaran su inmediata persecución. El capitán Callpiña o Callupiña, partió con el tierno hijo de Túpac Amaro Inca rumbo a los Manaries por el camino de Pampacona, sus hermanos Túpac Hualpa y Cápac Yupanqui con la familia real al pueblo cercano de los Panquies o Pan-

quisas; el general Colla Túpac con el príncipe Quispe Tito a las montañas de Hututo, y, el inca con una pequeña escolta al mando de Hualpa Yupanqui y su esposa, en avanzados meses de gravidez, que en esta desgracia no quiso separarse de él, caminó también a los Manaries, para establecerse y continuar luego la guerra de reconquista.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

"Probanzas de J. Alvarez de Maldonado y Martín de Loyola", publicadas por V. Maúrtua en JLPB, tomos VI y VII, Barcelona-Madrid, 1906. M. de Murúa, Historia general del Perú; tomo I, cap. LXXXI, Madrid, 1962. "Razón que su excelencia ha tenido", publicada por E. Guillén Guillén R. en Cientia et Praxis". N° 12 de la U. de Lima. R. Vargas Ugarte, Virreynato (1551-1600), tomo I, cap. XII. Lima, 1949.

OCUPACION DE LA CIUDAD IMPERIAL DE VILCABAMBA

Esta famosa ciudad fue ocupada por los españoles y sus aliados en la mañana del día 24 de junio de este año de 1572. Cuando entraron triunfalmente se dieron con la sorpresa de que era sólo el espectro de su grandeza pasada. Había sido evacuada un día antes, las "casas de los incas" estaban quemadas, los depósitos de víveres destruidos, sus templos y adoratorios con sus cuatrocientas residencias totalmente abandonadas.]

En este mismo día, en solemne ceremonia, el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa que era alférez general del ejército español, tomó posesión diciendo en alta voz: "¡Vilcabamba! por don Felipe rey de Castilla y León", plantó la bandera española en la plaza de esta ciudad y luego de hacer salvas de artillería se dijo misa "en el dicho pueblo" y quedó legalizada la ocupación de esta última capital de los incas.

Es así como la ciudad de Vilcabamba, símbolo del valor y gallardía de los incas, cayó sojuzgada después de sangrienta lucha, pues podría afirmarse sin caer en la exageración que del puente de Chuquichaca al fuerte de Marcanay, toda la campaña fue en realidad una sola batalla, donde los incas pese a su heroísmo no pudieron contener la violenta acción de los españoles y sus aliados.

Esta gran ciudad, llamada por Calancha la "Universidad de la idolatría", construida al modo y traza de la ciudad del Cusco, según la relación de Murúa quedó convertida en una guarnición de frontera para la conquista de los pueblos comarcanos, hasta que perdió su prestantia anterior y en el curso de los siglos fue cubierta por la densa vegetación y se perdió hasta la memoria de su ubicación, quedando

de ella nada más que su fama gloriosa y en el recuerdo popular como "Vilcabamba la Grande", o "Vilcabamba la Vieja", con relación al modesto pueblo español del mismo nombre, fundado el 4 de setiembre de 1572, para disputarle su pasada grandeza y prestigio.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

"Razón que su excelencia ha tenido del campo de su magestad de la provincia de Vilcabamba", publicada íntegramente por E. Guillén Guillén. R. U. de Lima, "Cientia et Praxis" (RCP), N° 12. M. Murúa, Historia general del Perú; tomo I, cap. LXXXII. Madrid, 1962. A. de la Calancha, Coronica moralizadora, libro IV, cap. III, Barcelona, 1639. E. Guillén Guillén, Identificación histórica de la ciudad de Vilcabamba. R. U. CP. N° 12. Lima, 1977.

LA PERSECUCION Y PRENDIMIENTO DE TUPA AMARO INCA, SUS FAMILIARES Y CAPITANES

El testimonio de quienes intervinieron en la persecución y apresamiento del inca, prueba que Túpac Amaro cayó en poder de los españoles, después de una dramática odisea. En su relación Garcilaso de la Vega imaginó que el Inca se había entregado por temor a la selva y confiando en la clemencia de estos, lo cual es contrario a la verdad. Como se verá después, la retirada del inca está llena de incidencias a lo largo de su recorrido por los caminos de la selva.

Entretanto, el general Martín Hurtado de Arbieta, sabiendo que la guerra no estaba acabada mientras Túpac Amaro Inca estuviera libre, dispuso su inmediata persecución para cuya empresa los capitanes más animosos se disputaron este privilegio, ilusionados con la promesa de contraer matrimonio con la princesa Beatriz, la rica heredera de Sayri Túpac. La búsqueda del inca y de sus familiares fue intensa y dramática. Los capitanes enemigos ávidos de gloria y riquezas, con la desleal cooperación de los habitantes de la comarca, durante el mes de julio, dieron sucesivamente con los fugitivos. El príncipe Quispe Tito, fue apresado en las montañas de Hututo; el hijo del inca con el capitán Callupíña a cuarenta leguas de Pampacona, en el valle de Concharco, tierra de los Manaries; los capitanes Colla Túpac, Páucar Unya, Huamán con otros, a diez leguas de Vilcabamba en el valle de Mapaguay; los hermanos del inca, a seis leguas de la ciudad en el pueblo de Panquises en la tierra de Zapacatí o Sapacatín. En este último prendimiento, refiere Murúa, el capitán Loyola tomó a los cautivos un botín de ropa fina y antigua, joyas y servicios de oro, que llegaron al millón de pesos. Finalmente el capitán Cori

Páucar Yauyo fue apresado por la gente de Loyola en las comarcas del pueblo de Panquises.

Mientras tanto, Túpac Amaro Inca, que hábilmente había logrado despistar a los enemigos, prosiguió su retirada a los confines de la provincia de los Manaries, rumbo a los Pilcosuni, en busca de un lugar seguro donde establecerse y organizar su cuartel general para proseguir la guerra de reconquista.

Por su parte el capitán Loyola, en compañía de los príncipes mestizos, que había recibido la orden de perseguir al inca, emprendió su persecución hasta darle alcance y prenderlo. Según algunas versiones, Loyola se embarcó en un río siguiendo el valle de Mapaguay y después de muchos días de accidentada navegación llegó al desembarcadero del río Picha, cercano al pueblo de Momori y por los espías que capturó supo que el inca estaba cerca de este pueblo.

Túpac Amaro Inca al saber que el capitán Usca Mayta, que cubría su retirada, había sido capturado por las tropas del virrey y que estas continuaban en su busca al pueblo de Momori, dispuso que Ispaca, el curaca de este pueblo, saliese contra los enemigos para defender el paso del río, anterior al indicado pueblo de Momori. Desgraciadamente, Ispaca por causas que serán difíciles de establecer, en actitud desleal, se pasó a los contrarios y fue así como el capitán Loyola con tal ayuda pudo sorprender al capitán general Hualpa Yupanqui, que estaba guarecido en la espesura del monte cerca del pueblo mencionado. El inca sin sospechar la traición del curaca, tres días después cuando ya estaba a punto de embarcarse, fue apresado en la noche por el temerario capitán Martín García de Loyola a orillas del río Taupa, tres leguas del desembarcadero del río Picha.

El testimonio personal del capitán Loyola, y de otros testigos presenciales que lo acompañaron en esta increíble aventura, refiere que si no hubiera mediado el curaca manarie, el inca nunca habría podido ser apresado en la inmensidad de la selva.

Túpac Amaro Inca, junto con su esposa y sus capitanes, fueron llevados a Vilcabamba, donde los enemigos lo recibieron en triunfal algarabía. Tal vez a fines de agosto de 1572, el inca dio su último adiós a su querida Vilcabamba, convertida en tumba imperial y lámpara votiva donde ardería la llama imperecedera de la nacionalidad, y emprendió el accidentado camino al Cusco y vio en su recorrido cómo los españoles para borrar la memoria de la última capital de los in-

cas, fundaron en la explanada de Hoyara, en el valle de Vitcos, el 4 de setiembre de este año, un pueblo con el pomposo nombre de San Francisco de la Victoria de Vilcabamba, para conmemorar la toma de la ciudad inca de Vilcabamba, donde se habían consumado históricamente la caída del imperio incaico y la conquista del Perú.

El 21 de setiembre entró el inca en el Cusco, ante la mirada compungida de su pueblo, pero con la gallarda altivez del hombre que ha cumplido gloriosamente su misión histórica; lo seguían la coya con sus hijos, sus hermanos y demás familiares, después sus capitanes con semblantes taciturnos; cerraba el cortejo la caravana que conducía el cuantioso botín tomado al inca y luego los macabros trofeos de los cuerpos momificados de Manco Inca Yupanqui y Titu Cusi Yupanqui, además como máxima presea, el ídolo Punchao de los incas.

Algunas relaciones describen con admiración la altivez del inca, pues cuando el capitán Loyola lo traía asido del cuello con una cadena de oro, le pidió que quitándose la borla o mascapaycha saludara al virrey Toledo, se negó a hacerlo, diciendo desdeñosamente que él no saludaba a un yanacuna del rey.

B I B L I O G R A F I A G E N E R A L

"Testimonio presencial del capitán M. García de Loyola", en JLPB, tomo VII. De los testigos: D. de Barrantes, E. de Rivera y F. de Mendoza declarantes en la probanza del capitán M. García de Loyola. Ibidem. Versión de P. Sarmiento de Gamboa en la probanza de J. Alvarez de Maldonado. Ibidem, tomo VI, Barcelona-Madrid, 1906. M. de Murúa, Historia general del Perú, tomo I, cap. LXXXII. Lima, 1962. B. Ocampo, Descripción y sucesos, en JLPB, tomo VII.

LA DECAPITACION DE TUPA AMARO INCA

Encerrado el inca en el antiguo palacio de Collcampata, que había sido casa del traidor Paullu, sometido a un sumario juicio político, fue condenado a morir decapitado en la plaza del Cusco. Esta sentencia debió cumplirse tal vez el día 22 ó 23 de setiembre de 1572, según se desprende de la carta escrita por el virrey Toledo al rey el 24 del mismo mes, en la que le comunica lacónicamente: "Lo que vuestra magestad manda acerca del inca, se ha hecho", términos que explican, al margen de las especulaciones de si la sentencia fue excesiva o injusta, que la decapitación de Túpac Amaro Inca, significaba para el gobierno español el final no sólo del estado imperial inca, sino también del primer intento de reconquista del Perú.

La ceremonia de la ejecución del inca, que debió ocurrir antes del 24 de setiembre, se hizo con extraña solemnidad, con el boato de una tragedia griega al aire libre, donde el destino consume al hombre. Dicen los testigos presenciales que había tanta gente en la plaza y que estaba tan apretujada que si alguien hubiera tirado una naranja a la multitud, esta no habría podido caer al suelo, metáfora expresiva que da clara idea de aquel gentío que unidos por el dolor se juntaron en la gran plaza del Cusco para ver por primera y última vez a su joven e infortunado inca.

Garcilaso de la Vega refiere que cuando el inca ya estaba en el cadalso, viendo conmovido la fidelidad y devoción de su pueblo, para apaciguar el llanto sobrecogedor de esta inmensa multitud, con solemnidad alzó el brazo derecho, la mano abierta la llevó al oído y luego bajó lentamente el brazo "hasta ponerlo en el muslo derecho"; con este símbolo cabalístico de inmediato "la grita y el vocerío" cesó

y se produjo tanto "silencio que parecía no haber ánima nacida en toda la ciudad". Si en esta oportunidad Túpac Amaro Inca habló o no las versiones no concuerdan. La verdad es que en medio de esta inmensa calma el verdugo cañari cortó la regia cabeza de nuestro último inca, cuya serena altivez y gallardía, se hizo leyenda en el alma popular. El inca fue bautizado con el nombre de Felipe, murió a la edad aproximada de 28 años.

El cronista Murúa, compendiando tan triste suceso, dice con frases conmovidas:

"Fue cosa notable, y de admiración, lo que refieren: que como la multitud de indios que en la plaza estaban, toda la enchían, viendo aquél espectáculo triste y lamentable, que había de morir allí su Inga y señor, atronasen los cielos y los hiciesen retumbar con gritos y vocería, y los parientes, que cerca estaban, con lágrimas y sollozos celebrasen aquella triste tragedia, lo que en el tablado estaba a la ejecución mandase callar aquella gente a lo cual el pobre Túpac Amaro Inca alzando la mano dio una palmada con la cual toda la gente calló y se sosegó, que parecía que no había en la plaza alma viviente, y no se oyó más llanto ni voz ninguna, que fue indicio y señal manifiesta de la obediencia... a sus ingas y señores. Pues aquel que jamás los más habían visto, pues siempre se estuviere en Vilcabamba, retirado desde niño, a una palmada reprimieron los llantos y lágrimas salidas del corazón, que tan dificultosos son de ocultar y esconder. Y así el verdugo... tendiéndole en un estrado, con un alfanje le cortó la cabeza y acabaron sus días del triste y malogrado mozo".

A continuación fueron ejecutados los principales capitanes del inca, sometidos a distintas penas. Hualpa Yupanqui, el capitán general y gobernador de Vilcabamba fue decapitado, Cori Páucar su maestro de campo ahorcado, y a los generales Colla Túpac y Cori Páucar Unya les cortaron cruelmente las manos, desconociéndose los otros castigos que impusieron a los demás capitanes rebeldes de Vilcabamba.

Según la tradición el cuerpo decapitado del inca fue velado en la casa de su hermano Cusi Huarcaya, la viuda de Sayri Túpac, y allí,

junto con esta insigne patriota, le rindieron póstumo homenaje las doctas y leales panacas cusqueñas.

Los funerales del inca se hicieron también con inusitada solemnidad y grandísima asistencia oficial presidida por el virrey Toledo, de quien se dice que vestido de riguroso luto hasta lloró sobre el cadáver de su víctima, de igual modo que Pizarro sobre los restos del auqui Atahualpa. Terminada la ceremonia religiosa, ateniéndose a la última voluntad del inca, su cuerpo fue enterrado en el templo de Santo Domingo, que ocupaba el privilegiado lugar donde estuvo antes el coricancha o templo del sol. Posteriormente a la ejecución, su cabeza que había sido puesto en una picota para escarnio público, fue retirada y puesta con su cuerpo, para evitar que siguiera recibiendo los postreros homenajes de las romerías que acudía a reverenciar su regia cabeza, que en lugar de corromperse se fue haciendo cada día más bella, ante la admiración de los españoles.

Después, el virrey para borrar la memoria de los incas ordenó incinerar el cuerpo de Manco Inca Yupanqui en la fortaleza de Quispe Huanca, una especie de genocidio real para diezmar el linaje de los incas. Es así como fueron desterrados del Cusco los parientes cercanos al inca, unos a Lima y otros a las lejanas tierras de Chile, Panamá y México; por fortuna algunos destierros no se cumplieron por intervención de la real audiencia de Lima.

El inca, según distintos documentos, dejó dos hijos varones, uno de ellos de tres a cuatro años de edad, tal vez el presunto Titu Túpac Amaro y otro llamado Martín, que según el fraile G. Oviedo fue el desterrado más joven, de apenas tres meses de edad, que el inflexible virrey Toledo envió a la ciudad de Lima; también tres hijas mujeres, dos de las cuales vivieron en el Cusco, doña Magdalena Mama Huaco y doña Juana Pillco Huaco, antecesora de J. G. Condorcanqui, el Túpac Amaro de 1780, y, doña Isabel, de quien se afirma murió en Lima siendo aún muy niña. Es así como sobrevivieron varios de los vástagos de este último inca del Cusco, cuya confusa descendencia quizá anónimamente siga palpitando en alguno de los más rancios abolengos cusqueños.

Como corolario del trágico final político del Tawantinsuyo, el nombre de Túpac Amaro Inca se convirtió en símbolo de lucha indomable contra la dominación extranjera y en ferviente leyenda popular con el vaticinio de que algún día se volvería a unir la regia ca-

beza del inca con su cuerpo y entonces los pueblos de la América andina, deponiendo sus viejas rivalidades se unirían para echar a los españoles del Perú y que después volvería a brillar el sol de los incas y sería la apoteosis de Túpac Amaro el legendario inca-rey del Perú.

Agosto de 1978.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

F. Toledo, carta al rey, fechada en el Cusco, 24.IX.1572, dando cuenta de la ejecución del inca. (R. Levillier, *Gobernantes del Perú*; tomo I, 222). M. de Murúa, *Historia general del Perú*; tomo I, cap. LXXXV, Madrid, 1962. G. de Oviedo, *Relación* (R., tomo II-I). A. B. Salazar, *Libro de descripción del Perú*; cap. XXXI, CDI, tomo VIII, Madrid, 1867. Garcilaso de la Vega, *Historia general*; libro VIII, cap. XVI, Madrid, 1960. R. Levillier, *Don Francisco de Toledo supremo organizador del Perú*, tomo I, cap. VII. Buenos Aires, 1935. B. Ocampo, *Descripción y sucesos históricos de la provincia de Vilcabamba*, JLPB, tomo VII. Barcelona-Madrid, 1906. F. Guamán Poma, *Nueva Coronica y buen gobierno*, p. 452, París, 1935. B. Cobo, *Historia del nuevo mundo*; libro XII, cap. XXI, Madrid, 1964. A. de la Calancha, *Coronica moralizadora*; libro IV, cap. VIII, Barcelona, 1639. R. P. R. Lizárraga, *Descripción breve de toda la tierra del Perú*. Madrid, 1968. "Testimonio del factor Pérez de Fonseca, en JLPB, tomo VII, Barcelona-Madrid, 1906. Fray A. Morales, *Documentos para la historia del Cusco*. "Rev. Instituto Americano de Arte", Nº 1. Año 1944; *Genealogía de los incas*. "Rev. del Archivo Histórico del Cusco" (RAHC), Nº 2, Cusco, 1951. R. Vargas Ugarte, *Virreynato (1551-1600)*, cap. XII, Lima, 1949; *Historia general del Perú*, Barcelona, 1966/71. J. Hemming, *The conquest of the incas*, London, 1971.

EPILOGO

Con el final trágico del primer intento de reconquista, consumado en 1572, el estado del Perú Inca no se extinguió, sino que por esta infortunada acción perdió nada más que su estructura imperial y soberanía, quedando desde entonces, como un Estado más, sujeto al extenso y poderoso dominio imperial de España.

La acción de Vilcabamba, tampoco significó el término de la guerra de reconquista emprendida en 1536, sino la sucesión de otros intentos como los de Juan Santos Atahualpa (1842-1852), José Gabriel Condorcanqui Tupa Amaro (1780-1781), de Pumacahua y los hermanos Angulo (1814-1815) hasta concluir triunfalmente en los llanos de Ayacucho en 1824, como una secuencia inevitable de esta lucha permanente y secular.]

Vilcabamba y Ayacucho, resultan así los extremos de un mismo proceso, es decir los hitos que marcan la pérdida y la restauración de la antigua soberanía del Perú. Así lo entendieron los próceres. Choquehuanca, como una larga expiación de los males pasados y Bolívar como la gran ruptura de las cadenas que sujetaban al Perú del dominio extranjero.

Igualmente, es conveniente recordar que la derrota militar de los incas fue la primera faceta de la guerra de España contra el Perú, porque inmediatamente siguió la otra más importante y trascendental: la guerra ideológica, que generó desde entonces el enfrentamiento de la "república de españoles" con la "república de indios".)

Cuando en 1824 el Perú reconquistó su pasada soberanía y los líderes de raíz inca perdieron su acceso al poder político, podemos decir que no solamente continuó este conflicto antagónico sino que

se acentuó mucho más. Los nuevos dirigentes de la república, inspirados en el liberalismo europeo, con desdén por los valores ancestrales, resultaron en cierto modo los albaceas del nefasto juez Areche; se traficó con la desgracia de la subyacente "república de indios", hasta que en nuestro tiempo aparecieron hombres como Luis E. Valcárcel y Julio C. Tello, quienes emprendieron la gran tarea científica de la reivindicación de todos los valores culturales del antiguo Perú, para poder recuperar los principios sociales que rigieron en el mundo andino, por suerte aún latentes en el Perú contemporáneo.

INDICE GENERAL

Nota del editor	7
Al lector	9
Consideraciones generales sobre el final del estado imperial Inca.	11
Esquema cronológico tentativo desde el descubrimiento de la costa peruana entre 1524-1528 hasta la caída de Vilcabamba (24 de junio de 1572) y posterior decapitación de Thopa Amaro Inca en la plaza del Cusco (setiembre de 1572)	15
Las fuentes históricas documentales de la historia peruana.	17
LA AGRESION EUROPEA	
Los incas descubren las primeras exploraciones europeas en el continente americano (1522-1528).	21
La agresión del imperio español contra el Perú de los incas.	25
Las primeras hostilidades contra los incas.	29
Penetración española en el imperio incaico.	33
El final de la rebelión de Atahualpa.	37
La restauración del gobierno imperial.	40
Ruptura tácita de la alianza inca-española.	43
Golpe de estado contra Manco Inca Yupanqui.	47

LA GUERRA DE RECONQUISTA DEL PERU

Consideraciones generales.	51
Primer intento de reconquista nacional del Perú.	55
La gran ofensiva inca.	58
El capitán inca anónimo de Sacsahuamán.	61
Las victorias incas en la sierra central.	65
El asedio de la Ciudad de los Reyes, o Lima.	69
La contraofensiva española y la resistencia inca en la sierra central.	75
El levantamiento del cerco del Cusco.	79
Lucha y resistencia inca desde Vilcabamba, la nueva capital del imperio.	83
Represalia inca contra los huancas.	89
Nuevas campañas incas, organizadas desde Vilcabamba.	91
Segunda campaña contra el bastión de Vilcabamba.	96
La guerra de guerrillas.	99
El asesinato político de Manco Inca Yupanqui.	101
La política de la nobleza inca de Vilcabamba y las presiones diplomáticas del gobierno español.	105
Sayri Tupa, el supuesto Inca.	107
Titu Cusi Yupanqui, el diplomático.	111

FINAL DEL ESTADO IMPERIAL INCA

Tercera campaña contra Vilcabamba. Los preparativos bélicos.	117
La invasión española de Vilcabamba.	121
La batalla de Cuyaochaca.	133
Ocupación de Pampacona.	125
Toma de Huayna Pucara: último baluarte Inca.	127
La ocupación española de la ciudad imperial de Vilcabamba.	132

La persecución y prendimiento de Tupa Amaro Inca, sus familiares y capitanes.	134
La decapitación de Tupa Amaro el último Inca en la plaza del Cusco.	137

ILUSTRACIONES

Muros de Ollantaytambo.	4
Portada de las DECADAS del cronista Antonio de Herrera.	10
Viñeta orlada de la Nueva Crónica.	23
Representación de la muerte del capitán inca Quizu Yupanqui.	27
Pintura del apóstol Santiago mataindios.	28
La plaza de Cajamarca, según Poma de Ayala.	35
Muros incas de Ollantaytambo, foto del etnólogo Luis Pardo Figueroa.	36
Retrato de Manco Inca por Poma de Ayala.	39
Muro inca de la calle Loreto en el Cusco, foto de A. Guillén.	42
Plano de la gran ciudad del Cusco, según Poma de Ayala.	46
Cantería del modelo almohadillado, en el palacio de Colcampata	50
Andenerías de Macchu Picchu, dibujo de Cusi Salas.	54
Perfil de Macchu Picchu por Luis Cusi Salas.	64
Plano urbano de la ciudad de los Reyes por Poma de Ayala.	68
Portada del palacio de Vitcos.	82
Ventana de Macchu Picchu.	95
Portada trapezoidal del probable palacio de Vitcos.	104
Prendimiento del rebelde Hernández Girón.	109
Plano manuscrito del distrito de Vilcabamba.	120

Visión Peruana de la Conquista, se
terminó de imprimir en el mes de
Julio de 1979, en los talleres de
INDUSTRIALgráfica S.A., Chavín 45.
Lima 5, Perú. R. I. 5820

